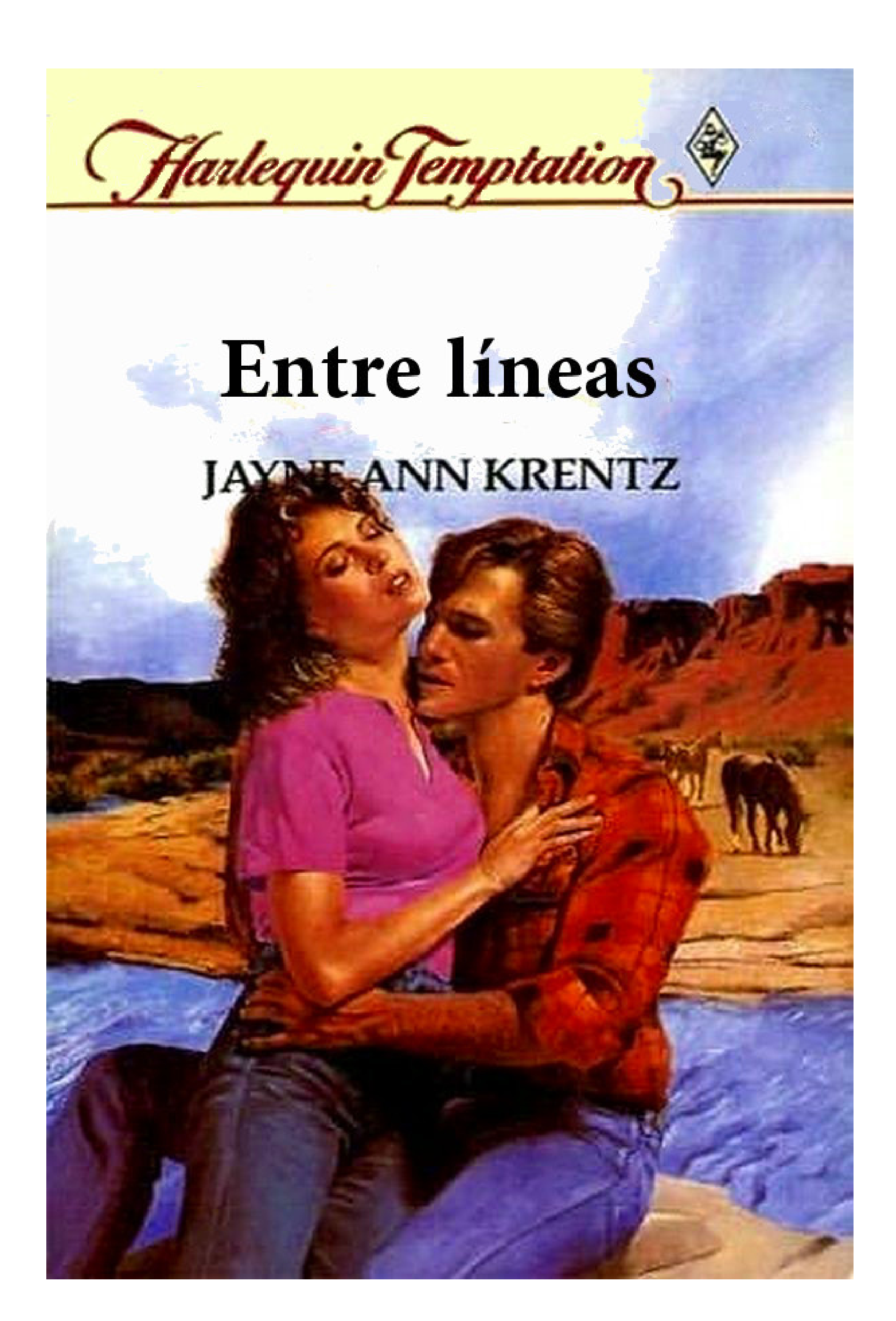

Harlequin Temptation
Entre líneas
JAYNE ANN KRENTZ

Él podría ser el esposo y amante perfecto para ella…

Su luna de miel iba a ser eterna, o así lo creía Amber. Pero, al paso que iban, Gray y ella no llegarían nunca a consumar el matrimonio. Amber supo lo que hacía cuando se casó con Gray. Comprensivo y amable, era todo lo que buscaba en un esposo. Sensual y atractivo, era todo lo que deseaba en un amante. ¿Por qué demonios tenían que esperar cuando era obvio que ambos se deseaban?




Jayne Ann Castle Krentz

# Entre líneas

**Súper Bianca - 7**

**ePub r1.0**
**LDS** 16.12.17

Título original: *Between the lines*
Jayne Ann Castle Krentz, 1986
Publicado originalmente: Mills and Boon Temptation (MBT) - 86 / Harlequin Temptation (HT) - 125
Protagonistas: Cormick «Gray» Grayson y Amber Langley
ePub modelo
LDS
, basado en ePub base r1.2



# Capítulo 1

Cormick Grayson apartó a un lado el montón de papeles sobre los que estaba trabajando, se sirvió otra copa de coñac y dijo con tranquilidad:

—Se me está ocurriendo que no veo ninguna pega en que nos casemos.

Amber Langley, que en aquel momento saboreaba un sorbo de coñac, se atragantó.

—¿Cómo has dicho?

Intentó recuperar el aliento mientras que Grayson le golpeaba amistosamente la espalda. Era un gesto natural de él.

Después de todo, era su amigo. Amber repitió la pregunta.

—¿Qué has dicho?

—Ya lo has oído —replicó Grayson, sonriendo—. No encuentro ni una sola razón para no casarnos, somos amigos, trabajamos a gusto juntos, y te pasas la mayor parte del tiempo en mi casa.

Sus ojos acaramelados la observaban con aire divertido desde el sofá.

Amber pestañeó, tratando de recobrar la calma que parecía haber perdido.

—Trabajo para ti, ¿recuerdas? Si haces de tu casa el lugar de trabajo, la conviertes en una oficina. Es en una oficina en la que me paso mucho tiempo.

Grayson se encogió de hombros con naturalidad.

—No me da la impresión de que estés a disgusto aquí.

—No —admitió Amber pensativa—, la verdad es que no me

importa trabajar aquí.

Levantó la mirada para estudiar a Grayson. Cormick era un hombre de fuerte constitución. No era que fuera obeso, pero tenía un corpachón. También sus pies y sus manos eran grandes, y debía medir sobre el metro noventa.

Los ojos de Grayson tenían una mezcla acaramelada de verde y dorado, y su mirada era directa y observadora, aunque nunca intimidatorio. Las facciones de su rostro estaban en consonancia con la corpulencia de su cuerpo; la barbilla enérgica, los labios firmes, y la nariz amplia. El cabello castaño, con reflejos cobrizos, estaba siempre cuidadosamente arreglado. Su aspecto general era el de un hombre conservador que rayaba los cuarenta.

Pero, a pesar de su fortaleza y de su musculatura, Cormick Grayson era un hombre tranquilo y silencioso. Era probablemente aquella contradicción la que Amber consideraba más atractiva.

Grayson no era un tipo de hombre temperamental o intranquilo, sino que siempre estaba en calma, y sus pasos eran predecibles. Cynthia, la hermana de Amber, lo calificaba de «plácido». Amber había notado todas aquellas cualidades de placidez de Grayson desde el día en que lo conoció, unos meses antes, cuando la agencia de secretarias temporales la envió a su casa. Grayson la había recibido con una sonrisa cortés y un brillo amable en los ojos. Se había presentado a sí mismo, y la había invitado a llamarlo Gray.

Amber sabía que no había impresionado a Grayson con sus habilidades profesionales, que eran pasables, pero no extraordinarias. Como otras muchas mujeres que se veían sin trabajo temporalmente en sus especialidades, Amber se había apoyado en su conocimiento básico de mecanografía. No tenía más opción que ésa, o esperar con los brazos cruzados que le cayera un trabajo del cielo.

Pero, a las dos semanas de trabajo junto a Grayson, éste le había ofrecido un empleo de jornada completa como ayudante. Aunque Grayson admitía que el trabajo a máquina de Amber no era perfecto, había descubierto su buena cabeza para los negocios.

En realidad, no era tan sorprendente, ya que, hasta hacía poco, Amber había trabajado en una agencia de publicidad de California. Allí había aprendido a tener ojo para los negocios, y a manejar a los clientes con facilidad. Sabía generar entusiasmo con sólo una

sonrisa y todas éstas eran cualidades que Gray necesitaba en su negocio.

Pero, quizá, lo más importante de todo era que a Amber no le importaba ayudarlo en el estudio sobre Ulysses Twitchell, un poeta no muy conocido y con el que poca gente era tolerante. Amber estaba segura de que había sido aquella colaboración la que más la había ayudado a conseguir el puesto. Aquella noche, Grayson le estaba proponiendo matrimonio, de la misma manera razonable y casual en la que le había ofrecido el puesto. Era su forma habitual de comportarse. Pero, aquella vez, había conseguido sor—prenderla. —Estás bromeando, ¿verdad?

—Claro que no, Amber, me parece lógico —repuso Grayson—. Nos gusta trabajar juntos, nos respetamos y nos lo pasamos bien. Tenemos intereses similares. Quiero que lo pienses. Ya sé que no soy un hombre excitante o pasional; pero me da la impresión de que tú tampoco buscas eso.

Amber negó con la cabeza.

—No —susurró Amber—, tienes toda la razón. Yo no busco eso.

Había tenido una relación de aquel tipo seis meses antes con un piloto de coches de carreras llamado Roarke Kelley. Los altibajos de su unión habían desequilibrado tanto su vida que había necesitado dos meses para centrarse y acabar con la relación. Kelley le había proporcionado pasión y fuego, en una escala de intensidad que Amber no había podido resistir.

Entonces, se había alejado de California y de su espléndido trabajo buscando una vida más estable. La había encontrado junto a su hermana, en Bellevue, y trabajando para Cormick Grayson. Gray tenía razón. El tipo de matrimonio que le ofrecía era el que más le convenía. Pero había un problema.

No amaba a Gray.

Lo admiraba, lo respetaba, le tenía cariño…, pero no lo amaba. A veces se preguntaba si Roarke Kelley no habría acabado con toda su capacidad de pasión y amor.

—Qué estás pensando, ¿Amber? —preguntó Gray, que seguía cómodamente recostado en el sofá, observándola.

Gray había pensado a menudo que Amber era una mujer perfecta para él. El color de su cabello y de sus ojos se asemejaba al ámbar. Tenía el pelo rizado y aquella noche se lo había recogido

con varias horquillas. El halo dorado del cabello enmarcaba y destacaba los grandes ojos, la boca sensual, y el resto de las delicadas facciones. Amber no era una mujer particularmente hermosa, pero la mayoría la consideraría interesante.

En los tres meses que llevaba con ella, Gray nunca había visto en su rostro demasiado maquillaje.

Aquello le gustaba, pero también lo intrigaba. Suponía que cuando trabajaba en la agencia de California debía de pintarse mucho más. Pero aquella reticencia al uso excesivo de carmín, esmalte y sombra de ojos debía de ser otra de las reacciones contra su vida anterior.

También le sorprendía su forma de vestir; siempre austera y elegante, que contrastaba con la moda propia del mundo de la publicidad de California. A Gray le gustaba más cuando vestía con vaqueros, como aquella noche; le parecía más natural en ella.

Pero, llevara lo que llevara, Gray no podía dejar de admirar la curva suave de su pecho, y la redondez llamativa de sus caderas. No era de los hombres a los que atraía la delgadez de la figura femenina, y casi todos sus amigos compartían sus gustos. Como Ulysses Twitchell decía en uno de sus versos: «la mujer debe parecer mujer, y no una vaca famélica».

En cualquier caso, Amber no era de las mujeres que cuidaban obsesivamente la línea, y eso la convertía en compañera ideal para disfrutar de una buena comida.

Y Gray sabía que eso no era lo único que se podía disfrutar con Amber. Intuía que, escondida tras el olvido, había una pasión cálida y dulce que sólo esperaba a ser descubierta. Gray sabía que era un sentimiento oculto para todo el mundo, incluida la propia Amber. Le habían hecho daño en California, y necesitaría tiempo para reponerse.

Pero, desde el primer momento que la vio, Gray supo que, cuando llegara el momento de desvelar sus sentimientos, él tendría que ser el hombre elegido. Y casarse con ella sería como asegurarse ese puesto. Estaría esperando a que la Bella Durmiente despertara.

Con los ojos semicerrados, ocultando el interés de su mirada, Gray esperaba la respuesta.

—¿Que qué pienso? —repitió Amber frunciendo el ceño—. Es que me has pillado desprevenida. No me había dado cuenta… no

había notado que me mirabas como a una posible esposa.

Gray sonrió con amabilidad.

—¿Por qué no? Creo que te he llegado a conocer bastante bien en estos dos meses, y tienes todo lo que siempre he deseado en una mujer.

Amber protestó con decisión.

—¿Y qué hay del amor? —planteó—. Gray, yo te admiro de veras, pero no te amo. En realidad, no me veo capaz de amar a ningún hombre, por lo menos pasionalmente.

—¿Es que tengo aspecto de hombre pasional? —preguntó Gray, mientras alzaba las cejas con ironía—. ¡Qué raro! Siempre me he considerado tranquilo y plácido como el mar en calma.

Pese a su confusión, Amber rió.

—Pues no sabes lo bien que se está junto al mar en calma.

—Cásate conmigo, y lo experimentarás siempre.

La sonrisa de Amber desapareció, y miró la copa de coñac que sostenía entre los dedos. —¿Estás seguro de lo que haces, Gray?—. ¿Alguna vez no lo he estado?

No había arrogancia en aquella contestación. Cormick Grayson siempre sabía lo que hacía.

Amber no lo dudaba ni un momento. Movió la cabeza.

—No, Gray. La verdad es que nunca te he visto cometer el más mínimo fallo, por lo menos en el trabajo. Pero el matrimonio es algo diferente, ¿no te parece? —¿Qué tiene el matrimonio de diferente? He estudiado la situación y nuestras circunstancias, y creo que puede salir bien. Ninguno de nosotros es excesivamente apasionado, por lo que los sentimientos no cegarán nuestra relación. Además, ambos somos honestos, y creo que muy capaces de cumplir un compromiso. ¿Qué más se necesita para un matrimonio?

Amber hizo un gesto de exasperación.

—¿Qué más? —repitió—. Yo no lo sé, Gray; pero siempre oí hablar d amor y pasión, además de integridad.

—No lo creas. Estoy seguro de que a lo largo de la historia ha habido muchos matrimonios felices que no basaban su relación en el amor ni la pasión. La idea del amor romántico es algo que ha surgido en este siglo. En los siglos anteriores, nadie se casaba por amor.

Amber frunció el ceño.

—Lo sé. Las generaciones anteriores se casaban por dinero.

—Yo no lo llamaría «cultura», precisamente, pero entiendo lo que quieres decir —dijo—. Creo que intentas sobornarme, Gray.

—Claro. El viaje te hará bien, y a mí me apetece que vengas…, no como mi ayudante, sino como mi esposa.

Amber se llevó la copa a los labios, y luego jugueteó con ella entre los dedos.

—No sé, Gray, de verdad que no. Me siento halagada por tu proposición, pero, si te digo la verdad, no se me había pasado por la cabeza la idea de casarme todavía.

Gray alargó la mano y dibujó una caricia a lo largo de la barbilla de Amber. Su mirada reflejaba comprensión y gentileza.

—Lo sé —dijo—. Te repito que no hace falta que aceleremos las cosas. Si no puede ser antes del viaje a Arizona, no me importa esperar. Yo, por mi parte, lo tengo muy claro.

Amber se sentía terriblemente tensa.

—Estás seguro de que no buscas un amor intenso o salvaje, ¿verdad Gray? Porque eso no te lo podré dar; y lo último que desearía sería hacerte desgraciado. Eres bueno, y quiero que seas feliz. —Tú puedes hacerme feliz, Amber. ¿Estás convencido?

—Sí.

—Bueno… lo pensaré —decidió Amber al fin en un susurro.

—Si te digo la verdad, Cynthia —dijo Amber al día siguiente desde el asiento de al lado del conductor del BMW de su hermana—, estoy considerándolo muy seriamente.

—No entiendo cómo pudo adoptar una postura tan fría para pedírtelo. ¡Dios mío! Por lo que dices, más parece que te estuviera mandando trabajo que pidiendo en matrimonio.

Cynthia Paxton dobló una de las esquinas que las acercaba al centro comercial de Bellevue. Hubiera podido hacer aquella ruta con los ojos cerrados, tal era la frecuencia con la que visitaba esos grandes almacenes.

Cynthia era dos años mayor que Amber. Tenía el pelo corto, algo más oscuro que el de su hermana, y había heredado los ojos azules de su padre, no como su hermana, que los tenía pardos. Trabajaba en el departamento de personal de un banco cuando conoció a Sam Paxton, un corredor de bolsa, y se casó con él. Cynthia abandonó el

empleo al nacer su hijo Drake, aunque pensaba volver a trabajar cuando el niño cumpliera los tres años. Mientras tanto, atendía la casa, iba de compras, y daba buenos consejos a su hermana.

Amber dirigió a Cynthia una sonrisa irónica.

—Es la manera en la que me hubiera imaginado a Gray en una situación así, de haberme parado a pensarlo. Es su forma de ser. Es silencioso, racional y tranquilo.

—Yo diría más bien aburrido —opinó Cynthia mientras recorría el aparcamiento del centro comercial en busca de un espacio para aparcar—. Silencioso, racional, tranquilo y aburrido. ¿Estás segura de que eso es lo que quieres, Amber? No te metas en algo de lo que no estés segura solo porque parezca un puerto seguro después de la tempestad de Roarke. El que te friera mal con Roarke Kelley no significa que tengas que buscar ahora todo lo contrario. Después de todo, cuando estabas contenta con Roarke, estabas feliz. Casi eufórica.

—Sí, y cuando estaba triste, estaba destrozada —concluyó Amber con firmeza—. Creo que prefiero vivir sin altibajos. La verdad es que creo que las cosas irán bien con Gray.

Cynthia deslizó el automóvil en un espacio vacío y apagó el motor. Luego, se volvió hacia su hermana.

—Crees que «bien» es suficiente, ¿Amber?

—Estoy casi segura de que lo será para mí —respondió Amber lentamente—, pero…

¿Pero?

—Pero no estoy tan segura acerca de Gray. Se merece más, Cynthia, se merece una mujer que lo ame. —Y tú no lo amas.

Amber suspiró.

—Me gusta; me encuentro a gusto con él; lo respeto. Pero no estoy enamorada de él. Creo que nunca volveré a sentir pasión por un hombre. Roarke agotó mis reservas.

Cynthia golpeó con la mano el volante, ignorando los saltos y movimientos del pequeño que viajaba detrás, y que empezaba a impacientarse.

—Dime, Amber; ¿qué te parece Gray como amante? Amber se sonrojó ligeramente, asombrada de su turbación por una pregunta bastante lógica.

—No me desagrada, si te refieres a eso.

—No quiero decir eso. Dime, ¿te gusta? ¿Os habéis besado? ¿Te has acostado con él?

—No, no me he acostado con él, aunque no creo que sea de tu incumbencia.

—Amber, estamos hablando de matrimonio. La parte física es muy importante.

—Me ha besado un par de veces —murmuró Amber al tiempo que salía del coche.

Prefirió omitir que habían sido besos breves, más amistosos que apasionados.

—¡Te ha besado un par de veces! ¡Vaya! Menudo donjuán, me siento impresionada —se burló Cynthia, que había salido también del coche, y estaba sacando a Drake del asiento trasero—. Has estado casi viviendo en su casa, ¿y eso es lo único que ha hecho?

—No he estado viviendo en su casa —protestó Amber—. Trabajo allí.

Era curioso que Cynthia y Gray hubieran hecho un comentario tan similar.

—Tranquila —dijo Cynthia con suavidad—, sólo quería destacar que la cosa no parece muy emocional. —Y no lo es— admitió Amber—, pero yo lo prefiero así.

—¿Y Gray también? ¿Estás segura?

—Dice que le gusta el trato, y que no tiene prisa.

—¿Que no? ¡Si se quiere casar en el plazo de dos semanas!

—Sólo porque sería más conveniente —replicó Amber. Al decirlo, no pudo evitar una sensación desagradable.

Era cierto que no buscaban una relación apasionada, pero Gray se había pasado de prosaico, y estaba segura de que cualquier otro matrimonio, por muy plácido que fuera, presentaría mejores argumentos que la conveniencia. Pero enseguida rechazó el pensamiento. La conveniencia era una razón válida para programar la fecha de la boda.

—Dime algo —la retó Cynthia mientras avanzaban hacia la entrada del centro comercial—. ¿Hay algo que le emocione a Grayson?

—Bueno, está Sherbone Ulysses Twitchell —murmuró Amber, esbozando una sonrisa—. Ha habido momentos en los que lo he visto absolutamente entusiasmado con él.

—¡Twitchell! ¿Ese horrible poeta del siglo diecinueve que Grayson dice haber descubierto?

—Te aseguro que Twitchell existe —afirmó Amber—. Grayson tiene tres copias de sus obras completas, firmadas por el puño y letra del propio autor. Creo que son los únicos ejemplares, lo que convierte a Gray en el gran experto sobre el tema.

—Está loco —opinó Cynthia—. La primera vez que me hablaste del tema, creí que era mentira. Aún no estoy muy segura de si debo creérmelo.

Amber movió la cabeza.

—Es la pura verdad. Gray ha publicado varios artículos sobre Twitchell en alguna oscura revista literaria. Hace un par de meses publicó uno bastante interesante.

Cynthia miró a su hermana con desconfianza.

—¿De veras? ¿En qué revista?

—Una que se llama Atardeceres Radiantes. Es una revista mensual de poesía. El artículo de Gray se titulaba: «La metáfora del desierto como soledad física en las obras de S. U. Twitchell». Yo lo ayudé a escribirlo.

—Bueno —dijo Cynthia—, no te sientas tan orgullosa por ello.

—Es divertido —dijo Amber riendo—. Me encanta discutir con Gray sobre el tema. Twitchell es un autor tan increíblemente malo…

—¿Está Grayson de acuerdo con eso?

—¡Qué va! Lucharía por Twitchell hasta quemar el último cartucho.

Cynthia agitó la cabeza, exasperada.

—No puedo creer que estés pensando en casarte con un hombre tan aburrido que no se emociona si no es analizando las obras de un poeta malísimo del que nadie ha oído hablar —fue la opinión de Cynthia—. Espero que lo pienses seriamente.

Amber se metió las manos en los bolsillos.

—Lo he pensado y, cuanto más lo hago, más me gusta la idea. Si Gray está seguro de poder ser feliz con una mujer que no lo ama apasionadamente, creo que aceptaré —meditó Amber, sintiendo satisfacción una vez alcanzada la decisión—. Creo que seré feliz con él.

Cynthia gruñó.

—Bueno, ya eres mayorcita para decidir, pero ¿por qué no esperas un poco más? ¿Qué prisa hay? —Gray tendrá que ir a Arizona dentro de dos semanas para asesorar a uno de sus clientes en la compra de un rancho.

—A Grayson le va bien en el negocio de asesor de negocios, ¿verdad?

Amber se encogió de hombros.

—No le va mal.

—Sabías que Sam lo comprobó, ¿no?

Amber, furiosa, se volvió hacia ella.

—No, no lo sabía. ¿Cuándo?

—La primera vez que fuiste a trabajar con Grayson. No me mires así… sólo me preocupaba por ti. Parecías estar muy desconcertada cuando llegaste de California, acababas de abandonar un trabajo bien remunerado en la publicidad y, de pronto, aceptabas un puesto de secretaria temporal. Luego, en sólo dos semanas, te convertiste en secretaria permanente de un hombre que ni siquiera tiene una oficina. Era lógico que me preocupara, así que le dije a Sam que hiciera algunas investigaciones. Lo hizo así, y descubrimos que Cormick Grayson parecía tener éxito en su asesoría de negocios; además de muy buena reputación.

—Eso te lo podía haber dicho yo también —murmuró Amber—. Gray es un hombre honrado y respetable. Nunca rompe su palabra; está algo anticuado en ese aspecto.

—Siento haberme entrometido, Amber —se disculpó Cynthia—, pero estaba preocupada por ti.

Amber suspiró profundamente.

—Lo sé, Cynthia, no te preocupes. Si la situación hubiera sido al contrario, probablemente yo hubiera hecho lo mismo también. Roarke pasó por mi vida como un vendaval. Cuando se acabó, sé que actué irracionalmente un tiempo; pero eso terminó.

—¿Estás segura? A mí me parece que todavía sufres los efectos de tu relación con Roarke. ¿Estarías considerando en serio este matrimonio si no fuera así?

Amber trató de responder razonablemente, pero descubrió, asombrada, que no era capaz. —No lo sé— admitió finalmente—. Si no hubiera conocido a Roarke Kelley, ahora sería una persona

diferente. Pero Roarke cambió muchas de mis ideas sobre las relaciones.

—¿Estás segura de que no te vas con Gray por despecho? —preguntó Cynthia.

Amber negó con la cabeza.

—No es despecho, porque nunca volvería con Roarke o con alguien similar —dijo, y suspiró—. Cynthia, creo que ya he tomado mi decisión.

—Ya lo veo —repuso Cynthia—. En fin, no más discurso fraternales. Recuerda únicamente que, si no funciona, siempre se puede recurrir al divorcio.

Amber se sintió incómoda.

—Lo sé. No hablemos más de ello, Cynthia.

—Bueno, espero que me invitarás a la boda.

—Considérate invitada.

A la mañana siguiente, Amber entró con su llave en la casa de Grayson a la hora habitual. Gray le había proporcionado una llave poco después de empezar a trabajar. Se trataba de un edificio moderno y amplio, con grandes ventanales que se abrían al lago Washington. El Interior estaba decorado en estilo oriental, y los objetos parecían hechos a la medida de Gray. A Amber le gustaba la tranquilidad y la belleza clásica de la casa.

Se quedó un momento admirando la vista desde el recibidor.

—Eres tú, ¿Amber? —gritó Gray desde la cocina.

—¿Es que tiene la llave alguien más? —preguntó Amber.

Gray surgió por la puerta que separaba el comedor de la sala, llevando dos tazas de té en la mano.

—No —dijo con gentileza—, ya lo sabes.

—Humm —dijo Amber, sintiéndose súbitamente nerviosa—, entonces, no podía ser otra que yo.

Tomó una de las tazas de té de su mano.

—Buena deducción. ¿Has decidido algo? —preguntó Gray suavemente.

Las manos de Amber temblaron al tomar la tetera, aunque no entendió aquella angustia. Era difícil sentir angustia con Cormick Grayson. Le había propuesto casarse con él, y no parecía que para él fuera una gran cosa. ¿Por qué ponerse nerviosa? Amber sonrió.

—¿Estás seguro de que quieres que se tu esposa, Gray?

Los ojos de Gray estaban semiocultos bajo sus largas pestañas. —Segurísimo.

—Entonces, sí, quiero casarme contigo. Gracias por aceptar. Lo arreglaré todo. ¿Te importa que sólo invitemos a los más allegados?

Gray tomó un sorbo de té, y la miró por encima de taza. Su mirada era inescrutable, pero sonrió levemente.

—Gracias por aceptar. Lo arreglaré todo. ¿Te importa que sólo invitemos a los más allegados? Amber negó con la cabeza, sintiéndose algo decepcionada, aunque era de esperar una reacción tan fría.

—Me gustan las bodas íntimas —dijo Amber—, sólo invitaré a mi hermana y a mi cuñado.

—Vale. Iremos a cenar después de la boda. Gray saboreó el té de nuevo, con expresión pensativa, como ultimando los detalles en la cabeza. Impulsivamente, Amber le tiró de la manga.

—Intentaré ser una buena esposa para ti, Gray —dijo.

—Lo sé —respondió Gray sonriendo—. Yo también trato de ser un buen marido.

Amber lo miró indecisa, sin saber muy bien qué hacer qué decir. Había que discutir aquellas cosas con sensatez, pero aquello ya estaba siendo demasiado plácido.

—Gray…

Gray se inclinó hacia ella, y acarició sus labios con los Fue un contacto cálido y afectuoso, pero no mucho mas. Amber cerró los ojos, y acarició el antebrazo de Gray, sintiendo su dureza. No estaba muy segura de lo que esperaba, o de lo que deseaba, pero sabía que era algo más que aquel leve beso. Notó que Gray se quedaba un momento quieto y, luego, tomaba su taza de té y la depositaba sobre una mesa. Sin palabras, estrechó a Amber entre sus brazos.

## Capítulo 2

Amber aceptó el abrazo con cierta curiosidad. No sabía qué esperar, ni de Gray ni de sí misma. Pero pronto se dio cuenta de que no necesitaba preocuparse. Lo que encontró en los brazos de Gray fue una fuerza cálida que la envolvía; y no volvió a sentir nerviosismo.

Las grandes manos de Gray acariciaron su espalda de a suave y lenta, atrayéndola progresivamente. Amber se refugió en el cuerpo de Gray, y alzó el rostro en espera de un beso. Gray cubrió sus labios con su boca, estudiando su forma y su sabor. No intentó profundizar el beso, y dejó que Amber tomara la iniciativa. Amber rodeó su cuello y lo acarició, encontrándolo fuerte y firme. Sus labios se abrieron de forma inconsciente al beso de Gray.

Pero Gray no pareció interesarse mucho por aquella invitación. En ningún momento, exploró con la lengua la boca de Amber, aunque parecía desear que Amber se acostumbrara a su proximidad.

Cuando Amber presionó sus hombros con los dedos, Gray levantó la cabeza y suspiró. Luego sonrió.

—Creo que todo saldrá bien —declaró con calma.

Amber inclinó ligeramente la cabeza, extrañada de la excitación que se había apoderado de ella.

Miró a Gray con incertidumbre.

—¿Sigues pensando en no precipitar la parte… física de la relación? —preguntó.

—¿Alguna vez me has visto precipitarme en algo? —preguntó Gray a su vez con una sonrisa irresistible.

Amber rió.

—Tienes razón —dijo, separándose—. Bueno, supongo que ya es hora de que empecemos a trabajar. Echaré un vistazo al correo.

Recobró con trabajo la compostura.

—De acuerdo. Ahora mismo estoy contigo en el despacho. Tengo que recoger unas actas que he dejado en la cocina. —Al acabar de decir aquello, Gray se dirigió hacia la cocina como si nada hubiera ocurrido.

Amber no pudo evitar el preguntarse a cuántas mujeres se habría declarado Gray, teniendo en cuenta la tranquilidad con que se estaba tomando las cosas. Pero luego pensó que Cray actuaba como en cualquier situación, seguro, tranquilo y racional. Sonrió para sí misma y se dirigió hacia el despacho.

El correo del día estaba situado sobre la mesa, como de costumbre. Gray lo metía dentro de la casa, pero nunca lo leía; dejaba ese trabajo para su ayudante. Amber se sentó en su mesa y tomó el abrecartas.

Ya llevaba la mitad del correo leído cuando descubrió un sobre familiar. Sonrió y lo abrió al momento. Contenía una carta de dos folios de una tal Honoria Tyler Abercombrie. Amber se dispuso a leerlo al momento.

—¿Qué es eso? —preguntó Gray echando una ojeada por encima de su hombro.

—Una carta dirigida a ti a través de Atardeceres Radiantes —respondió Amber mirándolo—. Sobre el artículo de hace dos meses, ¿te acuerdas? El del desierto como metáfora de soledad. Utilizaste el poema del Lamento del pistolero.

—Ah, sí —respondió Gray con satisfacción—, uno de mis mejores trabajos, modestia aparte. El Lamento del Pistolero es una pieza tan clásica y perfecta…

Antes de que Amber pudiera detenerle, Gray empezó a recitar:

«*La noche le trae a la mujer envuelta en sueño cuando está solo. Él y las estrellas.*

*La descubre en el primer rayo de sol al amanecer sobre su cama, fría y dura.*

*Y sabe que nunca será suya, que nunca tendrá su*

*amor.*

*Porque ella es sólo una ilusión, un espejismo de cabello dorado».*

Amber se apresuró antes de que entrara en la siguiente estrofa. Era casi imposible detener a Gray cuando empezaba con Twitchell.

—Bueno, pues parece que tu artículo ha sido criticado por una tal Honoria Tyler Abercombrie explicó.

Gray arqueó las cejas.

—¿Criticado? Eso es imposible. Nadie sabe lo suficiente de
S. T. U.
como para discutir conmigo.

Amber agitó la carta divertida.

—Creo que acabamos de descubrir que no eres el único experto en Twitchell. La señora Abercombrie dice que tiene un ejemplar de Obras completas, además de varias páginas de un diario del poeta.

Gray se quedó de piedra, y arrancó la carta de la mano de Amber.

—Imposible —dijo—. Yo tengo las tres únicas copias de Obras completas, y lo del diario es una tontería.

Esa señora Abercombrie no existe.

—No lo sé, Gray. Parece muy convencida de lo que dice.

—Habrá leído todos mis artículos —opinó Gray mientras fruncía el ceño—. Fíjate, Amber: esa mujer tiene la cara de decir que va a escribir un artículo en Atardeceres Radiantes. —¿Sobre qué?

—El uso de metáforas eróticas en la poesía de S.
U. Tw
itcheil —masculló Gray.

Amber rió.

—Estoy totalmente de acuerdo con ella. Fíjate en todas las referencias al hierro en el Lamento del Pistolero. Son símbolos fálicos. Por ejemplo:

«*Lacey era seda, delicadeza y elegancia Joe era piel, sudor y hierro*».

Gray la miró disgustado.

—Cuando dice hierro, se refiere a la pistola.

—Sí, pero las pistolas han sido siempre símbolos fálicos.

—Muy propio de una mujer opinar así.

Amber se sintió ofendida.

—Pues resulta que estoy de acuerdo con la señora Abercombrie. Y yo conozco el poema. Escucha. Entonces, Amber recitó el poema de principio a fin, aunque, al final, Gray la acompañó. Cuando acabaron, Amber rió y señaló a la carta.

—Me parece que vas a tener competencia, señor Grayson.

—La destruiré a través de la misma revista. Descubriré que es una impostora y la convertiré en el hazmerreír de Poetas del Sur, Poesía del Oeste y Atardeceres Radiantes. Ya verás. Nada menos que el simbolismo fálico del hierro… Abercombrie, obviamente, no tiene ni idea de lo que está hablando.

—Será interesante leer su artículo —opinó Amber con cortesía.

—Será ridículo; ya lo verás —dijo Gray incorporándose—. Esa mujer está jugando con fuego, y yo conseguiré que se queme.

Al decir aquello, dirigió una mirada escrutadora y amenazadora a Amber, que se apresuró a tranquilizarlo.

—Pero Gray; probablemente se trate de una ancianita encantadora, una antigua bibliotecaria, por ejemplo. Alguien a quien le guste

S. U. T.

tanto como a ti.

Gray frunció el ceño.

—Una dulce ancianita no escribiría un artículo sobre los símbolos físicos de las pistolas y no sé qué otras metáforas. Esa mujer está interesada en más cosas aparte de los valores literarios de

S. U. T.

afirmó Gray al tiempo que se inclinaba sobre sus papeles. —En fin, volvamos al trabajo.

Amber sofocó su sonrisa y se concentró de nuevo en el correo. El futuro con Gray podría no ser muy pasional, pero sin duda sería divertido. Y el beso no había estado mal. Prefería mil veces recibir afecto, protección y calor de un hombre, que la pasión letal que Roarke le había dado.

La mañana de la boda amaneció gris y lluviosa. Amber se vistió

para el acontecimiento sin poder evitar un sentimiento de angustia. Nada había cambiado en aquellas dos últimas semanas, y el comportamiento de Gray había sido el usual. Se habían besado alguna vez, pero habían sido besos breves y afectuosos que ni siquiera habían llegado a profundizar en un abrazo cálido, como el del día en que Amber había aceptado la proposición.

Gray había anunciado un par de días antes de la ceremonia que aquélla tendría lugar el mismo día de la partida hacia Tusón.

—Eso significa que tendremos que llevar a comer a tu hermana y su marido en vez de a cenar, pero supongo que no les importará —había dicho Grayson.

Amber había estado de acuerdo con él, pero no podía evitar cierto desagrado por la superficialidad del acontecimiento.

Claro que aquello era lo que ella misma había elegido, pero pensaba que su boda, cualquier boda, debería ser algo más trascendente que una breve ceremonia, una comida en familia y un vuelo hacia Tusón en viaje de negocios.

Tampoco deseaba quedar atrapada por los engaños románticos, pensó Amber mientras se cepillaba el pelo. No era la típica novia que llegaba a la boda llena de ilusiones románticas. Amber no estaba enamorada de Cormick Grayson, y no esperaba estarlo nunca, por lo menos de la manera en que la gente solía pensar en el amor. Roarke Kelley se había encargado de curarle tales pasiones. Pero sabía que iba a ser feliz con Gray. Llevaría una vida serena y reposada, que sería satisfactoria en muchos aspectos. Gray iba a comprometerse a algo aquella mañana, y Amber sabía que nunca rompería su compromiso. Ella estaba segura de poder hacer lo mismo.

Además, volver a ser vulnerable por la pasión era lo último que Amber necesitaba. Tomó el bolso y salió de la habitación. Su hermana Cynthia y Sam Paxton la recogerían de un momento a otro. Gray estiró las piernas en el asiento, y alargó la mano para aceptar la taza de café que le ofrecía la azafata. El ronroneo de los motores era sólo un leve rumor en el departamento de primera clase. Gray volaba en primera clase siempre que el trayecto duraba más de una hora, pero lo hacía sobre todo por la amplitud de los asientos. La copa gratis no lo atraía lo más mínimo, y la comida era igual que la de turista, aunque servida con más elegancia. Sin

embargo, estaba dispuesto a pagar más solo por la comodidad.

Además aquél era el día de su boda, se dijo a sí mismo. Quería que su esposa disfrutara de un viaje agradable; y sabía que Amber estaba encantada por volar en primera clase. Por el momento, había probado todo lo que la azafata había ofrecido, incluido el champán importado.

Gray estudió a hurtadillas a su mujer, en aquel momento, daba fin a la tarta de chocolate que había seguido a la comida. Parecía haberse relajado después de la despedida de su hermana en el aeropuerto; ya que apenas había comido en el restaurante. Gray sospechaba que Cynthia había estado intentando disuadirla de aquel matrimonio.

En aquel momento, sin embargo, Amber actuaba de nuevo de la manera habitual en ella: serena y equilibradamente. Gray se preguntó cómo reaccionaría Amber aquella noche. Aunque Gray estaba seguro de conocer bastante bien a Amber, había ocasiones, como aquélla, en las que no podía imaginar lo que pensaba.

Pero eran sus propios pensamientos los que debería analizar, decidió Gray tomando un poco de café. Llevaba toda la mañana cambiando de opinión sobre un asunto que lo preocupaba, y aquel vacilar lo estaba volviendo loco. No se acostumbraba a su propia inseguridad.

La realidad era que Gray no sabía aún cómo abordar la noche de bodas. Se había despertado aquella mañana Sumergido en el deseo, después de un sueño en el que poseía a Amber. Al levantarse y dirigirse hacia la ducha, Gray estaba absolutamente seguro de lo que iba a hacer aquella noche; al diablo con esperar, se había dicho, ya había esperado bastante.

Pero durante la ceremonia, al observar la expresión seria y dulce de Amber, había pensado que sería mejor esperar antes de compartir la cama con ella. No quería que Amber lo aceptara sólo como una obligación aneja al matrimonio, ni que se sintiera incómoda. No quería forzar la situación; esperaría hasta que Amber lo deseara tanto como él a ella.

Pero todas las buenas intenciones se habían disipado durante la comida con Cynthia, cuando Amber le había sonreído a través de la mesa. Aquella sonrisa le había privado del habla por un momento; y el brillo misterioso de la mirada de Amber había dado pie a Gray

para imaginar que la chica encontraba emocionante la perspectiva de aquella noche.

Pero la sonrisa se había convertido en una máscara de cortesía durante todo el trayecto hasta el aeropuerto. Gray había tenido tiempo en aquel intervalo de cambiar de opinión al menos tres veces. Tomó otro sorbo de café y frunció el ceño. Era Ridículo. Él era un hombre de casi cuarenta años, que se acababa de casar, y no precisamente con una jovencita ingenua y engañada. Amber se había casado con él por propia voluntad, y con los ojos bien abiertos. Conocía su forma de ser; había trabajado con él durante tres meses, y sabía dónde se metía. Aquel pensamiento hizo que Gray se sintiera culpable.

Pero pronto desechó tal sentimiento. Después de todo, nadie había obligado a Amber a casarse con él; y era una mujer íntegra y honrada. Estaría esperando cumplir con su obligación de esposa aquella noche, y era posible incluso que lo deseara. Por mucho que quisiera ocultarla, había una parte sensual en su personalidad.

De modo que no había ninguna razón para no dormir con su mujer aquella noche, decidió Gray. Se acostaría con él de buena gana, y quizás disfrutara. De eso ya se encargaría él.

Claro que sería mucho más bonito si Amber consiguiera desenterrar su pasión escondida primero. Si Amber descubriera que verdaderamente deseaba a su esposo, y que hacer el amor con él no era sólo una obligación, sino también un placer. Estoicamente, Gray recordó que nunca se podría despertar a la Bella Durmiente de golpe; había que esperar a que abriera los ojos.

Los dedos de Gray apretaron con fuerza el asa de la taza. Había pensado que las cosas serían más fáciles una vez aceptado el matrimonio, pero ya no estaba tan seguro.

—Desde luego, esto de viajar en primera es una maravilla —opinó Amber entusiasmada al bajar del avión en Tucson—. Tenemos incluso el privilegio de salir los primeros. Nada de esperar a que la multitud avance. ¿Viajas siempre así?

Gray sonrió.

—Siempre que lo puedo incluir dentro de los gastos del negocio.

Parte del entusiasmo del rostro de Amber se disolvió, y su expresión se volvió cortés. Era algo chocante pensar en el viaje de bodas como «gasto del negocio», pero, por otra parte, era lógico. No

se pretendía una luna de miel romántica; el motivo principal del viaje era el asunto de Symington.

—Vaya, cómo brilla el sol aquí —comentó Amber al salir del aeropuerto—. Y hace un calor…

Amber guiñó los ojos por la luz. Los esperaba un coche a la salida.

—Has vivido demasiado tiempo en el norte —dijo Gray—, y te has olvidado de lo que es el sol verdadero. Me recuerda a uno de los poemas de

S. U. T.

El de Galopa hacia el Sur, ¿no?

Gray contempló las montañas que rodeaban el valle de Tucson, bajo el cielo límpido y azul.

—Siento que vas a recitarlo —dijo Amber.

—Claro —dijo Gray—. Éste es el país de Twitchell. El estar aquí urge a citar su trabajo.

Gray hizo una pausa, tras la cual recitó sobriamente.

> «*Con la frontera como único destino, el cerebro embotado por el odio, sobre su cabeza, quemándole, el sol ardiente, galopa hacia el Sur el fugitivo*».

Amber asintió pensativa, mirando a un hombre joven y moreno que se dirigía hacia ellos.

—Había un par de símbolos fálicos en «Galopada», si no recuerdo mal —dijo Amber—. Me gustaría ver si Honoria Tyler Abercombrie los menciona en el próximo artículo.

—Tú y la señora Abercombrie estáis obsesionadas con los símbolos fálicos —opinó Gray.

—Es pura crítica literaria —le aseguró Amber.

Luego se volvió para sonreír al joven que se les acercaba con una amplia sonrisa de bienvenida.

Vestía despreocupadamente, a pesar de ser el chofer.

—Hola chicos —los saludó—. Me llamo Ozzie. Sois los Grayson, ¿verdad?

—Sí —respondió Gray—. Yo soy Cormick Grayson, y ésta es mi mujer, Amber.

A Amber le sorprendió el orgullo que Gray imprimió en la palabra «mujer», pero no tuvo mucho tiempo para pensarlo. Ozzie estaba ya guardando las maletas, y pronto estuvieron acomodados en el gran coche. Ozzie se sentó delante, solo, y encendió el motor.

—Enseguida enciendo el aire acondicionado —prometió alegremente—. ¿Habéis estado en Tucson antes?

—Sí —respondió Gray con indiferencia.

—Bueno, yo no —anunció Amber—. Así que si quieres ser mi guía, escucharé cada una de tus palabras. Ozzie rió.

—O eso, o pongo música. Será un largo viaje.

—¿Hacia dónde vamos? —preguntó Amber.

—Hacia el pie de las montañas que se ven allí delante —indicó Ozzie.

E inició un divertido monólogo que fue desde señalar los picos más conocidos hasta una conferencia sobre los distintos tipos de cactus.

Amber escuchó con atención, y Gray se sumió en sus propios pensamientos. Posiblemente estuviera pensando en el negocio que lo esperaba, se dijo Amber, no pudiendo evitar cierta decepción. El edificio que el cliente de Gray estaba considerando comprar tenía una estructura impresionante. Recordaba a la arquitectura española, y constaba de tres alas que salían de un vestíbulo principal de cristal. Según se acercaban, Amber descubrió un magnífico campo de golf, y varias pistas de tenis.

Sabía que también había caballos y una gran piscina.

—Bienvenidos al Hostal Desert Flame, el complejo residencial más completo del Suroeste —dijo Ozzie sonriendo cuando llegaron —. Todo lo que deseen les será proporcionado: hay tres restaurantes, un salón, tiendas y personal agradable. Disfrutad de la estancia. El señor Delaney estará encantado de saber que habéis llegado.

Amber se acercó a Gray y le preguntó:

—¿Quién es el señor Delaney?

—Víctor Delaney es el dueño. Es el que está intentando vender esto a los de Symington —explicó Gray mientras la tomaba de la mano y salían del coche—. Las cosas han cambiado desde los tiempos de Twitchell —añadió contemplando el lujo del complejo.

—Gracias a Dios —murmuró Amber a su lado—. Creo que

prefiero este desierto, con agua corriente, piscina y aire acondicionado.

Entonces se abrió la puerta del vestíbulo, y salió a recibirlos un hombre alto y delgado, de unos cuarenta años, que extendió la mano sonriente. Amber pensó que todo el mundo sonreía mucho por allí.

—Encantado de conocerlos, señor y señora Grayson. Soy victoria Delaney. Espero que disfruten de su estancia.

Delaney les estrechó la mano con el entusiasmo de un hostelero profesional. Estaba muy moreno, y vestía de *sport*. La vitalidad que exhibía parecía contagiosa. Amber había conocido a muchos tipos parecidos en el mundo de la publicidad. Estaba segura de que llevaba varios años trabajando en aquello.

—Espero que encuentren todo a su gusto —seguía diciendo Vic —. El personal está a su entera disposición. Estoy deseando hacer negocios con usted, Cormick.

—Llámeme Gray —respondió este mientras pasaba la mano por el brazo de Amber—. Tanto mi esposa como yo estarnos encantados de poder estar aquí una temporada.

—Por aquí —les indicó Delaney señalando al vestíbulo—. Enseguida los acompañará alguien —dijo, e hizo un gesto a un joven—. Roger, éstos son los Grayson; acompáñalos a su habitación. El chico subirá las maletas.

—Claro, señor Delaney —respondió el tal Roger con prontitud —. Por aquí, por favor.

Tal vez el aire del desierto tuviera algo especial para producir ese tipo particular de ejemplares masculinos, pensaba Amber mientras seguían a Roger hacia el ascensor. En efecto, Ozzie y Roger hubieran podido ser gemelos; ojos claros, cabello dorado, unos treinta años, altos y fuertes. Los dos sonreían continuamente.

Roger charló con ellos en el ascensor, preguntando cortésmente sobre su vuelo. El jovencito parecía aburrir a Gray, que dejó que Amber contestara a la mayoría de las preguntas. AL salir del ascensor, Amber estudió el gesto de Gray, que había entrado en uno de sus estados de pasividad y mal humor.

Se preguntó qué estaría pasando por su cabeza.

Un momento después, Roger abrió la puerta que conducía a una de las alcobas, y Amber dejó de preocuparse por lo que a Gray le

pasara por la cabeza.

La alcoba era una preciosidad, y dominaba desde la ventana todo el valle desierto sobre el que Tucson se asentaba. Estaba decorada en verde oscuro y estilo tropical, que contrastaba y a la vez armonizaba con la belleza del desierto que se divisaba por las ventanas.

Había dos habitaciones una a cada lado de la sala. Dos. Amber respiró hondo, preguntándose cuáles serían las implicaciones de una *suite* de dos habitaciones para la luna de miel. ¿Lo habría pedido así Gray explícitamente, o resultaría que la mejor alcoba del hotel era casualmente doble?

Amber se quedó en el centro de la sala, contemplan de la extensa llanura que se extendía a sus pies, mientras que Roger informaba a Gray sobre el uso del aire acondicionado y sobre la manera de llamar al personal.

Amber sonreía extasiada cuando Gray se volvió hacia ella después de que Roger hubiera salido. Fijó sus ojos en los de Gray.

—Es una habitación preciosa, ¿verdad? Creo que tomaré la costumbre de viajar contigo cuando vayas de negocios.

—Me alegro de que te guste —contestó Gray—. Me recuerda a otro verso de Twitchell.

—Creo que prefiero no oírlo —lo interrumpió Amber con firmeza—. Voy a ducharme y a cambiarme. Estaba pensando —en el artículo de Grayson sobre la soledad y el aislamiento. Aunque no sabía qué poema pensaba recitar Gray, aquella alcoba de dos cuartos le llevaba a la memoria uno de ésos, y prefería no escucharlo.

—Vale —asintió Gray mientras se aflojaba la corbata—. Yo bajaré abajo a la oficina de Delaney, para que me presente a la gente que tendré que consultar a propósito de los libros.

—¿Libros?

Gray asintió con la cabeza.

—Libros de finanzas. Se supone que estoy aquí de negocios, ¿recuerdas?

—Sí, lo recuerdo —susurró Amber, dirigiéndose al baño.

—Le diré al botones que coloque tus cosas en la habitación de la derecha, ¿de acuerdo? —dijo Gray a través de la puerta del baño.

Amber no pudo distinguir nota alguna de reto en su voz.

¿Estaría intentando preguntarle si deseaba tener su propio cuarto, o estaría afirmándolo?

—Está bien, Gray.

Y Amber se hundió en la bañera.

# Capítulo 3

Amber no recobró su equilibrio emocional ni su sentido de las proporciones hasta que hubieron acabado de cenar en el salón del hotel. Sonriendo, decidió que el vino que Gray había encargado para la cena había contribuido favorablemente para aquella recuperación.

A través de los ventanales del salón, se vislumbraban, iluminados por farolas, jardines con forma de terrazas, una gran piscina, y algún que otro estanque. Detrás de todo ello, las cimas quebradas de la cordillera rasgaban el cielo estrellado. Era un escenario de ensueño.

Amber se había puesto para la ocasión un precioso vestido de seda verde. Lo había conservado porque no le traía recuerdos de Roarke. Gray pareció sorprendido al verla utilizar aquella indumentaria, pero su reacción fue de apreciación.

—Todavía no puedo creer que me haya casado contigo —dijo con una extraña sonrisa.

—Lo entiendo perfectamente —respondió Amber, intentando sonreír a su vez.

Era incapaz de separar los ojos de Gray, que estaba imponente aquella noche. Lo que había sentido cuando Gray la tomó del brazo antes de cenar había sido algo más que fría apreciación de la fuerza de sus manos.

Amber llevaba todo el día imaginando con sensualidad lo que sería pasar la noche junto a un hombre tan fuerte como Gray. Había recordado tantas veces el único beso que se habían dado, que tenía

memorizado cada detalle.

Todavía desconocía la razón por la que les habían adjudicado una alcoba con dos habitaciones separadas, pero sí sabía que las maletas de Gray habían sido instaladas en el cuarto opuesto al suyo.

La intriga sobre dónde dormirían aquella noche la consumía cuanto más avanzaba la velada. —Este complejo residencial está muy aislado— dijo Amber cuando el camarero retiró los últimos platos de la mesa—. ¿Se da cuenta Symington de lo lejos que queda de cualquier centro habitado? Está en pleno desierto.

—El aislamiento forma parte del encanto —dijo Gray—. Todos los que vienen a un rancho del Oeste están deseando escapar de la civilización.

—Siempre que tengan todas las comodidades a mano añadió Amber riendo.

—Naturalmente. Cuando pagas un riñón por unos días en el desierto, estás pagando para algo. Como dijo muy bien Ozzie, este lugar ofrece todas las facilidades de la civilización, además de una agradable sensación de estar huyendo de ellas.

Amber se inclinó, bajando la voz.

—El grupo de Symington tendrá que invertir una fortuna para comprarlo.

—Sí, pero la tienen, y la gastarán si creen que el negocio es beneficioso.

Aquélla era la labor de Gray: decidir la conveniencia del negocio e informar a Symington, como Amber sabía muy bien.

—¿Qué tal los libros? —preguntó.

—Apenas tuve tiempo para descubrir dónde se encuentra la oficina de contabilidad —dijo Gray con sequedad—. Claney estuvo todo el rato dándome una charla estimulante sobre el lugar y sus posibilidades. Pero conseguí tina cita con el contable y el administrador mañana por la mañana.

—¿Vas a necesitarme? —preguntó Amber.

—No creo —respondió Gray suspirando—. Tardaré un rato en orientarme. ¿Te apetece bailar? Hay un trío tocando en el otro salón.

—Sí —respondió Amber sonriendo ampliamente—. Me encantaría.

Se dirigieron hacia el vestíbulo de techo de cristal, y Gray tomó

la mano de Amber con una frialdad que la incomodó. Alzó la cabeza con una mirada interrogante. Gray la observó un instante, y luego la rodeó entre sus brazos. Amber se arrojó a ellos sin dudarlo un momento.

Podía sentir el calor de la mano de Gray sobre su espalda, y la delicadeza de sus dedos que se entrelazaban con los suyos. Gray la atrajo hacia sí, invitándola en silencio a reposar la cabeza sobre su hombro, lo que Amber hizo con un suspiro.

—¿Te das cuenta de que es la primera vez que bailamos juntos? —preguntó Amber.

—Sí, ya me he dado cuenta —respondió Gray, acariciando su pelo—, y creo que nos amoldamos perfectamente. —Cierto— asintió Amber.

También ella hubiera calificado de «perfecto» su acoplamiento en la pista de baile, y no podía por menos que preguntarse si sería igual aquella noche en la alcoba. Se acurrucó en los brazos de Gray, que la estrechó aún más contra su cuerpo.

La misma Amber estaba sorprendida de la cantidad de sensaciones eróticas que estaba experimentando aquella noche. Dos semanas antes, mientras escuchaba la proposición de Gray, estaba segura de que nunca sentiría por él más que un gran afecto. Sin embargo, sus pensamiento en la pista de baile estaban bastante alejados de la pasividad de tal sentimiento.

De repente, Amber sintió un acceso de vértigo, al dar— se cuenta de que estaba sintiendo más de lo que quería sentir. Más de lo que había esperado sentir hacia Gray.

Alzó la cabeza y se encontró con la mirada de Gray lavada sobre ella. Sus ojos pardos eran dorados a la pálida luz del salón, Aunque no hizo ningún movimiento que lo delatara, Amber supo que Gray había leído sus Pensamientos, y que presentía que algo iba mal. Le sonrió insegura y trató de buscar una conversación trivial.

—El complejo residencial parece estar en buen ésta —o, Gray. Está hasta arriba de clientes, y los campos están cuidados. Todo parece indicar que sería una buena inversión Gray se encogió de hombros.

—No es oro todo lo que reluce.

Amber pensó que Gray no sólo se refería a la venta, y no encontró ningún comentario brillante para replicar; de modo que

asintió y no volvió a hablar. Sin embargo, tampoco apoyó la cabeza en su hombro como había hecho antes.

Le parecía a Amber que se había establecido cierta tensión entre Gray y ella. No sabía cuándo ni por qué, pero era como una red que los fuera envolviendo sutilmente. Conocía a Gray desde hacía tres meses, y nunca se había sentido a disgusto a su lado.

Pero, de pronto, era como si la presencia de Gray fuese más tangible que de costumbre, como si por primera vez aspirase su aroma varonil, observase su mirada dorada o sintiese su fuerza.

Intentó convencerse de que todo estaba en orden, de que era normal interesarse por el hombre que se acababa de convertir en su esposo mientras Gray la acompañaba hasta la mesa que compartían. Después de todo, era la noche de bodas. Pero era una tontería ponerse nerviosa, y más tratándose de Gray. Sería una tontería ponerse nerviosa… un amante amable y dulce, y la verdad era que Amber esperaba con expectación serena la primera noche a su lado.

Aquélla era la palabra adecuada, pensó Amber: Su expectación no tenía nada de apasionada, o impaciente, sino que era una espera calmosa y complaciente. Amber estaba segura de que Gray no esperaba nada más. El hubiera deseado que sus nervios también lo supieran, y que su mano no hubiera temblado al tomar la copa. —Se hace tarde— comentó Gray cuando acabó la copa, momentos después—, y quiero ver al administrador y al contable mañana. ¿Nos vamos a dormir?

Amber trató de descubrir si aquella pregunta guardaba alguna intención oculta, pero fue imposible, así que se limitó a asentir. Gray la tomó de la mano, y pronto estuvieron frente a la puerta de su habitación. Cuando Gray introdujo la llave en la cerradura, Amber sintió un sudor frío, y deseó que Gray hiciera el primer movimiento, como era lo tradicional. Hubiera dado cualquier cosa por poder leer el pensamiento de su esposo.

Pero no mucho después de entrar en la alcoba, Amber supo que no era tan difícil adivinar el fin de la velada. Gray se quitó la chaqueta con despreocupación, se desabrochó un botón y deshizo el nudo de la corbata. Luego, sonrió a Amber.

—¿Tienes todo lo que necesitas en tu habitación? Supongo que el botones colocaría las maletas en su sitio, pero no lo he comprobado.

Amber tragó saliva e intentó esbozar una sonrisa.

—Sí —dijo—, lo tengo todo.

—Entonces —dijo Gray asintiendo—, te dejaré dormir. Se aproximó a ella y le besó levemente los labios.

Luego, se dirigió a su habitación.

—No te levantes mañana cuando me oigas —dijo desde la puerta—. Éstas son tus vacaciones.

—Lo recordaré.

Amber dijo aquello con tal frialdad, que Gray se volvió y la miró fijamente.

—Buenas noches, Gray —consiguió decir—, gracias por esta velada maravillosa.

—Gracias por casarte conmigo —respondió Gray. Amber lo observó mientras desaparecía hacia su habitación. Tardó un rato en darse cuenta de que se había quedado estupefacta de pie y mirando la puerta cerrada. Entonces se metió en su habitación, enfadada con Gray y consigo misma. Se hundió en la cama. La cabeza le daba vueltas.

«De acuerdo», pensó, «ya sé que éste no es el idilio del siglo, pero eso no significa que los recién casados duerman en habitaciones separadas».

Y no se trataba de que Gray friera demasiado tímido… no le había costado nada declararse. Tenía que haber otra razón para aquel comportamiento. Amber se mordió el labio inferior, imaginando qué razones podrían impulsar a Gray a dormir sólo aquella noche. Se quitó los zapatos y paseó de un lado a otro de la habitación Lo peor de todo era que no sabía si sentirse dolida, ofendida o aliviada.

Se desvistió y se puso el camisón que había comprado para la ocasión. Luego, se miró en el espejo. Tenía treinta años y se había casado con Gray de buena fe, dispuesta a ser su esposa en todo el sentido de la palabra. Si Gray no opinaba igual, era ridículo que se hubiera casado con ella, No tenía sentido.

Herida en lo más íntimo y cada vez más excitada, Amber salió de su habitación como una exhalación. Cruzo la sala y llamó a la puerta de Gray.

Pasa, Amber —respondió la voz profunda de Gray al cabo de un rato.

Amber abrió la puerta y entró. Gray estaba de pie junto a la ventana, desnudo de cintura para arriba, y no se volvió hacia ella. Amber admiró sus anchos hombros y su cintura delgada. Tardó unos segundos en recuperar el habla. Creo que deberíamos hablar, Gray.

—No es necesario —respondió Gray con dureza y amabilidad a un tiempo—, por lo menos, no lo es todavía.

Cada cosa a su tiempo, Amber.

Amber avanzó hacia él, pero Gray siguió sin mirarla. —No lo entiendo, Gray— dijo—. Si no querías… si no tenías la intención de tratarme como a una esposa, ¿por qué me pediste que me casara contigo? Gray se volvió por fin, con expresión meditabunda. Durante un momento, observó extasiado la figura de Amber en camisón, y después de mirar su rostro, su expresión se dulcificó.

—Tenemos mucho tiempo, Amber; no hay prisa. No quiero forzar la situación.

—Pues no parecía tal cosa cuando me pediste el matrimonio —contestó Amber con brusquedad—. Era el momento apropiado.

—¿Eso es todo lo que soy? ¿Algo apropiado? Gray frunció el ceño, y se acercó hacia ella. —Amber, cariño, ¿qué sucede?— Eso pregunto yo.

Gray se detuvo a su lado e hizo que Amber alzara la mirada, sosteniendo su barbilla con la mano. —Somos amigos, ¿no? No somos un par de adolescentes que no saben controlarse. Las cosas hay que hacerlas despacio y con buena letra, paso a paso. Amber lo miró retadora.

—Gray, te gustan las mujeres, ¿verdad? Quiero decir… no te habrás casado conmigo sólo para cubrir algún problema de homosexualidad, ¿no?

Los ojos de Gray brillaron de pronto con una intensidad desconocida y, sin una palabra, la estrechó de pronto entre sus brazos y la besó como nunca la había besado antes.

Amber se quedó tan desconcertada, que no hizo nada. El abrazo encerraba el calor y la seguridad usuales en Gray, pero daba la impresión de que había abandonado de pronto ciertas inhibiciones. La fuerza reconfortante de Gray pasó a convertirse en algo mucho más elemental e instintivo, que hizo que Amber se estremeciera, y el calor pasó a ser una llama de pasión, que prometía más que

simple afecto.

Inconscientemente, Amber entreabrió los labios y Gray mordisqueó el inferior. Luego la tomó de los muslos y la estrechó contra sí, dejando que Amber comprobara el deseo que lo consumía. Entonces, Amber gimió su nombre, y Gray se apartó.

Amber lo miró asombrada.

—¿Responde eso a la pregunta? —preguntó Gray con una calma aparente que el fuego de su mirada desmentía.

Amber pestañeó y asintió a la vez.

—Sí —susurró—, supongo que sí. Gray sonrió.

—Entonces, vuelve a tu habitación y deja de preocuparte. Ya te he dicho que cada cosa a su tiempo. —Pero tú me deseas— dijo Amber despacio.

—Puedo esperar.

Amber lo miró con perplejidad.

—¿A qué? —preguntó—. Gray, tengo treinta años… no me trates como a una jovencita inocente. Gray rió. —Me parece que hay muchas jovencitas que son menos inocentes que tú, Amber.

—¿Qué quieres decir? Gray suspiró.

—Cariño, ya te he dicho que puedo esperar.

—Pero ¡si yo no te lo pido! Soy tu mujer. Me casé contigo esperando compartir tu cama. —No lo entiendes aún, ¿eh?— dijo Gray, asomándose a la ventana de nuevo—. Cuando te acuestes conmigo, Amber, quiero que sea porque lo has deseado, no porque sea tu deber de esposa. Amber sintió que las mejillas se le coloreaban, y se alegró de que Gray no estuviera mirando. Se recobró de su aturdimiento y dijo con firmeza: Gray, a mí me apetece dormir contigo. Es lo más natural, dadas las circunstancias, y es un deber que no me cuesta nada. De veras.

Gray se volvió hacia ella. Su expresión reflejaba frialdad y furia, lo que desconcertó a Amber. Nunca le había visto perder la paciencia. Siempre se había comportado con serenidad y sangre fría.

—Vuelve a tu habitación, Amber. Te he dicho que no quiero precipitar las cosas y va en serio.

Su voz reflejaba el enfado de su mirada.

De pronto, la furia envolvió a Amber, como una tempestad de rabia incontrolada.

—¡Maldita sea, Gray! ¡No entiendo qué es lo que esperas! Me casé contigo porque pensé que nos entendíamos; y eso incluía la relación sexual. Pensé que podría mantener una relación madura contigo. Tú sabías que no me desbordaba la pasión, y si crees que eso cambiará con el matrimonio, estás pero que muy equivocado.

—¿Ah, sí? —preguntó Gray.

Para la mayor exasperación de Amber, la furia de Gray estaba cediendo lugar a la burla. —¡Sí! ¡Te juro que lo estabas!

Amber alzó la cabeza con orgullo y salió de la habitación, cerrando de un portazo. Una vez fuera, descubrió que todo su cuerpo temblaba. Ahogando un sollozo se metió en su habitación y cerro con llave que todo su cuerpo temblaba. Ahogando un sollozo, se metió en su habitación y cerró con llave. Gray se quedó un rato contemplando la puerta, primero impasible y luego sonriente. Su garita pasional estaba empezando a enseñar las garras. Con un poco de suerte, Amber no tardaría en descubrir la llama pasional que la quemaba y que ella misma se ocultaba.

Pero, hasta ese momento, Gray tendría que pasar varias noches solo e incómodo. Maldiciendo por lo bajo, Gray se aproximó a la cómoda donde reposaba una botella de coñac, cortesía de la casa. El coñac no era su compañero preferido para la noche, pero no se senda exigente. Se sirvió una copa y caminó hacia la ventana. Apagó la luz y se quedó mirando el paisaje.

Twitchell tenía razón; el desierto podía resultar un lugar muy solitario. Totalmente relajada. Todavía le chocaba su propia reacción violenta de la noche anterior, pero la mañana radiante le hizo encontrar mil excusas a su comportamiento había sido un día largo y ajetreado… la boda, el viaje… Al parecer, Amber había malinterpretado las intenciones de Gray en el matrimonio. Pensó que llevarían una vida conyugal tradicional.

Se vistió y salió de la sala. Gray ya había salido para su reunión de negocios. Había una nota sobre la mesa en la que le indicaba que se reuniría con ella en el restaurante a la hora de comer. Le sugería que fuera un rato a la piscina por la mañana.

Por supuesto, no mencionaba el pequeño altercado de la noche anterior. Amber frunció el ceño y tiró la nota a la papelera. Su reacción principal al recordar la escena era de vergüenza. No era propio ni de ella ni de Gray el perder la paciencia de aquella

manera. Ambos estaban bajo una gran tensión, decidió Amber, y ninguno se había dado cuenta. Aquel día intentaría restaurar la paz y la armonía que había reinado en su relación durante aquellos tres meses. Y algo le decía que Gray trataría de hacer lo mismo.

En realidad, había muchos aspectos en los que eran muy similares, pensó mientras bajaba a desayunar a la cafetería del hotel. La desagradable escena de la noche anterior sería olvidada a la luz del nuevo día. Ninguno de los dos haría la más mínima referencia, y su relación recobraría el tono tranquilo y reposado que la caracterizaba. Amber supuso, aliviada, que ambos actuarían como si nada hubiera ocurrido.

Y estaba en lo cierto. Cuando Gray se reunió con ella en la comida, su mirada era cálida y agradable.

Amber le sonrió.

—¿Qué tal la reunión con la administración? —preguntó Amber una vez hubieron pedido la comida.

—Suave como la seda. Amber alzó las cejas.

—Me parece descubrir un doble sentido en tus palabras, ¿me equivoco?

—No —respondió Gray untando mantequillas en el pan—. Todo fue demasiado bien esta mañana. Los libros están en perfecto estado. Tanto, que he decidido ir a jugar al golf esta tarde, en vez de trabajar. ¿Te apetece?

Amber rió.

—Soy un desastre jugando al golf.

—Yo también, pero ¿no es una pena no aprovechar las ventajas de nuestra estancia?

—Tú estás tramando algo, Gray. ¿Qué es?

—Te lo contaré en el hoyo once.

—Ajá. Qué misterioso. ¿Y qué pasa en el hoyo once? Gray tomó un pedazo de pan.

—Creo que será mejor que no hablemos de ello hasta llegado el momento.

—¿Temes que nos estén escuchando? —preguntó Amber riendo.

—Ya me conoces, no me gusta arriesgarme.

—Si —asintió Amber contenta—, ya te conozco.

Y era cierto. El enfrentamiento de la noche anterior no había sido más que una equivocación de los dos.

De modo que, aquella tarde, alquilaron dos juegos de palos de golf y se dispusieron a jugar. La hierba verde y cuidada del terreno contrastaba violentamente con los alrededores secos y rojos del desierto.

—Es como un oasis en el desierto, ¿verdad? —comentó Amber mientras se disponían a disparar la primera pelota.

Hacía tiempo que no jugaba, y sabía que el golpe iba a ser muy malo.

Gray no dijo nada hasta que Amber disparó. La bola no fue muy lejos, pero, al menos, no se desvió. Amber colocó su palo sobre el carro motorizado que estaban utilizando.

—No está mal —observó Gray cortésmente.

—Espero que seas tan malo como dices —dijo Amber—, porque si no, te vas a aburrir muchísimo jugando conmigo.

—Ya verás —replicó Gray con sequedad. Amber sonrió al ver lanzar la pelota a Gray con un ágil movimiento que la colocó muy cerca del hoyo.

—Lo sabía —comentó, sentándose a su lado en el cochecito—. Esto se te da muy bien. Cuando te canses de mi torpeza, recuerda que fuiste tú el que te empeñaste en jugar.

—Lo recordaré. Pero no te preocupes; no me gusta nada este juego.

Amber lo miró sorprendida.

—Entonces, ¿por qué jugamos?

—Porque quiero echar un vistazo al hoyo once.

—Pues menudo rollo, tener que jugar diez agujeros para llegar hasta allí —murmuró Amber.

—Desgraciadamente, no se me ocurre otra manera de investigar sin llamar la atención.

—¿Vas a decirme qué es lo que pasa, ahora que estamos alejados del hotel? —preguntó Amber con curiosidad.

Gray solía tenerla informada siempre de sus negocios. La trataba como a un igual, y aceptaba agradecido su consejo.

—Según los libros que miré esta mañana, la administración gastó mucho dinero en arreglar el hoyo número once tras unas inundaciones del invierno pasado —explicó Gray.

—Muchísimo dinero, Amber —enfatizó Gray—. Estuve hablando con uno de los jardineros esta mañana, y mencionó por casualidad

que las inundaciones estaban previstas antes de construir el hotel. Todo el campo de golf está protegido, de forma que el agua se encauza en unos canales que lo rodean. De todas formas, la naturaleza es impredecible, y todo puede pasar.

—Vaya, la cosa se pone interesante. Dime lo que sospechas.

—Este jardinero trabajaba aquí el invierno pasado, y recuerda la inundación —dijo Gray, parando el carro junto a la pelota de Amber—. Dijo que el campo de golf no había sufrido desperfectos.

—Bueno; ya veo por dónde vas.

Amber calculó la distancia que separaba su pelota del hoyo. El segundo golpe se desvió un poco hacia la izquierda, pero cayó en la hierba.

—Te salvaste —comentó Gray alegremente. Amber se llevó la mano a la frente, tratando de ver la pelota.

—Ni siquiera puedo verla. No te preocupes, yo la tengo controlada. Amber subió al carro de nuevo Bueno Sherolock colmes, cuéntame el resto de tus deducciones. —Elemental, querida Watson respondió Gray—. Sospecho que Vic Delaney aprovechó las inundaciones del año pasado para reclamar más daños de los que había en realidad y escribió un gasto de miles de dólares en un hoyo; el once.

—Ummm. —Justo lo que yo dije: «ummrn» —asintió Gray. De todas formas, eso no implica que el hotel tenga dificultades económicas— opinó Amber con lógica—, sólo que Delaney hace trampa al declarar a Hacienda.

—Ya. Pero encontrarme algo así nada más empezar despierta mi curiosidad —dijo Gray.

La curiosidad y al tenacidad de Gray eran las que lo habían convertido en un asesor convincente y de confianza.

—Lo sé —dijo Amber, que lo había visto trabajar más veces—. En fin, no tenemos mis que aguantar hasta el dieciocho, el último. Si no, llamaríamos mucho la atención, ¿no crees?

—Creo que voy a acabar agotada —dijo Amber—, cada vez hace más calor. —Eso me recuerda otro poema de Twitchell— musito Gray—. Emboscada bajo d Sol Abrasador.

Lo recuerdo —intervino Amber—. Era otro de los que hacían referencia a la piel caliente y al hierro ardiendo. ¿Sabes? Desde que te escribió la señora Abercombrie, no hago más que descubrir

connotaciones sexuales en los poemas deTwitchell.

—No lo descubriste antes, porque, en realidad, no existen —afirmó Gray con dureza—. Y en mí carta a la señora Abercombrie, voy a demostrarlo. Y lo demostraré aún más a fondo en mi artículo para Poetas del Suroeste.

—Estoy segura de que le encantará tener noticias del otro único estudioso de Twitchell —afirmó Amber, divertida. Yo no soy el «otro» único experto en Twitchell —replicó Gray con calor—. Yo soy el «único» experto.

—Supongo que la señora Abercombrie tendría algo que objetar a eso.

—La señora Abercombrie es un fraude, y pienso demostrarlo rió Amber.

Exactamente. Cada cosa a su tiempo y la justicia vencerá como en las baladas de Twitchell. —¿Después de que te demuestres a ti mismo que el hoyo once no ha sufrido ninguna reparación costosa?

El hoyo once era, para el ojo inexperto de Amber, exactamente igual que los otros. Gray lo estudió con detenimiento, como si estuviera buscando una pelota, aunque Amber sabía que sólo era una excusa. Ella consiguió meter la pelota al tercer intento, mientras que Gray lo hizo de un solo movimiento.

—Menos mal que no te gusta jugar —comentó Amber, colocando la bandera en su lugar.

—Es un juego tonto y aburrido —dijo Gray montando en el carro.

—Si piensas así, ¿de dónde sacaste ganas para aprender a jugar tan bien?

—No juego tan bien. Sólo lo suficiente como para no hacer el ridículo frente a mis clientes.

Muchos de ellos, desgraciadamente, son aficionados al juego.

Amber lo miró con escepticismo. Algo le decía que Gray no había tardado mucho en aprender a jugar. Su fuerza y coordinación naturales lo habrían ayudado.

Al pensar en su cuerpo, recordó de nuevo la noche anterior; el tiempo que había tardado en dormirse, pensando en lo que sería estar en los brazos de Gray. Pero prefirió desechar tales pensamientos. Las cosas iban bien entre ellos dos en aquel momento, y no sería Amber quien las estropease.

—¿Qué haremos esta noche? —preguntó Amber.

—Esta noche —respondió Gray—, cenaremos con vino francés.

—¿Ah, sí? —repuso Amber intrigada—. Bueno, me encanta el vino francés, pero ¿hay alguna razón especial? La mirada de Gray brilló.

—Sí, creo que Delaney no tendrá de la marca que voy a pedir. No está en la lista de vinos.

—¿Y entonces por qué lo pides?

—Porque Vic Delaney gastó un montón de dinero en traerlo, y creo que la operación no llegó a realizarse. Pero esta noche lo sabremos, ¿verdad?

—Claro —respondió Amber despacio.

Trató de parecer diplomática, ya que Gray no hablarías que de negocios; pero estaba empezando a temer que la segunda noche de su matrimonio transcurriría como la primera: solos cada uno en su habitación.

# Capítulo 4

Cuatro días más tarde, Amber tuvo la oportunidad de estudiar el paisaje de Twitchell de la manera más tradicional: a la grupa de un caballo. Mientras seguía a Gray a través de un pequeño desfiladero cercano al complejo, no sabía si echarse a reír o a llorar.

Gray la precedía a horcajadas sobre un gran alazán, y no parecía estar teniendo más dificultades con la montura que las que tuvo con el golf. Su gran figura se adaptaba perfectamente a los movimientos del animal, y el alazán obedecía sus órdenes sin discusión.

Amber, por su parte, montaba una pequeña yegua de color claro, que respondía al nombre de Goldie. Amber Sospechaba que se trataba de un burro blanqueado. Además, hacía caso omiso a las indicaciones de Amber. Goldie se limitaba a seguir al otro caballo.

—¿Estás seguro de que era aquí donde se inspiró Twitchell? —preguntó Amber mientras seguían el curso de un arroyo que corría por el centro del desfiladero.

—Pues claro que sí. ¿Cómo, si no, hubiera podido desarrollar tal sensibilidad por la naturaleza? Preguntó Gray, volviéndose.

Su expresión era sincera, pero había un brillo de burla en sus ojos pardos.

—La verdad es que nunca pensé que Twitchell tuviera mucha sensibilidad por la naturaleza —musitó Amber—. Ni por la poesía tampoco —añadió en un tono aún más bajo.

Pero el oído atento de Gray captó sus palabras.

—Lo has dicho en broma, ¿verdad?

—No estoy precisamente para bromas. Me duele todo el cuerpo,

Gray. ¿Cuándo pararemos a comer?

Gray detuvo su caballo y miró a su alrededor. Satisfecho, al parecer, con el panorama del desfiladero, los cantos rodados y el verdor que rodeaba el arroyo, dijo:

—¿Qué te parece aquí mismo? ¿No te recuerda el Refugio del Forajido de Twitchell? ¿Tú crees posible que se inspirara aquí mismo?

—Para mí que toda la inspiración de Twitchell se desprendía del fondo de una copa.

La yegua que Amber montaba se había detenido al hacerlo su compañero, y Amber aprovechó para bajar al suelo, con un suspiro de alivio. La yegua interpretó al momento que estaba libre, y se puso a pastar.

—Hay veces en las que creo detectar cierta falta de respeto hacia el gran hombre en tus comentarios —la acusó Cray, que también había bajado del caballo.

Actuaba como si toda su vida hubiera estado montando. Tomó las riendas de su alazán, y de la yegua, y los ató a un matorral, Luego bajó un pequeño zurrón de la silla, Amber rió.

—Cualquier falta de respeto que detectes es porque no conoces aún mi sentido del humor No suelo sacarlo a relucir en el trabajo. ¿Qué has traído?

Cray se acomodó sobre una roca y estudió el contenido del zurrón.

—Sándwiches, bolsas de patatas, aceitunas zanahorias y manzanas ¡Ah! Y lo más importante, una botella de vino de California.

—No esta mal La cocina del hotel se adecua a las circunstancias.

—Sí, mucho mejor que Ozzie o Roger. No veas lo que me ha costado deshacerme de ellos esta mañana —dijo Cray.

Estaba recostado al sol, y engullía medio sándwich de un bocado. El apetito de Gray era proporcional a su estatura.

—Estaban empeñados en acompañarnos a la excursión, ¿verdad? —corroboró Amber.

Gray había tenido que pararles los pies, ya que no había sido un simple ofrecimiento cortés, sino que Ozzie y Roger habían insistido. Sin embargo, Gray era muy cabezota a su manera, y los dos hombres habían tenido que renunciar a su propósito.

—Cada vez están peor —comentó Gray—. Ya no puedo ir a ningún rincón del complejo sin que me sigan. Se está haciendo imposible hablar con el personal. Me temo que ya saben que no estoy entusiasmado con lo que he visto.

Amber frunció el ceño.

—No les habrás dicho que sospechas de las cuentas, ¿verdad?

—¿Me crees tan estúpido? —preguntó Gray, alzando una ceja con ironía.

—No.

Gray asintió agradecido.

—Gracias. No, no les he dicho nada. Pero he tenido que hacer algunas preguntas al personal, y estoy seguro de que han llegado hasta los finos oídos de Delaney. Eso debe de estar inquietándolo. Por lo que yo sé, no podrá permitirse no vender. Está de deudas hasta el cuello.

—¿Y cuál es nuestro programa? —preguntó Amber.

—Creo que nos marcharemos pasado mañana. Ya sé que es antes de lo que habíamos planeado en principio, pero tengo ya la información suficiente para Symington.

—¿Vas a recomendarle que no compre? —preguntó Amber.

Gray tomó otro sándwich.

—Sí —respondió—. No tengo otra opción. Sería una locura meterse en un negocio como éste. Amber suspiró al pensar que el viaje de bodas iba a llegar a su fin. Claro que, más que una luna de miel, habían sido unas vacaciones de negocios.

El pensamiento le resultaba más penoso de lo que estaba dispuesta a admitir. Mordió una de las zanahorias y observó a los caballos. Se preguntaba si era aquello todo lo que Gray había querido del viaje, o si habría deseado algo más. No podía olvidar el último beso, pero tampoco el hecho de que no se hubiera repetido.

El desfiladero respiraba paz y serenidad. Pequeños pajarillos volaban de arbusto a arbusto, el riachuelo borboteaba alegremente, y el sol calentaba.

—¿Amber?

Sorprendida por la nota grave que se adivinaba en la llamada de Gray, se volvió hacia él. Sus ojos estaban clavados en Amber, ésta se estremeció. No cabía duda de que ya no pensaba en el asunto de Symington.

—¿Qué? —preguntó Amber.

—Puede que tuvieras razón la otra noche; tal vez debiéramos hablar.

Amber notó que se le secaba la boca, aun cuando supuso que debería alegrarse. Pero algo le hacía creer que la conversación acabaría mal.

—¿De qué quieres hablar, Gray?

—De California.

Amber perdió el habla durante un instante, y el corazón le dio un vuelco. Cuando recobró la palabra, la voz le temblaba.

—¿Qué pasa con California?

—Quiero que me cuentes lo que pasó allí.

Gray sabía que había habido un hombre a través de algún comentario, y Amber sospechaba que su hermana había dejado escapar alguna otra pista en las escasas ocasiones en las que había estado con Gray. Pero Gray nunca había intentado traspasar las puerta del pasado de Amber, y ella había pensado que nunca lo haría. El respeto a su intimidad era de las cosas que más le gustaban de él.

Pero de pronto, y por primera vez, Gray intentaba tantear un área que Amber consideraba prohibida. Automáticamente, adoptó una postura defensiva y sonrió con fingida naturalidad. —Mi madre me enseñó que no debía tener una escena de confesiones mutuas con un marido reciente—. ¿Es que hay mucho que confesar?

El hecho de que Gray no respondiera a su sonrisa, la molestó, y alzó la barbilla.

—Gray: si mi pasado es un problema, debieras haberlo dicho antes de casarnos.

—No es ningún problema para mí, pero me da la impresión de que sí que lo es para ti —dijo Gray, mirándola con intensidad—. No pensaba preguntártelo, pero últimamente he empezado a creer que sería mejor hablar de ello. Sé que hubo un hombre, y sé que algo fue mal; tan mal, que dejaste el trabajo y fuiste a Washington. Fuiste al norte a curar tus heridas, ¿no?

—No. Fui al norte para empezar de nuevo.

—Bueno; eso al menos lo has conseguido. Llevas una vida nueva, tienes nuevos amigos, otro trabajo… pero todavía estás atada al pasado, ¿no? No puedes desligarte No confías en ti misma

lo suficiente como para…

—¡Gray! —lo interrumpió Amber, enfadada—. ¿Qué sucede? Nunca me habías interrogado así. Creí que tenía un acuerdo, y que la aceptación del pasado de cada un entraba dentro del trato. ¿Acaso te he preguntado yo sobre tu primer matrimonio? Maldita sea, no deberías haber me pedido que me casara contigo, si no eras capaz d aceptar mi pasado.

—Antes pensaba que podríamos ignorar todo lo que pasara en California, al igual que lo que sucedió en mi primer matrimonio. Pero ahora no estoy tan seguro —dijo Gray con sinceridad.

Amber lo miró de hito en hito.

—Es un poco tarde para llegar a esa conclusión, ¿no crees?

—No, no lo es —repuso Gray con un amago de sonrisa—. Nunca es demasiado tarde. Todavía tenemos mucho tiempo.

Amber se levantó de un salto, y metió las manos en los bolsillos traseros. Luego, se acercó al riachuelo, dando la espalda a Gray.

—No entiendo lo que esperas o lo que quieres de mi, Gray —dijo despacio—. Lo de California no es un gran misterio. Me enamoré de un hombre y las cosas no salieron bien; eso es todo, créeme. Es una historia triste y normal.

¿Lo amas todavía?

Amber se volvió.

_Pues claro que no. Esto pasó hace meses. ¿Es eso lo que te preocupa? ¿Que siga enamorada de otro hombre? Gray, te juro que nunca me hubiera casado contigo en ese caso.

Según iba diciendo aquello, Amber se convencía más de la verdad de sus palabras. Fuera lo que fuese lo que sentía por Roarke Kelley, desde luego, no era amor. —Si no lo amas a él, eres libre de enamorarte de mí— arguyó Gray suavemente.

Amber se sintió atrapada, y adoptó una actitud defensiva.

—Te dije que no te amaba cuando me hablaste de matrimonio —replicó—, al menos en el sentido usual de la palabra «amor» y tú dijiste que no importaba, que no buscabas la «pasión del siglo». ¿Por qué haces esto ahora? Me convenciste de que podíamos ser felices juntos, y yo estoy dispuesta a intentarlo al menos. Eres tú el que está poniendo trabas ahora, como si hubieras cambiado de opinión; como si ahora quisieras más de este matrimonio. Pero no lo entiendo, Tampoco tú eres pasional. No es justo cambiar las

reglas después de la boda.

—Tienes un modo muy apasionado d demostrarme que no eres apasionada —declaró, empezando a recoger—. Pero tienes razón; yo he cambiado las reglas, y eso no es justo. Hay veces en las que no juego limpio. No muchas; pero sí algunas.

—Gray…

—Olvídalo —la interrumpió Gray—. No tenía derecho a interrogarte. Dices que quieres ser feliz conmigo; y eso es suficiente por ahora.

Se levantó y le tendió la mano. Amber lo miró a él y a su mano, y dijo con incertidumbre:

—No estoy muy segura de esto, Gray.

—Yo sí. Así que deja de preocuparte y volvamos al rancho. Roger y Ozzie deben estar nerviosos ya.

Al oír la nota alegre de su voz, Amber se relajó. Sonrió y tomó su mano. Gray se inclinó hacia ella y la besó levemente.

—No estés tan seria —dijo—. Todo saldrá bien, ya verás, confía en mí, ¿de acuerdo?

Amber asintió, sin saber qué responder. Aunque confiaba en él, tenía la sensación, de pronto, de que no lo entendía, y eso la disgustaba. Quería ser feliz junto a Gray, y quería que él lo fuera a su lado; pero Gray estaba haciendo las cosas muy difíciles. De alguna manera, tendría que derribar las barreras que Gray estaba erigiendo. Aquella noche, Amber se preparó para la cena con una acritud que contrastaba con el espíritu festivo de la velada. Se celebraba una fiesta mexicana, y todos los huéspedes estaban invitados a una cena mexicana y a un baile de gala. Todo el mundo había adquirido un traje especial para aquella noche, y la tienda de modas del hotel había hecho un gran negocio con la venta de camisas mexicanas, faldas de flores y blusones.

Mientras se vestía, Amber estuvo pensando que era raro que el hotel tuviera problemas económicos, disponiendo de aquella clientela. Los beneficios de la tienda de modas aquella tarde hubieran debido bastar para sacar el negocio a flote.

Pero si Gray decía que había graves contradicciones en los libros de cuentas, le creía. Era un gran profesional. Podía ser que no supiera tratar a su esposa correctamente, pero, desde luego, conocía su trabajo.

Amber hizo una mueca frente al espejo y se bajó un poco más el cuello de la blusa, de modo que dejara los hombros y bastante escote a la vista. De aquella forma, exponía más piel que la que dejaba ver su bañador. Eso era el resultado de sentirse un poco desesperada, pensó con sarcasmo.

La desesperación nacida de tres noches durmiendo sola.

Sabía que no era apasionada, y quizás no sintiera las desmedidas apetencias sexuales que otras mujeres poseían, pero ¿qué tenía de malo ser tranquila y equilibrada? Aquello no significaba que no tuviese interés en hacer el amor con su esposo.

Todo aquel asunto de dormir separados la estaba volviendo loca. No era natural, ni lógico, y no entendía por qué Gray insistía en ello. Incluso los matrimonios menos apasionados dormían juntos; y era un factor más para que la unión se desarrollara en paz y armonía.

Si Gray estaba esperando de veras a que Amber corriera hacia él como una excitada ninfómana, tendría que esperar toda la vida. Amber no estaba dispuesta a dejarse llevar por sus emociones de aquella manera. Sin embargo, pensó Amber, quizá debiera comportar— se más cariñosa ente aquella noche. Gray necesitaba que le diera un par de empujoncitos para darse cuenta de que podrían ser tan felices en el lecho como fuera de él. Y, una vez que estuviera tranquilo al respecto, tal vez dejara de importunarla con preguntas sobre su pasado; preguntas para las cuales Amber no tenía respuesta.

Lo que Amber no comprendía en al2soluto era la razón por la que Gray parecía esperar de pronto una respuesta ardorosa por su parte. Cuando le pidió la mano, no lo demostró, y Amber nunca hubiera imaginado que deseara una mujer tempestuosa en la cama. Parecía contento con su elección.

Amber pensó con rencor que tal vez fuera un estallido de orgullo machista. Pero, fuera lo que fuese, aquella noche intentaría acabar con todas las dudas y escrúpulos. La relación entre ellos seguía siendo normal y fácil, sise omitía la escena del cañón, y no había razón para que las noches no fueran iguales.

Amber se separó del espejo, agitando la falda de flores. Había decidido dejar su cabello suelto, de modo que caía rizado sobre sus hombros desnudos. Tomó el bolso mexicano que había comprado y

salió del cuarto.

Gray estaba sentado en una mecedora, leyendo el periódico. Había accedido a duras penas a comprarse una camisa abierta mexicana, que vestía sobre su ropa habitual. Tenía el pelo mojado y peinado con cuidado. Levantó la mirada cuando Amber entró en la habitación. Amber sonrió y dio una vuelta.

—¿Qué te parece? —preguntó.

—Un poco más y te sales de la blusa —respondió Cray con sorpresa y recelo a un tiempo.

—Tonterías. Todas las mujeres llevarán blusas como esta noche. Las han vendido como churros en la tienda. ¿Estás listo?

—No del todo —respondió Gray, levantándose y acercándose a ella—, ¿no puedes subírtela un poco? —¿Y por qué iba a hacerlo?— contestó Amber con coquetería—. Están hechas para que se lleven así. No es peor que un traje de baño, Cray.

—Es mucho peor que el tuyo —repuso Gray.

Puso la mano sobre su hombro desnudo, y la deslizó hasta el límite de la blusa.

Amber, sorprendida por el contacto tan íntimo e inesperado, dio un paso hacia atrás. Miró a Gray a los ojos, y el calor que aquéllos transmitían recorrió su cuerpo como una ola. Se quedó quieta mientras Gray colocaba con delicadeza el cuello de la blusa. Cuando acabó, Gray observó su obra.

—Mucho mejor —dijo simplemente.

—Creo, Cormick Grayson, que, en el fondo, eres demasiado estricto. Un poco retrógrado, quizás.

Probablemente hasta reaccionario.

—La palabra que buscas es «posesivo», señora Grayson. Recuérdalo. ¿Estás lista?

Aquella respuesta era irónica y burlona, pero había seriedad en su mirada. Amber no supo cómo interpretar la expresión de Cray.

—Estoy lista —dijo, colocándose el bolso—. Vayamos a comer tortillas hasta reventar.

—Ésa es una proposición que

S. U. T.

aceptaría sin dudar.

—¿Es que alguna vez hizo una poesía a las tortillas? —preguntó Amber alegremente mientras salía.

—No, pero estoy seguro de que habla del tequila en algunas de sus obras.

—Seguro. Yo apostaría a que llevaba bastante tequila en el cuerpo mientras escribía varias de sus piezas memorables —declaró Amber—. En realidad, no es una mala idea lo del tequila. Necesito algo que alivie los efectos negativos que ha dejado en mi cuerpo la cabalgata por el cañón. —Pensé que ya la habías olvidado— dijo Cray riendo al entrar en el ascensor. —Me terno que no sea así. Los efectos secundarios de la excursión imposibilitan el olvido.

—¿Unas pocas agujetas?

—Eso suena demasiado suave. Gracias a Dios que los asientos del comedor son blanditos —dijo Amber con énfasis.

La cena resultó muy alegre, tal y como Vic Delaney había prometido. Una banda amenizó la velada con canciones de amor mexicanas, mientras que los invitados se servían lo que querían en el bufé libre. La comida cubría la mayoría de las especialidades de la cocina mexicana, y la bebida corría a cargo del hotel.

—¿Estás seguro de que el complejo tiene problemas monetarios? —preguntó Amber incrédula—. ¿Cómo puede permitirse este derroche Delaney si le van tan mal?

Caminaban juntos frente a las fuentes de comida.

—Es sólo una tapadera —respondió Cray—. Tienes que dar una buena imagen si pretendes vender un sitio tan caro como éste.

—Supongo que sí. De todas formas, esta tapadera está muy bien ornamentada.

—Cuanto mayor es el negocio, mejor es la ornamentación.

—¿Crees que esto será una decepción para Symington? —preguntó Amber.

—Symington es un hombre de negocios, y no se interesa por este complejo más que por los beneficios que pueda obtener. Pero ahora calla. No quiero que nos oiga ninguno de los del «dúo dinámico».

Amber echó un vistazo a su alrededor, y descubrió a Roger a tan sólo unos pasos, sirviendo cerveza a los invitados. Ozzie estaba un poco más lejos, charlando con dos ancianas.

—Esos dos están siempre al acecho, ¿eh?

—Son los hombres de Delaney —dijo Cray.

Aquella noche, el propio Vic Delaney estaba representando su papel de anfitrión a la perfección, cuidando de que todos sus

invitados pasasen un buen rato. Se acercó a Cray y a Amber cuando éstos se aproximaban a una de las grandes mesas que se habían dispuesto para la cena. —¿Qué tal les va? —preguntó Delaney con jovialidad, palmeando amistosamente la espalda de Cray—. ¿Han probado las gambas? Es una de las especialidades de nuestro cocinero. Le traemos marisco fresco de la costa, porque no quiere oír hablar del congelado. Es de lo más exigente, aunque supongo que como todos los grandes cocineros. Y ustedes, ¿qué hicieron hoy, chicos? Ozzie me dijo que montaron un par de caballos y salieron hacia las montañas. —Mi mujer quería conocer los alrededores— explicó Gray cortésmente mientras cedía a Amber un asiento junto a un caballero anciano—. Me temo, sin embrago, que nos hayamos excedido. Amber no está acostumbrada a montar tanto tiempo.

Delaney sonrió con picardía.

—Vaya —dijo mirando a Amber—, lo siento. Pruebe a tomar un baño caliente esta noche. Sienta de miedo. Y pásenlo bien esta noche. Acuérdense de que la bebida corre de nuestra cuenta… Sonrió a todos los comensales de la mesa, para los que dirigió aquellas últimas palabras, antes de avanzar hasta la siguiente. Hubo un murmullo de aprobación en toda la mesa.

El hombre sentado al lado de Amber le sonrió.

—Yo, personalmente, me quedo con el golf —dijo—. Hace años que no monto, y no quiero ni pensar en los efectos.

Amber rió y se presentó. Las otras dos parejas de la mesa siguieron su ejemplo. Pronto se generalizó la conversación. Todo el mundo tenía ganas de fiesta, y de divertirse, y el tequila y la cerveza los animaban.

A mitad de la cena, la joven sentada en frente de Amber dijo algo sobre el folclore del Oeste, y Amber aprovechó la oportunidad.

—Es curioso que mencione las leyendas de Arizona _dijo. —Mi marido es un experto en la poesía del Oeste.

Todas las cabezas se volvieron al instante hacia Gray, que dirigió una mirada asesina a su mujer. —Yo creo que no conozco ni un solo poeta del Oeste— dijo alguien.

—El objetivo de todos los estudios de Gray es Sherman Ulysses Twitchell —los informó Amber.

—¿De veras? —preguntó la joven interesada—. ¿De qué época es?

—La fecha de su nacimiento es algo desconocido. En sus artículos sobre Twitchell, Gray suele escribir «¿Nacido?» en las notas biográficas.

—¿Y cuándo murió? —preguntó cortésmente el caballero sentado al lado de Amber.

—Gray suele escribir «¿Muerto?» en esa parte de las notas.

Gray intervino antes de que su mujer metiera más la pata.

—Eso no es del todo cierto —aseguró suavemente—. Estamos casi seguros de que Twitchell murió en 1901.

_¿Cómo murió? —preguntó alguien.

Gray se aclaró la garganta.

—Parece que tuvo una especie de accidente en un hotel.

Por lo que he podido averiguar, viajaba hacia Méjico, y se detuvo en un pequeño hotel a este lado de la frontera. Debió de haber una pelea.

_¿Con armas de fuego? —preguntó la joven vivamente interesada.

—Eso parece. El periódico del día siguiente habla de tiros en una de las habitaciones, y de un cuerpo no identificado, que fue enterrado al día siguiente. No hay ninguna mención de Twitchell después de eso, aunque, según el periódico se alojaba en el hotel aquella noche. Todo hace pensar que fuera el suyo el cuerpo enterrado al día siguiente.

—¿Y por qué no fue identificado?

Amber rió.

—Porque apareció totalmente desnudo, quitando los calcetines. No llevaba ninguna documentación encima.

—Qué raro —observó el caballero anciano.

—No tanto —explicó Amber—. Por lo que decían en el periódico, Twitchell estaba en la cama cuando ocurrió el tiroteo.

_¿Asesinado?

—Eso depende del punto de mira —replicó Amber divertida—. S. U. T. estaba durmiendo con una mujer cuando lo mataron.

—Bueno, Amber, eso no son más que conjeturas —le advirtió Gray tomando un poco de tequila.

Amber rió.

—Verán, en realidad, el hotel era un burdel. Twitchell cometió el error de elegir como compañera a la preferida del patrón, que

tomó medidas radicales para castigarlo.

—Extraordinario —opinó el caballero—. Ser asesinado por una disputa sobre una mujer de la calle.

—Me temo que no hubo mucha disputa —dijo Amber—. Por lo que decía el periódico, Twitchell no tuvo oportunidad de tomar su revólver.

—Bueno —comentó el anciano con ojos brillantes—, todo parece indicar que fue una muerte dulce. Hubo un momento de silencio, tras el cual, todos rieron. Después de aquello, la conversación se agilizó. Amber miró a Gray burlona, y él le devolvió una mirada de reproche.

—No estás haciendo mucho por la buena reputación de un respetable poeta —se quejó Gray.

—Nadie lo recuerda por su buena reputación, así que pensé que lo podrían recordar por la mala. Una vez acabada la cena, los invitados se dirigieron hacia una amplia sala iluminada tenuemente, en donde se iba a celebrar el baile. Amber se dispuso a disfrutar de la velada, y se bajó el cuello de la blusa disimuladamente cuando Gray no miraba. Éste no pareció darse cuenta. Tenía la atención puesta en Roger, que estaba al lado de la puerta. Ozzie no estaba a la vista.

Amber se inclinó a decirle algo a Gray, pero fue interrumpida por el estruendo de las trompetas, que anunciaba el inicio de la fiesta. Después no hubo oportunidad de hablar. Actuó un cómico y un cantante, y luego un mago muy bueno. Amber supuso que las actuaciones habrían costado mucho, pero ya sabía que debía esperar lo mejor de Delaney.

Cuando acabó la actuación, comenzó el baile. Amber estaba esperando a que Gray la sacara cuando Delaney apareció.

—¿Puedo acaparar a su mujer un par de minutos? —le preguntó a Gray—. Llevo tres noches deseando que me concediera un baile.

Amber esperaba que Gray declinase cortésmente el ruego, de modo que, cuando Gray asintió, se quedó tan asombrada que no le dio tiempo a inventar una excusa. Dirigió una mirada glacial a su marido mientras acompañaba diligentemente a Delaney, pero Gray no pareció darse cuenta.

Observaba aún a Roger.

Amber forzó una de sus sonrisas diplomáticas y se volvió hacia

su acompañante.

—Espero que usted y su marido hayan disfrutado de su estancia en el hotel —dijo Delaney mientras marcaba con naturalidad los pasos del baile.

—Mucho —replicó Amber—. Ha creado un complejo impresionante, señor Delaney.

Se sentía un poco traidora. Era difícil actuar como una invitada efusiva cuando sabía que el anfitrión estaba rodeado de agua y que su marido iba a acabar de hundirlo. Era un aspecto casi cruel del trabajo de Gray; claro que no era culpa suya. Gray debía investigar la situación y su cliente era Symington, no Delaney.

—Llámeme Vic —dijo Delaney con una encantadora sonrisa—. Dígame: ¿llevan ustedes casados mucho tiempo?

Se habían ido alejando al paso del baile, y la multitud de parejas tapaba entonces la mesa donde Gray se había quedado.

—No mucho —respondió Amber.

No quería admitir que eran recién casados. Todavía ignoraba si Gray había encargado expresamente una alcoba Con dos habitaciones, y, si era así, Delaney se extrañaría al saber que se acababan de casar. Amber trató deliberadamente de cambiar de conversación, y dijo:

_¿Hace cuánto que tiene el complejo residencial, Vic?

—Bastante —respondió Delaney con la misma vaguedad que ella había empleado en la pregunta anterior.

—El desierto resulta un cambio agradable para los que vivimos en el norte —siguió Amber—. La verdad es que me estoy acostumbrando a este magnífico sol.

Delaney sonrió cortésmente y prosiguió la conversación trivial. Cuando acabó la pieza, le pidió que le concediera otro baile, pero Amber declinó la invitación con gentileza. Delaney aceptó su disculpa y la acompañó hasta la mesa.

Al salir al claro de la sala, Amber se estremeció. La mesa donde había dejado a Gray estaba vacía. —Parece que su marido ha salido un momento— observó Delaney—. Ya que no está, ¿quiere reconsiderar otro baile conmigo?

Amber negó con la cabeza y se sentó sonriendo.

—Creo que no, Vic, gracias. Esa cabalgata ha afectado de veras a varios de mis músculos, y creo que me quedaré sentada el resto de

la noche.

—Lo entiendo. Si cambia de opinión, no tiene más que buscarme.

—Gracias.

Amber lo observó mientras se alejaba entre la multitud. Un momento más tarde, bailaba con otra de las invitadas.

Después de un par de minutos, Amber miró la hora. ¿Cuánto tardaría Gray en salir del servicio? Si era que estaba allí.

Echó un vistazo por la habitación, y se dio cuenta de que ni Roger ni Ozzie estaban allí. Era muy raro. Siempre había alguno a la vista.

Su copa medio llena descansaba sobre la mesa, y Amber se sentía más preocupada cuanto más la veía. No era propio de Gray desaparecer sin decir palabra.

Por fin, sintiendo una rara premonición, Amber agarró su bolso y salió del salón. El vestíbulo estaba casi vacío. Empujada por la intuición, Amber abrió las puertas de cristal que conducían a la piscina.

Apareció en la oscuridad de la noche justo a tiempo para ver tres figuras que desaparecían entre la vegetación del jardín. La figura central era fácilmente identificable, tanto por su corpulencia, como por su movimiento. Era Gray, y lo acompañaban Roger y Ozzie. Los tres hombres se desvanecieron entre las dunas del desierto que rodeaban los jardines del hotel.

# Capítulo 5

Los dedos de Amber se aferraron a la correa del bolso cuando Vio d los tres hombres desaparecer de su vista. Cada vez estaba más intranquila. No necesitaba abusar de su intuición femenina, ni de una lógica deductiva para darse cuenta de que allí sucedía algo extraño.

En primer lugar, Cormick Grayson tenía la intención de ofrecer un balance negativo en sus pesquisas sobre el complejo de vacaciones. Luego, Vic Delaney invita a su esposa a bailar, cosa que no había intentado en las otras mujeres. Y, por último, Grayson desaparece en la compañía de dos fuertes jóvenes, mientras que la mujer baila despreocupadamente en el salón.

Podía ser que fueran imaginaciones suyas, se dijo Amber mientras atravesaba el jardín. Pero Gray no había hablado de reuniones de negocios para aquella noche, y estaba segura de que la hubiese informado de existir una cita. Lo que era cierto era que no era propio de Gray desaparecer de repente mientras ella bailaba con Otro hombre.

Se alejó cada vez más del vestíbulo iluminado del hotel, y penetró por las rosaledas que bordeaban las terrazas ajardinadas. Una vez fuera de los jardines, tras el parque infantil, se llegaba a un terreno desértico. Las luces del jardín quedaron atrás, pero una luna luminosa y millones de estrellas iluminaron el camino a Amber.

El problema estaba en que no sabía hacia dónde debía dirigirse. Había perdido la pista de los tres hombres y, aunque se había encaminado por la misma dirección por donde habían desaparecido,

ya no estaba tan segura de cuál era el camino correcto.

Se detuvo en cuanto sintió la arena del desierto bajo sus pies, e intentó descubrir algún sonido revelador. Un lagarto gigante se vislumbró entre las sombras pálidas de la luna, y se produjo un ruido a los pies de Amber. El pensamiento súbito de que el desierto no era tal, y de que miles de criaturas estarían rodeándola hizo estremecerse a Amber. Desgraciadamente, no había señal de humanos.

De repente, cuando se disponía a girar a la derecha y buscar por aquella parte, creyó escuchar los rumores de unas voces, que llegaban del otro lado, a través del aire límpido del desierto. Amber permaneció inmóvil y alerta.

—Debe usted entender el deseo del señor Delaney de seguir adelante con el negocio, señor Grayson —oyó que decía la voz de Roger—. Me temo que está sospechando que usted no va a recomendar la compra a su cliente, y está un poco preocupado.

—El negocio es con Delaney, Roger, no contigo —replicó Gray con calma, casi con aburrimiento—. No me gusta que vuestro jefe os mande aquí a ti y a tu amigo para que me enseñéis cuáles son los buenos y los malos negocios.

—Lo ha entendido todo mal —dijo Ozzie, aparentando preocupación—. El señor Delaney sólo quiere hacerle una proposición.

—¿Y por qué no lo hace él personalmente? No pretendo ofenderos, pero vosotros dos no parecéis negociantes, más bien diría que sois matones a sueldo.

—El señor Delaney está ocupado esta noche.

—Claro. Lo que quieres decir es que no quiere ensuciarse las manos en un asunto que podría salir mal —arguyó Gray divertido —. Una precaución loable. Roger habló de nuevo, aquella vez con mayor dureza.

—Lo que el señor Delaney quiere proponerle le puede hacer un hombre rico, Grayson. Más le vale que lo escuche.

—¿Intentáis sobornarme para que cambie el informe que le voy a llevar a mi cliente? Claro, así no me extraña que Delaney no viniera con vosotros. De esta manera, lo podrá negar todo en el caso de que algo vaya mal, ¿no? Dirá que esto fue iniciativa vuestra…, un par de empleados apasionados. ¿No os da miedo eso, chicos?

Amber respiró profundamente y se quitó los zapatos. Intentaría acercarse a los tres hombres sin que la oyeran. Su corazón latía aceleradamente, aunque todavía no había habido ningún signo de violencia.

Pero algo andaba muy mal. Amber sabía que Gray no aceptaría jamás un soborno, pero no quería ni pensar en cómo reaccionarían Roger y Ozzie cuando se negara. Parecían muy leales a Vic Delaney.

La conversación continuó mientras Amber se acercaba, pero ella sólo pudo captar frases sueltas. Pese a que la noche silenciosa propagaba las voces claramente, también la música del salón llegaba diáfana hasta donde estaba Amber, apagando a veces la conversación silenciosa de detrás de la duna.

—… —Le suenan—. ¿Millones, Grayson? —preguntó Roger con satisfacción mientras Amber esquivaba Otro lagarto.

—Pues como suele sonar —murmuró Gray—, un montón de dinero. Sin embargo, me temo que tendré que rechazar la oferta, y estoy seguro de que entenderéis mi postura. Perderé mi negocio si se corre la voz de que me dejo vender tan fácilmente. —Nadie lo sabrá, señor Grayson— afirmó Ozzie con énfasis.

—Yo lo sabré. Tú lo sabrás. Tu amigo Roger lo sabrá, y también Delaney. Me parece que ya somos suficientes. Así que, si me perdonáis, he de volver con mi esposa. Estará preocupada por mi tardanza.

—No se preocupe por su esposa —dijo Roger—. El señor Delaney se encarga de ella.

—Ah, ¿sí?

Por vez primera, la voz de Gray expresó algo más que aburrimiento o asco. Los dos hombres notaron el cambio, y ellos mismos empezaron a comportarse con más dureza.

—Me parece que no entiende aún todo lo que el señor Delaney desea ver realizado este negocio, Grayson. Si tuviera dos dedos de frente, dejaría de aparentar heroicidad para demostrar un poco de sensatez. Tendrá el dinero al contado en cuanto hayamos cerrado el trato.

—Ni hablar. Amber Oyó un movimiento brusco, y supuso que Roger y Ozzie se habían movido para cortar la retirada a Grayson.

—Lo siento, Señor Grayson —estaba diciendo Ozzie, aun— no parecía sentirlo en absoluto—, pero no podemos dejarlo marchar

hasta que comprenda lo importante que es este negocio para Delaney.

La voz de Orne expresaba cierta satisfacción, como quien había llegado a la parte interesante. Amber decidió esperar un minuto mas, y dio la vuelta al promontorio de arena y arbustos, antes meter la mano en el gran bolso.

Disculpen la interrupción, señores, pero vengo por mi marido.

Los tres hombres se volvieron hacia ella sorprendidos, y Amber comprobó que Roger y Ozzie estaban a punto de caer sobre Cray. Éste permanecía tranquilo, poned los pies un poco separados y las manos a los lados de la cadera. Parecía mas asombrado de verla que los otros dos. —Amber…— empezó a decir Cray.

Se interrumpió al verla sonreír y mover el bolso unos cuantos centímetros Amber continuaba con la mano dentro del bolso.

—Hola, Gray. Tuve la intuición de que habías salido a negociar. Hubieras debido advertirme; ya sabes que me encanta estar presente en tus reuniones imprevistas. Sonrió a Ozzie y Roger, que la miraron con fiereza.

Podía ver sus rostros con claridad, a la luz de las estrellas. Roger fue el primero en hablar. —Lárguese, señora Grayson. Tenemos cosas que discutir con su esposo.

Su voz era dura, pero tenía la atención fija en el bolso. También Ozzie lo observaba.

—Mucho me terno que no puedo dejar a mi esposo aquí solo —explicó Amber cortésmente—. El caso es que me paga bastante para evitar que chicos como vosotros estropeéis sus negocios. Lo cierto es que no soy exactamente su mujer. ¿Por qué creen que dormimos en cuartos separados?

Mi trabajo consiste en cuidar de él, pero es un contrato puramente laboral.

Hubo un momento de silencio sepulcral, mientras que todas las miradas se clavaban en el bolso. Amber esperó que Ozzie y Roger pudieran visualizar por las formas la pistola que imaginaban dentro del mismo. Con un poco de suerte habrían visto suficiente televisión como para imaginarlo.

Echó un vistazo a Gray, y supo que le seguiría el juego, aunque su expresión era impasible como siempre. Finalmente, Ozzie habló.

—¿Quién es usted? ¿La guardaespaldas de Grayson?

—El señor Grayson prefiere llamarme «ayudante personal» —explicó Amber haciendo una pausa—. Y, a veces, me hago pasar por su esposa. ¿Nos vamos, Gray? —preguntó sin mirarlo siquiera.

—Claro —respondió Gray, sonriendo burlón—. Recuérdame que te agradezca el rescatarme de una reunión tan aburrida.

—Encantada —repuso Amber excitada.

El truco estaba dando resultado, y Roger y Ozzie la creían lo suficiente como para respetarla. Casi estaban convencidos de que era el guardaespaldas de Gray. Amber añadió:

—Creo que es hora de volver al hotel.

—Sólo una cosa más —murmuró Gray, dirigiéndose a Roger—. Quiero las llaves del *jeep* que está aparcado a la entrada del hotel, por favor.

—¿Qué demonios dice?

Gray hizo un gesto con la mano.

—Amber y yo estamos un poco hartos de la hospitalidad del Oeste, así que nos volvemos esta noche. Necesitamos tu soporte hasta el aeropuerto, y no queremos ser una molestia. Así que, dadme las llaves.

Roger dudó con expresión de rabiosa impotencia. Dirigió una mirada asesina a Amber, que continuaba sosteniendo el bolso a la altura del pecho, y, rechinando los dientes, saco las llaves del bolsillo y se las pasó a Gray.

—Al señor Delaney no le va a gustar esto nada.

Gray tomó las llaves al vuelo.

—El señor Delaney no es el único en estar descontento —dijo—. Tampoco yo me siento muy a gusto con la situación, y creo que ha llegado el momento de poner buena cara a este viaje.

Aunque ha sido divertido. Vámonos.

Amber lo miró de reojo, no muy segura sobre cómo llevar a cabo la retirada. Supuso que debía continuar apuntando a Roger y Ozzie con la pistola imaginaria, pero eso supondría volver marcha atrás todo el camino. Gray entendió el problema al momento, y la tomó del brazo para volver hacia el hotel.

—No te preocupes por ellos, cariño —susurró—. Han entendido la situación, y no se nos cruzarán en el camino mas veces.

Amber no entendía cómo podía estar tan seguro, pero sabía que Cray conocía a fondo la naturaleza humana. Si pensaba que estaban

a salvo de los dos jóvenes por el momento, probablemente tenía razón. Con la mano aun dentro del bolso se dejo llevar hasta el iluminado interior del vehiculo, sin que hubiera señal de persecución.

—¿De veras que nos iremos esta noche? —preguntó al entrar.

En el hotel, todo parecía tranquilo y seguro, y era difícil creer que hubiera tenido lugar una escena como la anterior a unos metros del mismo.

—Sí —replicó Gray, dirigiéndose hacia los ascensores—. Cuanto antes, mejor. Tienes cinco minutos para guardar tus cosas en la maleta.

—¡Pero si no me da tiempo!

—Te compraré de nuevo todo lo que te dejes aquí —dijo Gray con determinación—. Reduciré los gastos de tu paga como guardaespaldas.

—No te rías de mí, Gray —protestó Amber, corriendo hacia su cuarto—. Fue lo único que se me ocurrió en aquel momento.

—No me río —respondió Gray con una sonrisa traviesa mientras abría la puerta—. Estoy impresionado. Parecías toda una profesional ahí fuera.

—Veo la tele, igual que todo el mundo —repuso Amber, y luego se volvió hacia él—. ¿Qué estaba pasando?

—Te lo contaré camino del aeropuerto. Sólo te quedan cuatro minutos.

Gray se dirigió al momento hacia su habitación, recogiendo camisas por el camino. Entonces, Amber desechó todas las preguntas que se agolpaban en su mente y se concentró en el equipaje.

Arrojó todas sus prendas sobre la maleta y la cerró descuidadamente.

Exactamente cuatro minutos después, Gray y ella bajaban hacia el vestíbulo en el ascensor. Al llegar abajo, Amber se detuvo.

—Creo que olvide mis zapatos verdes —dijo.

—Ya te dije que te compraré otros.

Gray la conducía con firmeza del brazo hacia la salida, atento a los movimientos de Roger y Ozzie, que estaban apoyados sobre el mostrador. Ninguno de los dos se movió al verlos abandonar el hotel a una hora tan intempestiva, pero sus miradas reflejaban la

furia que los corroía A Delaney no se lo veía por ninguna parte.

Gray sonreía aún levemente mientras colocaba las maletas en el *jeep* y subía al asiento del conductor; al lado de Amber. Ella lo miró, molesta.

—Se diría que te divierte todo esto —dijo.

—La verdad es que supone un cambio frente a la rutina usual de estos viajes —admitió Gray después de arrancar—. Te voy a tener que llevar en mis viajes de negocios. ¿Cuánto cobra un guardaespaldas?

—Seguro que mucho más que un asesor personal —replicó Amber—, así que espero que me subas el sueldo para el mes que viene. Pero, en serio, Gray; quiero saber lo que estaba pasando allí fuera. Cuando yo llegué, daba la impresión de que estuvieran a punto de pegarte una paliza por no aceptar el soborno.

—Pues no andas muy descaminada —respondió Gray alegremente.

—Bueno, ¿y no deberíamos informar a la policía?

—¿Y qué decimos? Nadie nos ha tocado, y ni siquiera nos han amenazado. Delaney negaría saber nada del soborno, y propondría echar a Ozzie y a Roger por molestar a los clientes. Ahí acabaría todo, porque no tenemos ni una sola prueba. Incluso estarían en su derecho de acusarnos de amenazarlos con un arma de fuego.

—¡Pero si es mentira!

La sonrisa de Gray se amplió.

—Intenta convencerlos de eso después de tu interrupción con el bolso. A mí, desde luego, me dejaste impresionado.

Amber se sintió halagada.

—No estuvo mal, ¿eh? Pero cuéntame exactamente lo que pasó.

Estaba mucho más tranquila desde que se sentía fuera del alcance de Delaney y sus secuaces. Gray se encogió de hombros.

—Delaney debió olerse que no estaba muy satisfecho con el negocio que le ofrecía a Symington, y que mi informe lo reflejaría. Así que decidió intentar un soborno. Te tuvo a ti ocupada en el baile y mandó a Roger y Ozzie para que… eh… me hicieran entrar en razón.

—¿Y tú crees que Delaney sabía que te amenazarían con la fuerza? —preguntó Amber.

—Estoy seguro de que Delaney conoce perfectamente cómo

trabajan sus hombres.

—Pues no parece que te haya afectado demasiado todo este asunto —comentó Amber—. ¿Es que estas cosas te suceden a menudo?

—No. Por desgracia, los viajes de negocios suelen ser mucho más aburridos —contestó Gray, contemplando la noche estrellada —. Me trae a la memoria un poema de Twitchell. Aquí estamos en medio de la noche estrellada; escapando hacia la frontera, perseguidos por unos pistoleros.

Amber se volvió de un salto y contempló la autopista vacía a sus espaldas no vio a nadie. —Es una forma de hablar, cariño. O una metáfora, si quieres. Imagínate la escena. Seguro que a Twitchell le habría encantado.

Antes de que Cray se sintiera inspirado y comenzara a recitar, Amber cambió de tema.

—¿Nos quedaremos en un hotel del aeropuerto esta noche? —preguntó.

—No, creo que evitaremos tentar a Roger y a Ozzie —di1o Cray con seriedad—. Volveremos a Phoenix y pasaremos allí la noche Por la mañana, volveremos a Bellevue.

Amber abrió os ojos.

—No creerás en serio que Ozzie y Roger nos vayan a perseguir esta noche, ¿verdad?

—No, pero mejor no correr riesgos inútiles.

Amber prefería no discutir sobre un tema como ése, y se recostó contra el respaldo del asiento mientras el *jeep* se deslizaba por a carretera solitaria. Para su alivio, no vieron nade hasta llegar a la ciudad.

Al llegar al aeropuerto. Cray aparcó el coche y mandó las llaves al complejo por correo.

Inmediatamente, abordaron el avión.

El viaje a Phoenix era muy breve, por lo que Amber no tuvo tiempo de relajarse, y llegó a Phoenix cargada de excitación. Sin embargo, Gray parecía totalmente relajado tras la aventura Amber lo observó de reojo, preguntándose cómo podría mantener la calma de aquella manera.

Después de todo, habían estallo a punto de agredirlo.

Dado por hecho, claro, que los jóvenes tuvieran realmente la

intención de persuadirlo con coacción ficticia Amber frunció el ceño Quizás no hubiera pasado nada, se dijo. Cray tenía razón; hubiera sido absurdo ir a la policía. No había habido amenazas reales, y Amber había intervenido antes de que los dos hombres demostraran hasta dónde pensaban llegar para que Gray aceptara el soborno.

—¿Crees probable que Delaney mande a sus hombres hasta nosotros? —preguntó Amber cuando ya subían a un taxi camino del hotel.

—No. Delaney no es tan tonto como para actuar fuera de su territorio.

¿Y tú sospechabas que fuera un hombre así, que lanzara a sus empleados contra ti con un soborno, cuando aceptaste el trabajo de Symington?

—Nunca se sabe cómo reaccionad la gente cuando está desesperada De todas formas Delaney no es tonto. Lo intentó y no funcionó ahora se retirará, Debe haberles sentado bastante mal el descubrir que eras mi guardaespaldas. —Lo hice bien, ¿eh?— dijo Amber, satisfecha.

Cuanto más se alejaban de Tucson, más emocionada se sentía. Sabía que no sería capaz de pegar un ojo aquella noche. Estaba demasiado excitada.

—Sólo hubo un fallo en tu representación —se burló Gray.

Amber se ofendió.

—¿Cuál? —preguntó.

Gray la miró.

—Esa tontería de decir que no eras mi mujer —dijo suavemente.

—¡Ah, eso! —dijo Amber pestañeando—. Pensé que parecería más verídico si decía que no era tu esposa. ¿Cuántos conoces que estén casados con sus guardaespaldas?

—Ninguno —contestó Gray fríamente.

—Quieres saber la verdad —prosiguió Amber sin pensar—, no me siento mucho tu esposa. En realidad, creo que lo único que ha cambiado es mi apellido. Tú fuiste el que pediste habitaciones separadas, ¿no? No fue una casualidad.

—No, no fue una casualidad —admitió Gray, suspirando—. Pensé que sería lo mejor.

Amber observó por la ventanilla las luces de Phoenix a lo lejos. Pensó que Gray iba a añadir algo, pero, en aquel momento, llegaron

al hotel, y no hubo más oportunidad de conversar. Momentos más tarde, Gray pagaba la cuenta del taxi. Amber estaba todavía poseída por la emoción y la inquietud, y no podía parar quieta. De pronto, en un segundo arrebato de inspiración en aquella noche, se le ocurrió una idea. La llevó a cabo al momento, casi sin pensar.

—Iré yo a registrarme —anunció.

Gray la miró intrigado. Ya estaban a mitad de camino hacia el mostrador.

—¿Por qué? —preguntó.

—Porque aún tengo mis carnés y mis tarjetas a mi nombre —explicó Amber sonriendo—. Si Delaney se decide a seguirnos, seguro que no buscará una pareja registrada bajo el nombre de Langley, ¿no crees?

—Te va esto, ¿eh?

—Puede que esté hecha para la vida de la acción y de la aventura.

—Ya —repuso Gray con escepticismo—. Pues no te lo creas demasiado. Por mí puedes registrarnos a tu nombre, aunque dudo mucho que Delaney nos siga hasta aquí. Pero, si te hace sentirte más tranquila, adelante.

—Bien; luego me lo reembolsarás, ya que, esto, después de todo, es un viaje de negocios. —Quiero recibos detallados— advirtió Gray riendo.

—Los tendrás.

—Bueno —decidió Gray, asintiendo—, pues mientras tú haces eso, yo iré a comprar el periódico.

Ahora mismo vuelvo. Gray se alejó, y Amber tomó aliento antes de dirigir— se al mostrador.

—Una habitación con cama doble —pidió claramente a la recepcionista—. Para mí y para mi marido. Casi se le paró el corazón cuando la mujer le asignó la habitación. No sabía qué explicación le daría a Gray. Podría decir que era la única habitación libre del hotel, pero eso era fácil de comprobar. También podría decir la verdad, pero temía su reacción.

Una cosa estaba clara, decidió mientras observaba a Gray que regresaba con el periódico bajo el brazo, aquélla era la noche indicada. Amber no solía ser tan atrevida. Seguro que el haber salvado a un hombre de unos matones le daba ciertos derechos,

sobre todo si se trataba de su esposo. Gray miró a Amber por encima de los titulares. Lo esperaba frente al ascensor, con la llave en una mano y una expresión determinada. Era la misma mirada que llevaba en los ojos aquella noche cuando simuló llevar un arma. Gray supo por instinto que Amber se preparaba para algo importante. Y Gray podía adivinar lo que era.

Aquel pensamiento envió olas de deseo por su cuerpo. Tal vez Amber hiciera bien en tomar la iniciativa; había sido tonto al jugar a ser un caballero durante tanto tiempo.

Al acercarse, Gray pudo leer mejor en los ojos de Amber. No sólo había determinación femenina, sino que también había algo de nerviosismo. Aquello le pareció aún más excitante, Amber estaba todavía bajo los efectos de su éxito en la aventura, pero no se sentía del todo segura.

La escena de violencia que ambos habían presenciado había provocado una liberación de energía que se estaba transformando en deseo. Gray no hubiera podido resistirse aquella noche a Amber aunque hubiera querido. Después de todo, era su esposa.

Amber se mordió el labio al ver que Gray se acercaba. No podía leer su expresión, pero no importaba. No pensaba abandonar.

—Ya está —dijo, mostrando la llave—. La habitación está en el piso séptimo. —Bien. No necesitamos botones para estas dos maletas con calma, dejó las maletas en el suelo, y la tomó por los hombros—. Dijo Gray con suavidad mientras le cedía el paso en el ascensor. —No— asintió con voz ronca—. Creo que tienes razón, La mano de Amber se humedeció de los nervios, y no fue capaz de articular palabra mientras subían en el ascensor. Gray tampoco dijo palabra, y la siguió en silencio del ascensor a su cuarto. A Amber nunca le había parecido tan alto y fuerte como cuando la seguía por el pasillo y esperaba a que abriese la puerta.

En el último instante, Amber buscó ávidamente una excusa que explicara el hecho de que sólo hubiera una cama. Las palabras acudieron a sus labios a trompicones, como un río desbordado e imparable.

—El hotel está casi lleno, Gray, y hemos tenido suerte al encontrar esta habitación. Sólo hay una cama, pero la recepcionista me aseguró que era lo bastante grande para los dos. Quiero decir que, aunque sé que estás acostumbrado a dormir solo, esto es una

especie de emergencia, o, al menos, una situación poco habitual, y, ya que nos conocemos bastante bien, pensé que no pasaría nada por compartir una cama tan grande. Después de todo, estamos casados. No es que seamos un par de extraños…, ¿no?

Se paró de golpe y miró a Gray. Éste cerró la puerta con calma, dejó las maletas en el suelo y la tomo de los hombros. No asintió con voz ronca. Creo que tienes razón, Amber. Ya es hora de que seamos amantes.

# Capítulo 6

Amber se sintió aliviada. No sabía por que Gray habría decidido por fin establecer unas relaciones normales, pero tampoco le importaba demasiado en aquel momento. Se había acabado la espera, y las cosas irían mejor a partir de entonces. Conocería la fuerza y la seguridad de los brazos de Gray e intentaría proporcionarle todo el placer que una esposa debe ofrecer. El matrimonio sería real a partir de aquella noche.

—Me alegro tanto, Gray —murmuró mientras le rodeaba el cuello con sus brazos—. Estaba empezando a pensar que habíamos cometido un grave error.

Miró a Gray con ojos brillantes, e inclinó la cabeza contra su pecho.

—Así que decidiste tornar la iniciativa, ¿eh?

Los labios de Gray se curvaron en una sonrisa, y alzó las manos para acariciar el cabello rizado de Amber. Las horquillas cayeron al juguetear con los rizos. Gray las recogió y las guardó. Luego, se concentró de nuevo en los rizos de Amber, como intentando aprender su forma y su aroma. —Las cosas no han sido normales esta semana, Gray— dijo Amber con seriedad—. Ya sé que estabas esperando a que la pasión brotara de mi alma, pero no hay más que lo que ves. No existen ardores escondidos, y tengo que saber de una vez si estarás satisfecho con lo que soy. Puede que no sea la mujer adecuada para ti, pero parecías muy seguro de ti mismo.

—Lo estoy —replicó Gray con sencillez—, y creo que ya es hora de que tú estés segura de ti misma. Amber no entendió muy bien

aquel último comentario, pero no tuvo tiempo de discutir. Gray bajó la cabeza y capturó sus labios en un beso. Amber descubrió en aquel beso una sensualidad nueva; un deseo profundo que nunca antes había conocido. Fascinada, se dejó caer en la red de excitación que entre ambos estaban tejiendo.

Cuando Gray acarició su espalda, Amber tembló de deseo, y se apretó más al cuerpo fuerte y endurecido de pasión de Gray. Pasó sus manos con lentitud por el pecho y los hombros de su esposo, saboreando cada nueva caricia, cada descubrimiento. Se sentía tan bien en sus brazos…, pensó, suspirando contra su boca.

Gray dejó entonces sus labios para acariciar con los suyos la oreja de Amber. Luego, apartó el pelo que le entorpecía el paso y hundió su cabeza en el hueco perfumado de su garganta. —Eres tan suave, tan cálida… —murmuró con la voz enronquecida—. No sé cómo he podido esperar tanto. —Gray— susurró Amber.

Su voz denotaba una excitación que le hubiera sorprendido a la misma Amber en circunstancias normales.

Gray pasó las manos por debajo de su blusa mexicana, destruyendo el obstáculo para llegar a su pecho.

—Levanta los brazos, cariño.

Amber lo hizo así, y Gray le quitó la blusa, bajo la cual aparecieron los pechos desnudos de Amber. Por un momento, Amber experimentó cierta incertidumbre. Era la primera vez que Gray descubría zonas tan íntimas, y no sabía cómo reaccionaría. Pero la mirada de Gray revelaba a las claras que le gustaban sus pechos firmes y pequeños.

Con una mano, Gray acarició uno de los pezones, que se endureció instantáneamente. Amber se apoyó contra el pecho de Gray.

—¿Qué sucede, mi amor? —preguntó Gray con dulzura.

—Nada. Sólo pensaba que la mayoría de los matrimonios se conocen íntimamente mucho más que nosotros cuando se casan.

—Hablas de haberse acostado juntos, ¿no? ¿Qué pasa? ¿Te preocupan las sorpresas? ¿Temes que no te guste mi cuerpo?

—No seas tonto, Gray, ya sabes que no es eso —replicó Amber con una sonrisa ingenua—, aunque, la verdad es que sí temo defraudarte a ti. Como nunca me has visto antes de hoy…

—Te he visto mil veces en sueños —repuso Gray

deliberadamente—, y la realidad está resultando cien veces mejor. Eres preciosa.

Amber susurró un «gracias» tímido y casi ininteligible contra su camisa. Gray rió con ternura y la estrechó contra sí.

Sintiéndose mucho más segura, Amber empezó a desabrochar la camisa de Gray, descubriendo encantada una mata rizada de vello que le cubría el pecho hasta perderse bajo la línea de los pantalones.

—¿Te valgo? —preguntó Gray.

—Eres perfecto —contestó Amber en un susurro.

Acarició con las puntas de los dedos el vello rizado hasta encontrar los pequeños pezones. Se detuvo un rato en explorarlos, y sintió el estremecimiento de placer de Gray.

Rápidamente, Gray buscó el cierre de la falda de Amber, y lo desabrochó. La falda cayó al suelo. Gray acarició los muslos suaves y desnudos de Amber y la apretó contra sí. Amber tembló de deseo, y Gray la desnudó ya por completo, dejando que las braguitas cayeran junto a las sandalias. Desapareció en Amber el último vestigio de incertidumbre cuando observó la mirada ardiente de Gray, que contemplaba su cuerpo desnudo. Entonces, la tomó entre sus brazos y se dirigió hacia la cama.

Apartó las sábanas blancas y tumbó a Amber sobre ellas. Había fuego en su mirada mientras se recreaba en la vista de su esposa. Amber se sentía deseada y atractiva, bonita y querida. Nunca le habían hecho sentirse de aquella manera.

Gray se sentó en la silla contigua a la cama, y se desnudó con impaciencia, sin apartar la mirada del rostro levemente enrojecido de Amber. Ella estudió con placer el cuerpo desnudo del que era su esposo: su espalda ancha y musculosa, sus estrechas caderas, sus fuertes piernas. Emocionada, Amber se con—. Amber susurró su nombre y clavó sus uñas en la solidez se convenció de que aquél era su hombre, que la pertenecía, da espalda de Gray. Adoraba su contacto, su aroma, su y de que lo deseaba tanto como él a ella. Alzó la mira— fuerza. El peso de Gray sobre su cuerpo era embriagada y extendió la mano hacia él, invitándolo a acompañarlo, y cada contacto era una caricia. Amber tembló y segarla, acurrucó debajo de él.

—Amber. Mi pequeña y preciosa Amber —murmuró—. Eres tan

excitante —dijo Gray con fiereza, acariciando su muslo—. Gray, sentándose a su lado. Sólo con tocarte podría enloquecer. Es como tener oro líquido entre mis dedos. No —se corrigió con una sonrisa sensual—, piel líquida.

La tomó de las muñecas con ternura y se inclinó sobre ella, besándola con ardor. Amber respondió a su deseo sin dudarlo, entreabriendo los labios, perdida en a pura sensación de aquel instante, sin pensar en el pasado, o en el futuro. Aquella noche y aquel hombre le pertenecían, y la energía de las emociones de aquel momento no dejaban lugar para los recuerdos ni las preocupaciones. Amber alzó su cuerpo para facilitar la caricia dulce de la mano de Gray en la parte interior de su muslo, y gimió de nuevo ante el íntimo contacto. —Gray, no puedo creerlo… nunca he sentido nada parecido—. Para mí esto es nuevo también —dijo Gray —, y tampoco puedo creerlo. He esperado tanto tiempo…

Cuando la lengua de Gray se encontró con la suya, Amber gimió débilmente, sintiendo cómo lenguas de fuego atravesaban su cuerpo ardiente.— De nuevo paseó los labios por su pecho, enviando una corriente de fuego por todo el cuerpo de Amber. Ella curvó una pierna sobre las caderas de Gray.

Gray, por favor —dijo seductora, no pudiendo aguantar el deseo por mas tiempo—, por favor, tómame. Te deseo tanto.

Gray posó una mano sobre uno de sus pechos al tiempo que saboreaba y mordisqueaba con ternura el pezón del otro. Gray alzó la mirada para corroborar aquellas palabras en la expresión de Amber. Pareció gustarle lo que vio, y empezó a acariciar la parte más sensual del cuerpo de Amber, hasta que el deseo de ella fue tan evidente que se decidió a poseerla.

Se tumbó sobre Amber, y le separó las piernas con las suyas. Amber gimió al sentir el sexo de Gray buscando un camino entre su entrepierna. Lo apretó contra sí con fuerza, y Gray notó su duda.

—Cariño —musitó, controlando a duras penas su deseo—, cariño, no temas, no te haré daño; tendré cuidado.

El cuerpo de Gray estaba tenso por la espera. Amber sonrió con picardía, y lo apretó aún más contra sí.

—Espero que no demasiado cuidado —dijo.

Gray reaccionó ante la broma de Amber y, de un movimiento firme y seguro, se introdujo en el cuerpo suave de ella. Esperó un

instante a que sus cuerpos se ajustaran. —Sí, Gray— susurró Amber en su oído—, sí.

—Qué bien —repuso Gray con la voz teñida por el deseo—. Eres fantástica.

Entonces, lentamente, empezó a moverse. Amber se fundió en el movimiento, elevándose en cada unión, impulsándolo hacia sí con todo su cuerpo. Juntos establecieron el ritmo del amor.

—Muy bien, cariño —susurró Gray—. Tómalo. Es todo tuyo. Ven y tómalo, Amber.

Se separó un poco de ella, lo justo para deslizar una mano entre sus dos cuerpos.

Amber perdió el aliento cuando Gray acarició la parte más sensual de su cuerpo, a la vez que se introducía una vez más. La excitación superó la cota máxima, y su cuerpo quedó envuelto en oleadas de placer. Amber se agarró con fuerza al hombre que había hecho posible tal maravilla. Entonces, Gray susurró su nombre entre dientes, y su cuerpo se tensó hasta caer salvajemente en el laberinto del placer. Juntos lo prolongaron, quedando, finalmente, abrazados y quietos. Gray volvió lentamente a la realidad, sintiendo el calor y la suavidad de Amber. Observó sus ojos cerrados, y el pecho húmedo. La expresión de Amber reflejaba satisfacción y alegría, como quien está en el mejor de los lugares, en el mejor de los momentos.

Se separó de ella suavemente, y se colocó a su lado, sonriendo al oír su protesta.

—Ven aquí, pequeña —dijo abrazándola contra sí—. Ven junto a mí y duerme.

Amber obedeció con placer y confianza, y Gray vio con satisfacción cómo su amada se dormía en sus brazos.

Era casi gracioso el pensar que Amber creía no poder reaccionar pasionalmente con él. Lo único que no era gracioso era que aquel convencimiento los había tenido separados durante tres meses.

Sin embargo, Gray no se arrepentía de la espera. Amber había seguido sus propios deseos y, a la mañana siguiente, despertaría con el conocimiento no sólo de que podía ser apasionada, sino de que ella misma había precipitado la unión.

Sería positivo que se diera cuenta de todo eso, decidió Gray. Pero era mejor no forzarla a admitirlo. Sabía que necesitaría tiempo

para admitir lo que, durante tanto tiempo, se había negado a sí misma.

Fuera lo que fuese lo que el hombre de California le había hecho, había creado una coraza de hielo alrededor de Amber que había durado medio año. Le había hecho temer el amor y la pasión, y Gray hubiera deseado castigarlo por ello.

Pero, por otra parte, pensó Gray bostezando, de no haber sido por aquel estúpido, Amber y él nunca se hubieran conocido.

Gray se durmió preguntándose cuánto tiempo tardaría Amber en admitir del todo lo que había sucedido entre ellos.

A la mañana siguiente, Amber se despertó con un vago sentimiento de alegría, se estiró y tanteó con el pie, buscando la pierna de Gray. Como no la encontró, entreabrió los ojos. No se veía a su marido por ningún lado, pero se oía el agua correr en la ducha. Miró la hora; eran casi las ocho.

Bostezando, se levantó de la cama.

Se sorprendió al notar ciertos dolores interesantes en su cuerpo, y sonrió mientras se estiraba. Gray no era precisamente un peso pluma, cualquier mujer que se acostara con él recordaría la ocasión durante un buen tiempo. Amber recordó que era ella la que tenía el derecho de compartir el lecho con aquel hombre, y sonrió. Luego, se dirigió hacia el baño.

El cuarto estaba lleno de vapor cuando entró y llamó a Gray.

—Buenos días —dijo entre las nubes—, ¿qué está pasando aquí? ¿Te has hecho una sauna?

—Ven y compruébalo —la invitó Gray, asomándose por las cortinas y admirando su cuerpo desnudo. Me estaba preguntando cuándo te levantarías. Es tarde, y debemos volver a Washington hoy.

Venga, déjate de tonterías y entra en la ducha.

Amber enrojeció al darse cuenta de su escrutadora mirada, y esperó que Gray lo atribuyera al vapor. Avanzó hacia él, sintiéndose más femenina y segura de sí misma que nunca.

Una vez que estuvo cerca, lo contempló con tanto descaro como él había hecho, y dijo con burla:

—No está mal, aunque esperaba algo mejor después de haber tenido toda una noche para recuperarte. Pero no te preocupes. No me importa elegir la calidad antes que la cantidad. Entiendo

perfectamente que los hombres de cierta edad prefieran la calidad a la cantidad, sobre todo en algunos aspectos.

Gray la agarró por el cuello y la introdujo en la ducha.

—Vaya, la fierecilla insaciable. Repite eso y verás. Pensaba dejarte dormir después de lo de anoche, ya que eres el sexo débil, y todo eso, pero si me vas a pagar así, creo que dejaré la cortesía a un lado, y me divertiré.

—Venga —lo invitó Amber con los ojos brillantes.

Rodeó con los brazos el fuerte cuello de Gray y él la levantó hasta las caderas. Entonces Gray la penetró de un movimiento salvaje y profundo, que la dejó estremecida. Se agarró al cuerpo de Gray, y rodeó sus caderas con las piernas, colgada de ese modo mientras que el agua caía como una cascada sobre ellos.

En aquella ocasión, la pasión fue rápida y furibunda, dejando a ambos sin aliento. Cuando todo acabó, Gray depositó a Amber sobre el suelo, y la ayudó a recuperar el equilibrio.

_Dios mío —se quejó Amber, exagerando la sorpresa—, te prometo no volver a hablar de la cantidad y de la calidad. No sé si sobreviviría a muchas demostraciones como ésta.

Gray besó su cuello, riendo en silencio.

—No te infravalores. Estoy seguro de que con algo de entrenamiento y práctica alcanzarás pronto mi ritmo.

—Me parece descubrir algo de machismo ahí.

—Claro. Al fin y al cabo, soy un hombre, y tengo mi orgullo. Ya lo irás descubriendo —dijo Gray mientras se disponía a enjabonarla.

—Lo recordaré —repuso Amber, disfrutando de ser bañada por su esposo.

Gray no mencionó nada de la fiesta hasta que estuvieron en el avión.

—¿Qué fiesta? —preguntó Amber sorprendida al tiempo que apartaba la mirada de la revista para clavarla en Gray.

—Bueno, yo creo que deberíamos tener una, ¿no? No me gustan las celebraciones, pero quisiera presentarte a mis amigos. Algunos ya te conocen, claro, pero me gustaría hacer una presentación oficial. Supongo que tú también querrás invitar a alguien, ¿no?

Amber pensó en su hermana, su cuñado, y las escasas amistades que había hecho desde que llegara a Washington.

—Bueno, sí —respondió—, hay gente a la que me gustaría

invitar. ¿Estás seguro de que quieres meterte en todo este lío, Gray?

—Como te he dicho —replicó Gray—, hay una razón clara.

—¿Presentarme como tu esposa? —dijo Amber, encogiéndose de hombros—. Bien, de acuerdo. Puede ser divertido dar una fiesta.

—Tengo un amigo íntimo en Vancouver —reflexionó Gray—, pero no creo que debamos invitarlos a él y a su esposa para la fiesta. Será algo oficial, y prefiero reunirme con Mitch y Lacey en un ambiente más relajado.

—¿Mitch y Lacey?

Gray asintió.

—Su apellido es Evans. Un fin de semana iremos a Vancouver y los conocerás. Te gustarán. Y sé que ellos estarán deseando conocerte.

Amber tomó la revista de nuevo, pero, en vez de leerla, empezó a pensar en la fiesta que darían. Era muy propio de los recién casados celebrar una reunión de ese tipo; era como una segunda confirmación del matrimonio. Los amigos y los socios los verían definitivamente como una pareja… un matrimonio.

Amber volvió a retirar la revista, y miró por la ventana. Gray y ella estaban casados de veras; su relación ya no estaba limitada. Eran amigos y también amantes.

Amber trató de olvidar la palabra «amantes» y sus implicaciones y concentrarse en la lectura, pero retornó a su cerebro al instante, recobrando fuerza.

Esperaba haber hecho feliz a Gray la noche anterior. Estaba segura de que había quedado satisfecho. Era lo lógico y lo correcto, pensó para sí. Era un buen hombre y un buen marido, y se merecía toda la satisfacción que ella pudiera darle.

La verdad era, tuvo que admitir para sí, que había disfrutado proporcionándole placer. En realidad, ella misma había encontrado satisfacción en sus brazos. Se habían entregado el uno al otro, y no podía negar que se habían compenetrado a la perfección.

Después de todo, eran un matrimonio. Si no encontrasen placer en su relación, el futuro no se plantearía muy halagüeño. Un marido y una mujer están en su derecho a buscar satisfacción en el lecho.

Amber decidió dejar las cosas así, más que nada, porque temía llevar sus pensamientos demasiado lejos. Gray y ella serían felices en su relación, y eso era todo. Ya tenían más que muchas otras

parejas. Con determinación, tomó la revista de nuevo, sin notar que Gray la estaba observando especulativamente.

Al verla concentrarse en la revista una vez más, Gray volvió sobre su artículo. No podía leer los pensamientos de Amber, pero sí se podía hacer una idea de lo que pensaba. Y, observando el leve ceño que había aparecido en la frente de Amber, sabía que no estaba muy segura de sus conclusiones.

Gray estaba seguro de que no se arrepentía de lo que había sucedido la noche anterior, pero, probablemente, se preguntaría por qué había sido tan fácil adaptarse a su nuevo esposo. Era probable que se estuviera convenciendo de que el placer era algo lógico en una relación como la suya, ya que, al fin y al cabo, eran amigos. Al igual que compartían gustos y hábitos, era lógico que su relación en la cama fuera satisfactoria.

Pero había habido mucho más que satisfacción física entre ellos la noche anterior, pensó Gray. Se preguntaba cuánto tardaría Amber en abrir los ojos, en darse cuenta de que su matrimonio era algo más que un documento legal.

Diez días después, Amber se asomó al gran salón de la casa de Gray, y se preguntó si habrían olvidado algún detalle. Los invitados estaban a punto de llegar.

Habían dispuesto varias bandejas con comida por toda la sala, así como un gran surtido de bebidas.

—¿Todo dispuesto?

Amber se volvió, haciendo ondear el vuelo de su vestido rojo, y miró a Gray, que lucía un traje claro.

—Todo parece estar en perfecto orden —le aseguró—. Sólo falta que aparezca alguien, si no tendremos dificultades para comérnoslo todo nosotros.

—No te preocupes —dijo Gray riendo—, alguien vendrá. Creo que podemos confiar en tu hermana, por lo menos.

—Hummm… tienes razón. Sabe que la mataré si no viene. ¿Acabaste el informe para Symington?

Gray asintió.

—Casi. Hace tiempo que aprendí que no es bueno precipitarse. Los clientes temen, haber malgastado su dinero si no les dedicas el tiempo suficiente. Todavía esperaré una semana para enviar el informe.

—¿Aunque vaya a ser negativo?

—Sobre todo porque va a ser negativo. Cuando vas a aconsejar a alguien que abandone un negocio como éste, tienes que dar la impresión de que has reflexionado largamente.

—O sea —dijo Amber riendo—, que no quieres que Symington piense que te has limitado a echar un vistazo a los libros de cuentas, al campo de golf y a los vinos para mandarlo todo al diablo, ¿no? —Sicología, cariño— explicó Gray suavemente—, nunca hay que olvidar el elemento sicológico de los negocios.

Amber pestañeó, demostrando admiración burlona.

—No puedo creer todo lo que estoy aprendiendo contigo.

—Pues estate atenta, que lo mejor ésta aún por llegar —prometió Gray en tono sensual.

—No sé si podré aguantar demasiada educación —repuso Amber sonrojada.

Recordaba la noche anterior, en la que Gray había estado inspirado, y habían acabado sobre la alfombra del cuarto. Había sido excitante y divertido.

—Sí, pero ¿quién estaba enseñando a quién anoche? No fui yo quien empezó a recitar a Twitchell en medio de todo —replicó Gray.

—No sé. De algún modo, parecía ser lo apropiado —murmuró Amber con ojos brillantes.

Amber prefería no profundizar demasiado sobre las razones por las que había tenido un acceso de humor la noche anterior. Por primera vez, se había sentido al borde de un precipicio sentimental en los brazos de Gray. Era como asomarse y verlo todo debajo, claro y sencillo. Pero Amber había preferido no mirar, y había buscado un medio de escape para sus emociones. Había recitado a Twitchell, y ambos habían estallado en risas.

—Por supuesto Twitchell es siempre bienvenido —le aseguró Gray—, pero, como vuelvas a hablar de hierro en la situación de anoche, creo que tendré que tomar medidas drásticas.

—Ya lo hiciste anoche —replicó Amber impertérrita—. Y, hablando de hierro, creo que estás a punto de recibir el nuevo número de Atardeceres Radiantes. Ya tengo ganas de leer el artículo de Honoria Tyler Abercombrie sobre los símbolos fálicos.

Los ojos de Gray brillaron retadores.

—La señora Abercombrie maldecirá el día en que se le ocurrió escribir esos artículos.

—Ya veremos —replicó Amber con una sonrisa, y llamaron a la puerta—. ¡Ah! Nuestros primeros invitados.

No vamos a tener que comerlo todo nosotros, al final.

Ambos se acercaron a abrir.

Quince minutos después de la llegada de los primeros invitados, Cynthia y Sam Paxton aparcaron su BMW en la entrada. Amber estaba cerrando la puerta cuando los vio, y se apresuró a saludarlos.

—Cynthia, estás preciosa —dijo mientras abrazaba a su hermana —, hola, Sam, me alegro de vetos, entrad.

Se sorprendió de la rigidez de su hermana.

—Entra tú, Sam —dijo Cynthia—, enseguida voy. Tengo que hablar con Amber.

Cuando se quedaron solas, Amber la miró preocupada. —¿Algo va mal, Cynthia?

—Todo —repuso su hermana en tono lúgubre—. Está aquí.

Aquí, en Bellevue. Vino ayer a casa preguntando por ti. Amber sintió una terrible premonición. ¿De quién hablas, Cynthia?

—Roarke Kelley —repuso con impaciencia—. Tuvo un accidente, y parece que viene buscando a alguien que lo consuele.

—¡Dios mío!

Cynthia suspiró.

—Me imaginé que dirías algo así.

# Capítulo 7

Amber preguntó lo primero que se le vino a la cabeza.

—¿Le dijiste dónde vivía ahora?

—No —la tranquilizó Cynthia al momento—, pero no creo que tarde mucho en descubrirlo, ya lo conoces. Irá a tu antiguo apartamento y hará indagaciones. Es todo lo que necesita para localizarte.

Amber movió la cabeza, aturdida.

—¿Pero por qué querrá verme, Cyn? Fue él el que acabó con lo nuestro.

—No exactamente —replicó Cynthia—. Tal y como yo lo recuerdo, al final fuiste tú la que le dijiste que estabas harta y que no querías saber nada más de él, ni volverlo a ver.

—Bueno, pero no presentó mucha oposición —dijo Amber con calor—. Estaba con una rubia en aquel entonces… yo creo que ni asumió siquiera que lo nuestro estaba acabado oficialmente. Es guapísimo, ¿eh? —musitó Cynthia mientras volvían al interior—. No pensaba que fuera tan atractivo y hay un cierto atractivo en la vida de riesgo que lleva. No me extraña que te gustara tanto.

—Esta situación es horrible —dijo Amber, ignorando lo que su hermana a decía mientras se concentraba en cómo resolver el problema una—. ¿Por qué demonios tendrá que aparecer de nuevo? Dime, ¿estaba malherido?

—Aparte de un par de cicatrices, no noté nada. Pero añade atractivo a su cara, ¿sabes? No habló mucho del accidente; lo suficiente para que quedara claro que había sufrido con valentía.

Pero no hablé mucho con él, y me quité de encima en cuanto pude. —¿Le dijiste que me había casado?—. Eso fue casi lo primero que dije —le aseguró Cynthia—. ¿Y tú crees que eso lo desanimó? —preguntó Amber. No era capaz da ele pensar con claridad, y la idea de entrar en una sala llena de amigos de Gray le pareció de pronto insoportable.

—A mí me parece que tu matrimonio no lo afectó en absoluto —respondió Cynthia con un expresivo movimiento de cabeza—'—. Por lo menos, no lo demostró.

—No me extraña —dijo Amber desesperada—. Probablemente lo verá como un reto. Dios mío, Cynthia, ¿qué voy a hacer?

_¿Y si se lo dices a Gray? —sugirió Cynthia con cautela.

_¡No! ¡Claro que no! —repuso Amber, quien no quería ni pensarlo—. No quiero meter a Gray en esto. Es problema mío, y tendré que resolverlo yo sola…

—¿Por qué? Ahora tienes un marido para que te apoye.

—Cynthia, no tengo ni idea de cómo reaccionaría Gray ante esto. Sólo llevamos dos semanas casados. Puede disgustarse, puede que le duela, y, sobre todo, le sorprendería. Y es lógico. Nunca le he hablado de Roarke. Lo único que sabe es que hubo alguien en Californiana que me hizo daño. Yo ya soy una mujer adulta y debo enfrentarme por mí misma a mi propio pasado.

Cynthia no parecía tan segura.

—No sé, Amber. A mí me gusta Gray.

—Y a mí también. Por eso no quiero que tenga que enfrentarse con Roarke —replicó Amber. Cynthia la miró con curiosidad.

—¿A ti te gusta Gray?

—Pues claro, tonta. Si no, no me hubiera casado con él. Estoy contenta a su lado.

—¿Contenta? Yo esperaba que después de dos semanas de matrimonio sintieras algo más.

Amber se sobrecogió.

—Pues a mí me gusta estar contenta —dijo torpemente—. Te aseguro que me he entregado del todo a este matrimonio, Cynthia, aunque sólo llevamos dos semanas. Y no quiero estropear todo lo que tengo con Gray enfrentándolo con Roarke Kelley. Voy a arreglarlo yo sola. Tal vez Roarke deponga las armas y abandone —añadió esperanzada.

—Yo no me haría ilusiones al respecto —dijo Cynthia con franqueza—. Ha venido de muy lejos para buscarte, y no creo que se vaya sin tratar de seducirte. Como tú bien has dicho, ahora eres un reto para él.

Amber palideció.

—¿Seducirme? —repitió con horror.

—¿No pensarás que ha venido a California solo para desearte un feliz matrimonio? —preguntó Cynthia con lógica.

Amber no tenía respuesta para aquello. Abrió la puerta de dentro y se encontró de cara con Gray.

Rápidamente, exhibió una de sus sonrisas diplomáticas.

—Iba a salir a ver qué era de ti —dijo Gray despacio. Contempló la exagerada sonrisa de Amber, sopesándola.

—Estábamos charlando de hermana a hermana —explicó Cynthia suavemente—. Casi no la he visto desde que volvisteis, y sabía que no tendría muchas oportunidades hoy. ¡Qué de gente! ¿Lo habéis preparado todo entre vosotros dos?

—Amber era la supervisora y yo el subalterno. Resulta que se le da mejor cocinar que escribir a máquina —bromeó Gray, al tiempo que tomaba la mano de su esposa—. Ven, cariño. Te presentaré a varios de mis amigos.

Amber le tendió la mano, obediente, esperando que no notara la frialdad de sus dedos.

Apresuradamente, asumió el papel de anfitriona.

—¡Que te diviertas, Cynthia! Elizabeth llegó hace un rato, y dijo que quería hablar contigo de vuestro viaje a Hawai.

Cynthia sonrió cortésmente, y observó la expresión impávida de Gray.

—Iré a buscarla. Encantada de haberte visto de nuevo, Cray.

Gray asintió, y se dirigió de la mano de Amover hacia un grupo de invitados.

—¿Ha dicho tu hermana algo que te molestara?

A Amber se le cortó el aliento, pero se las arregló para sonreír aún más.

—No. Sólo quería contarme algo que le pasó ayer. Algo sobre una visita inesperada. —¿Todo va bien?

—Claro.

«Vaya», pensó Amber horrorizada. «Debo tener cuidado, porque

no quiero mentirle».

Rápidamente, cambió de tema.

—¿Y quién es esta gente que voy conocen? ¿Hay alguien del que debiera saber algo?

—Hombre, MacKenzie, por ejemplo, estará encantado si dices que has oído hablar sobre sus planes para cadenas de restaurantes —dijo Gray, divertido.

—Pues puedo hacerlo, ¿no? Acabo de oír hablar de ellos por ti.

—¿Siempre dices la verdad, Amber? —preguntó Gray—. Siempre —declaró Amber, haciendo una pausa antes de añadir—: Si puedo.

Gray se estaba oliendo que algo andaba mal, e iba a tener que ir con pies de plomo aquella noche. —¿Siempre me la has dicho a mí? Amber lo miró fijamente—. Sí —respondió.

—Pero algunas veces prefieres no contestar.

—Todo el mundo tiene derecho a guardar cosas para sí.

Eso no es lo mismo que mentir.

—No —respondió Gray con gentileza—, no lo es. Amber sabía que se había referido a la tarde en la que habían ido al cañón, cuando le había preguntado sobre su pasado y ella no le había contestado. Pero no hubo más tiempo para hablar, pues llegaron al grupo, y Gray se dispuso a presentar a su esposa orgulloso. Aquello hizo que Amber se convenciera aún más de que no debía enfrentar a Gray y Kelley.

No permitiría que Kelley arruinara su matrimonio, y lo conocía lo suficiente como para saber que lo intentaría; no porque la amara apasionadamente, sino para vengar su orgullo herido seis meses atrás. Roarke era de los que estaban acostumbrados a dejar a las mujeres, y no a que ella lo dejara a él.

Tenía que deshacerse de Kelley, se dijo un millón de veces durante aquella noche, mientras representaba el papel de esposa, anfitriona y socia en el negocio. No quería verlo, pero no iba a poder evitarlo. No podía dejar que Roarke la encontrara y se presentara en su casa sin más. La tensión acumulada en su estómago fue incrementándose progresivamente a lo largo de la velada. Amber pensó, sin embrago, que había disimulado bastante bien, y esperaba que, en caso de que alguien hubiera notado su nerviosismo, lo hubiera atribuido a la emoción de ser la primera

fiesta que daban de casados. Sabía que Cynthia estaba preocupada, pero Sam no parecía saber nada. Se comportó con jovialidad, como siempre, y Gray y él tuvieron una animada charla. Hacia las once de la noche, Amber se preguntaba ya si la fiesta acabaría alguna vez. Sabía que no iba a recordar el nombre de todos los compañeros de Gray, por mucho que se esforzara en ello. Había estado toda la tarde dándole vueltas al problema de Roarke, y concentrándose a la vez en dar una buena impresión. Cuando el último invitado salió, Amber suspiró aliviada.

—Bueno, se acabó —dijo Gray, suspirando, al cerrar la puerta—. ¿Qué tal estás? Me pareció que a veces te sentías un poco acosada.

Empezó a desabrocharse el nudo de la corbata descuidadamente.

—Estoy agotada —respondió Amber con sinceridad—. ¿De modo que parecía estar acosada?

Gray movió la cabeza despacio y sonrió. Pero sus ojos eran escrutadores, y Amber se estremeció.

—No te preocupes. Lo hiciste muy bien, y me siento orgulloso de ti. Supongo que se notaría. Amber le devolvió la sonrisa, relajándose al saber que Gray estaba satisfecho con su comportamiento.

—Sí, se notó. Pero la cosa fue mutua. Yo creo que todo el mundo notó lo orgullosa que yo estoy de ti.

Gray se quitó la corbata del todo y avanzó hacia ella. Amber hubiera dado cualquier cosa por saber lo que estaba pensando. Gray mostraba en aquel momento una sonrisa, pero su mirada era inquisitiva.

—¿Estás orgullosa de mí, Amber?

Amber abrió los ojos sorprendida e, impulsivamente, cayó en los brazos de su esposo. —Claro. Soy muy afortunada al tenerte. Al principio no estaba muy segura de que lo que hacía fuera lo correcto, pero ahora me alegro de que me convencieras.

Gray tomó la cara de Amber entre sus manos, y dibujó con los dedos la línea de su barbilla. —¿Eres feliz conmigo, Amber?

—Sí, Gray, muy feliz.

«Y haré cualquier cosa para salvaguardar esta felicidad», añadió para sí.

Miró a su marido, esperando que no empezara a preguntar otra vez. ¿Por qué le haría esas preguntas?

—¿Y tú, Gray? ¿Eres feliz?

Gray asintió con seriedad.

—Sí —dijo simplemente—, creo que todo saldrá bien.

—¿Y eso qué quiere decir? —preguntó Amber con una risita nerviosa.

Los ojos de Gray se oscurecieron, y bajó la cabeza para besarla.

—Algún día te lo explicaré.

Amber hubiera deseado una explicación, pero los labios de Gray cubrían ya los suyos, y Amber necesitaba aquella noche el abrazo de Gray tanto como él el suyo. Rodeó su cuello con los brazos y se apretó contra él, profundizando en el beso con un abandono salvaje que pareció sorprender a Gray durante un instante.

Pero no se dejó vencer por la sorpresa, y llevó a Amber a la cama. El amor los dejó a ambos relajados y agotados. Abrazada contra su esposo, Amber encontró por fin el sentimiento de seguridad que tanto necesitaba aquella noche.

A la mañana siguiente, Gray observó de reojo a su esposa desde su mesa de trabajo. Sabía que algo andaba mal, pero, por alguna razón, Amber no estaba preparada para contárselo aún. Por lógica, el asunto debía de haber surgido durante la conversación con Cynthia la noche anterior. Pero de no pedirle una explicación, Gray no sabía cómo averiguarlo. Aparentemente, Amber había decidido afrontar el problema por sí sola. Y eso lo preocupaba.

En primer lugar, se dijo Gray, Amber debería confiar en su ayuda, por otro lado, podría complicar las cosas o empeorarlas si se empeñaba en resolverlas a su manera sin apoyo.

Ya conocía su bravura. No podía olvidar el día en que lo había defendido haciéndose pasar por su guardaespaldas. Amber no comprendía aún el peligro que había corrido aquella noche. La chica tenía mucho valor, pero Gray no estaba tan seguro de su sentido común. Era más impulsiva y pasional de lo que ella misma se imaginaba.

Gray la observó mientras saboreaba su tercera taza de café. Aquella acción era suficiente para preocuparse. Amber solía tomar un café por la mañana y otro por la tarde, y aquella mañana ya llevaba tres. Hubiera podido prevenirla de que la cafeína no la iba a ayudar, fuera lo que fuese lo que le sucedía, pero Amber no parecía estar de humor para recibir consejos.

—Me tengo que ir pronto a la reunión con Harrison —comentó Gray quebrando el silencio. Amber se sobresaltó, como si le hubiese chillado. Luego sonrió forzadamente.

—Sí, es verdad —dijo—, casi lo había olvidado. ¿Crees que durará toda la tarde?

Gray asintió. Aquellas reuniones solían ser frecuentes, y Amber estaba acostumbrada a quedarse sola en la casa mientras él asistía a las mismas.

_¿Tienes alguna otra idea sobre el asunto? —le preguntó a Amber.

Amber pestañeó con turbación, como si hubiera olvidado por completo el asunto.

—La verdad es que no. Estoy de acuerdo contigo en que será un gran riesgo comprar esa firma de ordenadores, dada la situación del mercado en la actualidad. Pero, conociendo a Harrison, estoy segura de que querrá seguir adelante, así que no creo que lo convenzas. Desea hacer fortuna con rapidez. Lo mejor será que te ofrezcas a seguir trabajando para él. De ese modo, podrás ayudarlo con los problemas que puedan surgirle.

—Es lo que me gusta de ti, Amber. Te enfrentas a los negocios de una manera práctica —comentó Gray sonriendo.

—Bueno, imagino que no me tuviste tres meses trabajando para ti por mis facultades como secretaria —repuso Amber, recobrando por un momento su alegría usual. GraY se levantó, y se acercó a su esposa para besarla dulcemente en la nariz.

—Tienes razón. Hubo muchas más razones por las que te pedí que siguieras trabajando para mí.

Algún día te lo explicaré, pero ahora debo prepararme. ¿Seguro que no quieres venir?

Amber negó rápidamente con la cabeza.

—No me necesitarás —arguyó—, y tengo mucho que hacer hoy.

—De acuerdo. Te veré esta noche. Adiós, cariño.

Unos minutos más tarde, Gray salía del garaje en su Mercedes, y Amber suspiraba aliviada. Llevaba toda la mañana en tensión, temiendo que el teléfono sonara. Estaba hecha un manojo de nervios ante el probable enfrentamiento con Roarke Kelley, y la idea de tener que mantener una conversación telefónica con él delante de Gray la había empujado casi al borde de la histeria.

Cerró la puerta principal cuando Gray desapareció, y volvió a la oficina. Se dejó caer pesadamente en la silla y se quedó absorta contemplando el paisaje que se divisaba desde la ventana del despacho.

Tal vez Roarke no llamara, quizás no resultara tan fácil localizarla como había imaginado Cynthia. Tal vez abandonara la ciudad al saber que estaba casada.

Pero las tres posibilidades eran demasiado remotas, y ni la misma Amber podía creérselas. Si leo lo que había hecho tan largo viaje solo por verla, era muy improbable que se fuera sin establecer contacto.

El teléfono sonó veinte minutos más tarde, y el corazón de Amber dio un vuelco. Olvidó al momento el informe sobre el que trabajaba, y descolgó el receptor con la sensación de ser un reo condenado.

—¿Amber? —preguntó la inconfundible voz de Roarke, con su típico tono sensual e íntimo—. Ha pasado mucho tiempo, pequeña. Demasiado.

—No el suficiente, Roarke.

Contrariamente a lo que había esperado, cuando el momento del enfrentamiento llegó, Amber se sintió de repente más dueña de sí misma. La preocupación por un problema solía ser peor que el problema en sí. Amber apretó el aparato con fuerza. Podía manejar a Roarke, y lo haría.

—No pareces sorprendida de que sea yo —dijo Roarke—. ¿Es que te dijo tu hermana que quería verte?

—Lo hizo. Pero yo no tengo deseos de verte, Roarke —dijo Amber—. Estoy casada —añadió escuetamente.

—¿Qué pasa? ¿Estás a la defensiva, Amber? —preguntó Roarke, suavemente.

Amber cerró los ojos con desesperación. En el fondo de su corazón, había esperado que la palabra «casada» actuara como una especie de talismán contra Roarke.

Pero hubiera debido imaginar que no se echaría para atrás al oír algo así. Amber sabía que había salido con más de una mujer casada.

—No estoy a la defensiva. ¿Qué quieres, Roarke?

—Verte.

—No sé para qué.

—Puedo ir a tu casa, si lo prefieres. Sé dónde vives, Amber.

Aquella amenaza dejó a Amber sin aliento por un instante. No quería ni pensar en Gray abriéndole la puerta a Roarke.

—Pero, Roarke, ¡no puedes venir aquí!

—Pues come hoy conmigo.

—¿Por qué? —le increpó Amber.

—¿Quieres razones? —preguntó Roarke con pasión—. Bueno, pues te las daré. Por lo que hemos compartido juntos; porque nunca tuvimos oportunidad de despedirnos como es debido; porque he estado a punto de matarme hace dos meses, y llegué a dudar que pudiera conducir de nuevo. He pensado mucho en nosotros durante este tiempo, Amber. En ti, en mí, en nuestro futuro.

Amber se quedó de una pieza.

—Roarke, es demasiado tarde para eso —fue lo único que acertó a replicar—. ¿Es que no lo entiendes? Ahora estoy casada. Es muy tarde para ti, para mí, y para nuestro futuro. Creo que siempre fue demasiado tarde.

—¿Por eso te casaste con el primer hombre que se te presentó después de mí? ¿Porque pensaste que era demasiado tarde para nosotros?

—¡Maldita sea! No me casé con el primero que encontré. Sólo llevo casada dos semanas, Roarke.

Esta conversación no nos llevará a ninguna parte.

—Tengo que verte, pequeña, he venido de muy lejos, y he esperado demasiado. Necesito verte por última vez.

—No —replicó Amber con firmeza.

—Entonces iré a tu casa a verte, lo prometo. No puedo irme sin antes hablar contigo. Hay demasiadas cosas que tengo que decirte; cosas que debería haberte dicho hace mucho tiempo.

Amber pensó con rapidez.

—Si accedo a quedar contigo, ¿me das tu palabra de irte sin armar jaleo, Roarke? —preguntó con cautela—. Mi palabra de honor.

No era una gran garantía, pensó Amber con desconsuelo. Sabía que Roarke era honesto en las carreras, en donde era casi una leyenda. Pero la cosa cambiaba en cuanto se trataba de relaciones personales. Sin embargo, Amber creía que, cara a cara, lograría

convencerlo de que no iba a caer en sus brazos de nuevo.

—De acuerdo, Roarke. Podemos quedar a las doce bajo el reloj del centro comercial.

—No quiero verte en un centro comercial.

—¿Por qué no? Es tan buen sitio como otro cualquiera. Hay sitios para comer en el interior. Te veo dentro de media hora. Hasta luego, Roarke.

Colgó el teléfono antes de que Roarke tuviera tiempo de contestar. No estaba dispuesta a encontrarse con él en un restaurante o en un lugar apartado. La multitud siempre ofrecía ciertas garantías.

Al retirar la mano del teléfono, todos sus dedos temblaban. Sin embargo, el primer confrontamiento había acabado en tablas; aunque no había podido eludir un encuentro, había dictaminado el lugar y la hora. Amber se levantó con decisión. Estaba dispuesta a dictaminar todo lo que sucedería de ahí en adelante con Roarke.

Media hora después, avanzaba con valentía entre la multitud que había en el centro comercial. Vio a Roarke enseguida. La estaba esperando, y su atractivo resultaba tan impresionante como siempre. La cicatriz que marcaba su barbilla no hacía sino aumentar su encanto personal. Mientras caminaba hacia él, Amber se dio cuenta de que las mujeres se volvían para mirarlo. Siempre había sido así con Roarke.

Amber lo contempló, y se preguntó qué habría visto en aquel hombre. Frunciendo el ceño, se acercó, consciente de que Roarke observaba interesado su indumentaria. No se había preparado en absoluto para aquel encuentro; vestía ropa vieja, y ni siquiera se había pintado. Roarke Kelley estaba acostumbrado a que sus chicas estuvieran siempre de punta en blanco.

—Llevas sólo dos semanas casada y ya te has convertido en la típica ama de casa —dijo Roarke con sequedad cuando Amber llegó a su lado—. Si te hubieras casado conmigo, todavía estaríamos de luna de miel.

—¿Dónde? ¿En un hotel cercano a las pistas? Todavía no entiendo qué pretendes con este encuentro, Roarke.

Roarke se acercó a ella, y la miró de aquella manera tan especial con que siempre miraba a las mujeres, haciéndolas sentirse el centro del universo. Las mujeres caían como hechizadas bajo

aquella mirada, y Amber no había sido una excepción al principio; la creencia de ser la única mujer capaz de llevarse a aquel hombre había hecho sucumbir a más de una mujer inteligente. —Vayamos a algún sitio a comer— sugirió Roarke.

—No tengo hambre.

—Pues un café, entonces. Venga, Amber. He venido de muy lejos para verte. Quiero hablar contigo. Amber gruñó y se volvió de mala manera, dirigiéndose a la cafetería más cercana. Se trataba de una especie de autoservicio, que no ofrecía apenas intimidad. Roarke la siguió, y se sentó frente a ella con su café. Sonrió burlonamente.

—Me tienes miedo, ¿eh?

—¿Qué?

—Temes lo que sucederá si te acercas a mí demasiado de nuevo.

Amber no tocó el café. Puso ambas manos sobre la mesa y dijo en tono claro y frío:

—Roarke, quiero que quede claro esto, así que intentaré pronunciar bien todas las palabras para que no haya malentendidos. Estoy casada con un hombre maravilloso, y estoy entregada del todo a mi matrimonio. Lo que pasara entre nosotros en el pasado, pasado está. No sé por qué has venido a buscarme. Ni me quieres, ni me necesitas.

—Eso no es cierto, Amber. El accidente me hizo recapacitar y supe que te quería, y que te necesitaba. Tuve tiempo de reflexionar sobre lo que ha sido mi vida. Fui un tonto al dejarte marchar y quiero que vuelvas.

Amber sacudió la cabeza.

—Eso no es posible, Roarke.

—Todo es posible.

Amber suspiró, exasperada.

—Juraste que me dejarías en paz si accedía a verte hoy.

Espero que cumplas tu palabra, Roarke.

—¿Eres feliz, Amber? —preguntó Roarke, ignorando su comentario.

Amber vaciló, y recordó que Gray le había hecho la misma pregunta la noche anterior. —Lo soy, pero eso no sé qué te importa a ti. Estoy contenta con mi Matrimonio, y no lograrás estropearlo.

—¿Contenta? Eso no es mucho, ¿eh? —observó Roarke pensativo.

De pronto, Amber recordó la noche en la que se había hecho pasar por una guardaespaldas de Gray. Entonces había sabido que sólo la dureza y la frialdad le proporcionarían credibilidad. Con Roarke tendría que adoptar una postura semejante, y tomar la ofensiva.

—¿Quieres que te explique lo contenta que estoy? —preguntó retadora—. Intentaré explicarlo de forma que hasta tú lo entiendas. Mi marido es fuerte en aquellos aspectos en los que tú, aunque lo ignoras, eres débil. Tú eres brillante e ingenioso, pero él tiene un poder de atracción y una fuerza que tú nunca poseerás. Tú no tienes sentido del honor, a no ser que se trate de carreras. Físicamente, eres atractivo, pero mi marido es un compañero de cama perfecto. Muchas mujeres serían capaces de asesinar por tenerlo de amante. ¿Está claro? Estoy muy contenta con mi matrimonio, y haré cualquier cosa para salvarlo. Recuérdalo, Roarke le advirtió levantándose—. Mantente alejado de mí.

Había furor en la mirada de Roarke, pero Amber se alejó sin volver la vista. Había utilizado toda su reserva de munición, y sólo cabía esperar que Roarke la olvidara y se lanzara a una nueva conquista.

Tenía el marcador a su favor, pensó mientras entraba en su coche y salía del aparcamiento. El punto vulnerable de Kelley era su orgullo, y Amber acababa de proporcionarle un buen revés. Con un poco de suerte, Roarke habría entendido que no tenía la menor intención de dejar a su esposo, y se iría. Y, si no era así, la siguiente batalla sería otro día. Por aquella mañana, ya era suficiente.

Sólo quedaba esperar.

Pero todas sus esperanzas y las energías acumuladas se destruyeron al llegar a casa y ver aparcado el Mercedes de Gray. Había llegado pronto a casa.

Amber se quedó helada. Consiguió aparcar y apagar el motor, pero no tenía fuerzas para salir del coche. Gray le preguntaría dónde había estado, y el mero pensamiento de tener que inventar excusas era suficiente para hacerla desear dar media vuelta.

Podría decir que había ido de compras, pero no había comprado nada. Además, sería una mentira, y había prometido no mentir, aunque pudiera tener secretos. Era justo, ya que sabía que Gray nunca le mentiría. Apresuradamente, intentó encontrar una

respuesta que satisficiera la curiosidad de Gray sin tener que decir la verdad o la mentira. Las dos cosas eran malas en aquel momento.

De pronto, se le ocurrió que había sido un error tratar de manejar a Roarke Kelley sola.

Pero, en aquel preciso instante, la puerta principal se abrió, y Gray avanzó hacia el coche. Por su expresión, Amber supo que no iba a ser fácil salir con evasivas. La mirada de su esposo reflejaba la calma y la decisión de cuando llevaba un negocio problemático entre manos.

Amber tomó aliento, y reunió las fuerzas suficientes para abrir la puerta del coche. De haberse encontrado en un estado más alegre, hubiera descubierto la semejanza entre su situación y la de uno de los poemas de Twitchell… los dos pistoleros que se encontraban en una calle desierta, seguros de que sólo uno sobreviviría.

# Capítulo 8

—La reunión con Harrison se canceló al final —explicó Gray sin preámbulos.

Obviamente, esperaba la explicación de Amber a su vez. La besó levemente, aparentemente sin notar la tensión de su esposa.

—Ya —respondió Amber sin encontrar nada mejor que decir mientras caminaban hacia la casa.

—No sabía que tuvieras planes para salir.

Era el momento de decir que había decidido salir de compras de repente. Amber discurrió varias maneras de poner la respuesta en palabras, pero luego optó por no utilizar la sutileza. Con Gray, no servía la diplomacia.

—No había pensado salir, pero algo surgió.

Hundió las manos en los bolsillos y entró en la casa. Tras ella, oyó el ruido de la puerta al cerrarse.

—Estás disgustada —dijo Gray suavemente.

Amber empezó a deambular por la habitación hasta acabar frente a la ventana, de cara al lago. —Bueno— le retó—, ¿no vas a interrogarme? ¿Preguntarme dónde he estado? ¿Qué he hecho? —¿Debo hacerlo?

Amber no podía oír sus movimientos, pero la voz provenía justo de detrás de ella. La presencia de Gray parecía llenar el cuarto, dominarlo y acosarla.

—Supongo que no aceptarás que te diga que he ido de compras y lo dejara así, ¿verdad? —¿Has estado de compras?—. No.

—Entonces, más vale que me digas lo que has estado haciendo

—sugirió Gray tranquilamente. Con nerviosismo, Amber sacó las manos de los bolsillos y cruzó los brazos bajo el pecho—. ¿Vas a ser de esa clase, Gray? —¿Qué clase?

—De la clase de maridos que quieren conocer cada movimiento de sus esposas; que las interrogan cada vez que salen sin permiso, que piden explicaciones por las más mínimas ausencias.

Hubo algo de ironía en la respuesta de Gray. —Ya sé que soy posesivo, pero no soy tonto, supongo que ya lo sabes, Amber. Si te hago preguntas hoy, es porque sé que algo va mal. Y sé que va mal desde que hablaste con tu hermana anoche.

Amber suspiró, cediendo ante lo inevitable. Se volvió para mirarlo.

—Lo siento, Gray. No quería que te vieras envuelto en esto.

—¿Y qué es «esto» exactamente?

—Viejas historias —respondió Amber con una mueca—. Viejas historias turbulentas. Creí que podría arreglarlas sola, y, con un poco de suerte, creo haberlo hecho ya.

—¿Eso es lo que has hecho hoy? ¿Arreglarlas tú sola?

Amber asintió, y se sentó en una silla. Estiró las piernas, dejó caer los brazos a cada lado y apoyó la cabeza en el cojín. Miró a Gray, malhumorada.

—Una vez me preguntaste sobre lo que había sucedido en California.

—Y tú no contestaste.

Gray tomó otra silla cerca de la ventana. Parecía totalmente relajada, pero había un brillo duro en su mirada.

—No contesté porque era parte de mi pasado y, por lo que a mí se refería, no nos afectaba.

—¿Y ahora sí?

Amber suspiró, tratando de encontrar las palabras.

—No. Creo que ya lo he arreglado. Pero, al parecer, no lo suficientemente bien como para evitar tu preocupación, ¿no?

—Me preocuparía por cualquier cosa que te afectara tanto como esto parece haberte afectado. —Gracias, Gray— respondió Amber, sonriendo amablemente.

—No me lo agradezcas. Dime lo que está pasando.

—No es muy difícil —explicó Amber—. Como has adivinado, hubo un hombre en California. Pensé que estaba totalmente

enamorada de él. Era piloto de carreras, y la firma con la que yo trabajaba tenía algunos contratos con él. Hizo un par de promociones para uno de nuestros clientes. Yo fui la encargada de ese asunto y, así, acabé trabajando con Roarke Kelley. —He oído hablar de él— dijo Gray, alzando la ceja en gesto de meditación.

—Lo habrás visto anunciando aceite para coches —dijo Amber con acritud—. Ese hombre es muy capaz de vender aceite. O lo que sea.

—¿Incluyéndose a sí mismo?

Amber frunció el ceño.

—No nos desviemos del tema. Lo que importa para el caso es que nuestra relación fue difícil, emocionante, llena de altibajos y bastante corta. Me dejó como si una apisonadora hubiera pasado por encima de mi sistema nervioso. Cuando acabó, salí huyendo de California, quería apartarme de todo. Decidí trabajar de secretaria hasta encontrar algo mejor, y tú me contrataste. El resto, ya lo conoces.

—Ajá —dijo Gray sin interrumpirla.

—Todo parecía ir como la seda —prosiguió Amber—, hasta que anoche vino mi hermana y me dijo que Roarke estaba en la ciudad, buscándome. Al parecer, tuvo un accidente hace dos meses que le ha dado tiempo para reflexionar. Le dijo a mi hermana que quería verme, y Cynthia lo informó de mi nuevo estado, y se negó a darle mi dirección. Pero temía que la consiguiera por su cuenta, como ha sucedido.

Hizo una pausa antes de seguir.

—Esta mañana me llamó y dijo que quería verme —prosiguió—. Dijo que vendría a verme aquí si no accedía a verlo. Dio su palabra de que me dejaría en paz si podía verme una vez más.

—¿Cuánto vale su palabra, Amber?

Amber apretó los dientes, y el enojo interfirió de nuevo en su determinación de dejarlo todo claro. —La verdad es que la palabra de Roarke no es muy de fiar, Pero sé que es muy orgulloso. Le dejé muy claro que no tenía la más mínima intención de reanudar nuestra vieja relación, y que estaba contenta con mi matrimonio.

—¿Contenta? —repitió Gray con curiosidad.

Amber alzó la mirada al cielo, exasperada. ¿Por qué todo el mundo la tomaría con aquella palabra?

—Sí —exclamó—, contenta, satisfecha, feliz, dedicada. No me interesa una aventura, y menos reavivar antiguas llamas. Quedé con Roarke en el centro comercial y se lo planteé. Le dije que se apartara de mi vida. Espero que con eso acabe todo.

—¿En el centro comercial? ¿Quedaste con él en el centro comercial? —preguntó Gray divertido—. ¿Y dónde querías? —replicó Amber, frunciendo el cesio—. ¿En un hotel?

El rostro de Gray se ensombreció.

—No deberías haber quedado con él en ninguna parte.

—Pero no quería que viniese aquí como había amenazado, Gray. Lo último que deseo es una escena entre mi marido y un viejo amante.

—Dudo que hubiera cumplido esa amenaza. Si quieres quitarle la mujer a otro, actúas con discreción. No te presentas a la puerta de la casa, arriesgándote a que el marido te rompa la cara.

Sería una tontería. Creo que te has dejado convencer por una amenaza falsa.

Amber lo miró con fijeza.

—Conozco a Roarke, y tú no —afirmó rotundamente—. Y no creo que fuera sólo una amenaza. Kelley está acostumbrado a hacer ese tipo de cosas. Está convencido de poder manejar a un simple marido. Sé que incluso disfrutaría de la escena. Le encanta hacer escenas.

Gray observó a su esposa, y dijo con gentileza:

—No te preocupes, Amber. Si aparece por aquí, yo me ocuparé de él.

—Ya me he ocupado yo —repuso Amber secamente.

—¿Seguro?

—¡Claro que sí, maldita sea! Y no me mires así, Gray. Soy una mujer adulta, perfectamente capaz de resolver los problemas de mi pasado.

—Eres una mujer casada, y eso significa que tienes un marido para que te ayude a resolver cualquier problema, pasado o futuro —dijo Gray con suavidad, pero luego su tono se endureció—. No lo verás a solas otra vez, ¿verdad?

Amber bajó los ojos, con sentimientos encontrados de sorpresa y furia ante aquella fría orden. Gray había hecho de aquellas últimas palabras una pregunta, pero estaba claro que encerraba una orden.

La sorpresa provenía del hecho de que, en tres meses, era la primera vez que Gray le imponía algo. Ni siquiera en el trabajo lo hacía. Amber se limitaba a aceptar sugerencias, nunca órdenes. Y la vida privada había sido igual; Gray siempre la había tratado con respeto y consideración. Su relación estaba basada en la amistad, y en la amistad no había imposiciones.

Amber no admitía tampoco las órdenes entre marido y mujer, aunque comprendía la preocupación de Gray, dada la situación.

—No pienso volver a ver a Kelley —dijo al fin, con diplomacia.

Se resistía a reconocer el mandato callado de Gray, pero no le importaba admitir que no deseaba ver a Roarke Kelley de nuevo.

Gray la miró y asintió, como satisfecho ante la respuesta.

Amber tuvo la extraña sensación de que el matrimonio acababa de atravesar un punto débil. No sabía cómo interpretarlo, pero tenía la certeza de que algo había cambiado. Tenía que ver con su aceptación del defecto de posesividad de Gray.

Pero no quería profundizar demasiado. Por instinto, sabía que el reconocimiento de los defectos añadía una dimensión diferente a un matrimonio que se basaba en la amistad y el bienestar.

—¿Qué te dijo Kelley exactamente, Amber?

—No mucho —respondió Amber frunciendo el ceño.

Gray sonrió brevemente.

—No puedes echarme en cara la curiosidad.

—No sé de qué serviría repetir toda la conversación —dijo Amber—. Le dije que estaba casada, y que pensaba seguir así.

—¿Te pidió que te fueras con él?

—¡La conversación no llegó tan lejos! —exclamó Amber con resentimiento—. Dios mío, Gray, le dije que ya no me interesaba, y eso fue todo.

—¿Y cómo lo convenciste de tus palabras?

Amber estaba a punto de explotar.

—Roarke es muy egocéntrico, y es un competidor por excelencia, lo cual es lógico, dado su medio de vida. Lo ataqué en su orgullo, dibujando una lista de cualidades en las que lo superabas con claridad.

Gray se estremeció.

—Vaya…

—¿Qué quiere decir eso? —preguntó Amber lanzándole una

mirada furibunda.

—Me tenlo que tu estrategia no haya sido la más acertada, cariño. Si dices q le f e gusta competir, no deberías haberle hecho sentirse inferior.

—Tonterías —repuso Amber sé lo que estoy haciendo—. ¿Seguro? —volvió a preguntar Gray con burla—. ¿Y qué comparación hiciste entre nosotros? Amber enrojeció al recordarlo. —No es importante—. Puede que no, pero me gustaría saberlo.

De pronto, se agolparon en Amber la tensión y la rabia, y perdió el control. Se levantó con energía y se acercó a la ventana.

—De acuerdo, si tanta quieres saberlo, le dije que él era débil y tú fuerte, que su sentido del honor dejaba mucho que desear, y que aunque él era atractivo, muchas mujeres asesinarían por tenerte como amante. ¿Satisfecho? Eso fue todo. Luego me levanté y lo dejé delante de su café. La conversación no duró más de quince minutos, y se desarrolló en medio de una cafetería atestada de gente.

Sintió que Gray se acercaba, pero no se volvió. La sombra de su gran cuerpo la envolvía, y comenzó a acariciar su cuello con delicadeza De pronto, todo el enfado y la tensión se evaporaron, ~ Amber sólo deseó caer en los brazos seguros de Gray y había sido un día duro.

—A ver, repítelo —murmuró Gray—. ¿Asesinarías de veras por estar en mi cama?

Amber se volvió y se hundió en sus brazos. —Vanidoso— murmuró contra su pecho, sintiendo un gran alivio.

Gray rió suavemente y la estrechó contra sí, besando su pelo con ternura y acariciando su espalda. —¿Qué querías que hiciera después de decirme eso? Tengo que mantener mi reputación.

—¿Ahora?

—Ahora. Es una de las ventajas de trabajar en casa. Alejémonos de la ventana. Prefiero no compartirte con los de fuera.

La apartó del ventanal, y exploró con la lengua el cuello de Amber. Ella se estremeció de placer. Gray lo notó, y dijo:

—Me encanta cómo te excitas cuando te toco. Nunca me canso.

Ni ella tampoco, pensó Amber maravillada. La verdad era que estaba muy contenta con el matrimonio. No que ría pensar más allá de aquella palabra. La gente podía considerar curiosa aquella descripción de sus sentimientos, pero ella estaba satisfecha con ella.

Gray le quitó la camisa, y Amber cerró los ojos encantada. Se desnudaron, desperdigando la ropa por todo el cuarto, y Gray llevó a Amber hacia el sofá.

Amber se situó sobre su marido, disfrutando de las ventajas de aquella posición. La excitación de su mirada causó la hilaridad de Gray.

—¿De qué te ríes? —preguntó Amber, mordiéndolo con ternura.

—Ya te lo diré algún día —respondió Gray, acariciando su espalda desnuda con sensualidad.

Amber hubiera preferido una respuesta, pero su deseo era demasiado intenso como para detenerse. Acarició el pecho de Gray.

—Me gusta estar encima —dijo.

—Ya lo he notado —contestó Gray—. Hay cierta agresividad en tu personalidad, ¿lo sabías?

Los ojos de Gray brillaron, y sus dedos descendieron aún más por la línea de la espalda de Amber, hasta llegar a las nalgas. Amber se estrechó contra él, estremeciéndose de placer, y causó con un movimiento una reacción de deseo en Gray, que gimió suavemente.

Entonces, Amber pasó una pierna a cada lado de los muslos de Gray y, mirándolo con sensualidad, acarició su miembro despacio.

—Chica, estás jugando con fuego.

—Ya lo sé.

—Pues te puedes ir preparando para apagar las llamas —dijo Gray.

Luego la tomó por las caderas, y la levantó con facilidad hasta que estuvo justo encima de él. —Cuando quieras— lo retó Amber.

Después de varios intentos, que sirvieron para aumentar, si cabe, su excitación, Gray la ayudó a descender despacio hasta que formaron un solo cuerpo.

—Ah, Gray —suspiró Amber.

Entonces, fue ella la que tomó el timón, encantada de poder marcar su propio ritmo. Gray la dejó hacer hasta que su excitación amenazó con estallar.

—Vamos, ahora, cariño —suplicó enronquecido—. ¿Seguro?

No pudo resistir la tentación de hacerlo sufrir un poquito, aunque ella misma estaba también al borde del placer.

—Seguro —respondió Gray, clavándole los dedos en los muslos.

—Pronto —murmuró Amber, disminuyendo el ritmo para

enloquecerlo.

—No puedo más —gimió Gray—. Claro que sí —replicó Amber.

—Creo que no voy a aguantar tu juego mucho más, cariño.

—¿Es una amenaza?

La risa de Gray fue sensual. —Desde luego.

Entonces, Gray se movió, deslizándose desde debajo de Amber a encima, de un solo movimiento poderoso que dejó a Amber sin aliento. Jadeó de placer cuando Gray la penetró de nuevo.

—Así —dijo Gray—. ¡Dios mío, me vuelves loco!

—¡Ah!, Gray, no sé si aguantaré mucho más.

El aliento de Amber era entrecortado, y era ella la que entonces suplicaba. —Pronto— dijo Gray, separándose un poco. —No, ahora.

—Aguantarás.

—No puedo. Si no acabas pronto, voy a enloquecer. —Bueno, siempre enloqueces en mis brazos. Me estoy acostumbrando a tu respuesta, es como una droga.

La atormentó todavía más, separando su cuerpo hasta casi salir.

—¡Gray… por favor!

No sabía si reír o llorar. Su deseo era delirante. Sabía que, de no aplacarlo, se volvería loca de frustración.

—No eres tú la única que puede bromear —dijo Gray.

Pero su rostro reflejaba el deseo que lo poseía. No podría aguantar más de un par de segundos.

—No estás bromeando, me estás torturando —se quejó Amber.

—Eso jamás —replicó Gray, y fue respondido por un mordisco —. ¡Ay! —Cumple tu deber de esposo, o te morderé de nuevo.

—No me rendiré ante las amenazas. No quiero sentar tal precedente.

—Pero te rendirás, ¿no es cierto? —suplicó Amber, tensando los músculos de sus piernas, que rodeaban la cadera de Gray.

—Por supuesto —gruñó Gray, incapaz de aguantar más.

La penetró de nuevo, descargando su placer en la cálida acogida de su esposa.

Amber tembló y murmuró su nombre, envuelta ya en las cálidas ondas del placer, y Gray la acompañó al momento, cayendo ambos a través de los rápidos del amor hasta las aguas plácidas de la relajación.

Bastante rato estuvo Amber bajo Gray, mirando al techo y

dibujando con pereza pequeños círculos en la espalda de su esposo. Estuvo pensando en el hombre que tenía encima, y en el que había visto aquella tarde.

La lista de comparaciones que se le había ocurrido aquella tarde no era más que el principio, pensó Amber. Hubiera podido continuar más y más, hasta dejar a Roarke a la altura del betún. No podía imaginar lo que le había atraído de Kelley. Si hubiera sabido lo que el futuro le tenía reservado, nunca hubiera gastado tanta ilusión y tantas emociones en aquel piloto que sólo servía para anuncios televisivos.

Claro que, reflexionó. Amber de pronto, de no haber sido por Kelley, quizás no hubiera sabido apreciar lo que Gray le estaba ofreciendo. La vida estaba llena de errores y de lecciones. Impulsivamente, Amber abrazó a Gray con fuerza. Él levantó la cabeza y sonrió. —¿Y eso?— preguntó.

—Nada, es que soy feliz.

—¿Estás contenta?

Amber sonrió.

—Mucho.

A la mañana siguiente, recibieron el nuevo ejemplar de Atardeceres Radiantes. Amber lo descubrió enseguida entre la pila de sobres que había salido a recoger, y corrió hacia dentro agitándolo triunfalmente. —¡Ya ha llegado! ¡Ha llegado el artículo de la señora Abercombrie! Me pido leerlo la primera, estoy deseándolo.

Gray se echó hacia atrás en su silla y gruñó.

—Puedes leerlo en alto. Quiero saber hasta qué punto llega la locura de Honoria Tyler Abercombrie.

Amber rió, y dejó caer el resto de la correspondencia mientras se sentaba. Impaciente, rasgó el sobre que contenía la revista y ojeó el índice.

—Aquí está —declaró—. «El Uso de Metáforas Eróticas en la Poesía de S.
U. Tw
itchell». Página veintitrés.

Amber comenzó la lectura en tono grave. El artículo estaba escrito con la misma profesionalidad que Gray imprimía a los suyos, y hacía referencia a los mismos poemas que Gray había destacado

en su artículo anterior, aunque llegando a conclusiones muy diferentes. Acababa en la página veinticinco, y Amber terminó su lectura con un mal reprimido júbilo.

> *—«Podemos concluir, sin temor a equivocarnos, y tras los análisis ya enumerados, que Twitchell no era un mero narrador de leyendas. Su meta era mucho más compleja y sofisticada. Poemas como La balada de Billy Ballantine o El lamento del Pistolero no son ejemplos aislados; toda su poesía está impregnada de metáforas sexuales semejantes.*
>
> *»Twitchell estaba obviamente obsesionado con la equiparación de las armas con la hombría, y su uso como símbolos sexuales es parecido al de muchos de sus contemporáneos del antiguo Oeste.» Lo único que lo diferencia es que lleva las referencias eróticas mucho más lejos que los otros poetas. No sólo las armas, sino todas las descripciones de paisajes y de enfrentamientos heroicos tienen una interpretación metafórica. Toda su poesía está planteada bajo ese prisma.*
>
> *»En el reciente artículo de Cormick Grayson, "La metáfora del desierto como soledad fisica", el autor yerra terriblemente en su interpretación. Grayson no se da cuenta de que el uso del desierto representa el rechazo de la mujer, que condiciona cada uno de los personajes de los poemas de Twitchell. Probablemente se trata de una experiencia personal que se plasma en sus obras. "Los vaqueros y los pistoleros" descritos por*
>
> *S. U. T.*
>
> *están destinados a probar su hombría con una pistola, presumiblemente ante la imposibilidad de hacerlo de otra manera. Es lógico pensar que el propio Twitchell tuviera problemas sexuales. Encuentro fascinante especular sobre la razón por la que el señor Grayson ha preferido dejar de lado ese aspecto de la obra de Twitchell».*

Al llegar a las últimas líneas del artículo, Gray se levantó de la silla y caminó hacia la ventana, visiblemente indignado.

—Se nota que esa mujer es una estúpida reprimida que no sabe leer poesía con propiedad —dijo agriamente—. Todas esas conclusiones son ridículas. ¿Metáforas sexuales? ¡Ja! Es una basura.

—No sé, Gray. La verdad es que yo también entiendo lo del uso de las armas como símbolo y, la verdad, es que todo lo demás también se podría interpretar así.

—Es una tontería —declaró Gray.

Se dio media vuelta y se sentó de nuevo.

—¿Por qué? —preguntó Amber inocentemente.

—¿Por qué? Te lo diré. Porque S. U. Twitchell era un poeta tan flojo que nunca se le hubiera ocurrido utilizar las armas, o cualquier otra cosa como metáfora sexual. Dudo que supiera siquiera lo que es una metáfora.

Se echó hacia atrás en la silla y miró a Amber retador.

—Vaya —asintió ella—. Ése es un argumento aplastante. No cabe duda de que Twitchell era un poeta pésimo. No tenía sentido del ritmo ni de la métrica. Y su vocabulario era bastante limitado.

—¿Lo ves?— exclamó Gray en tono de triunfo—. Abercombrie se arrepentirá de ese artículo. Voy a preparar la respuesta ahora mismo.

—¿Y el informe de Symington?

—Puede esperar un par de días más. Poner a Honoria Tyler Abercombrie en su sitio es mucho más importante ahora.

—Pues no sé cómo vas a rebatirla. Tú mismo publicaste un artículo en el que hablabas de la metáfora del desierto en Twitchell. Si es capaz de utilizar esa metáfora, también ha podido utilizar otra declaró Amber.

—No seas tonta, Amber. Todo eso del desierto como metáfora fue pura invención.

—¿Ah, sí? —se extrañó Amber, abriendo mucho los ojos—. Dios mío, Gray, en ese caso, todavía tienes plenos derecho a quejarte de que Abercombrie se invente algo también.

—Claro que lo tengo —replicó Gray—. Yo soy la autoridad en S. U. Twitchell, y tengo todos los derechos a inventarme lo que quiera. Pero no cederé ese privilegio a nadie más. Acabaré con Abercombrie,

utilizando las mismas armas.

—La dejarás aterrorizada.

—No sé —respondió Gray pensativo—. Me da la impresión de que es dura de pelar. Será difícil hacer que se rinda. —¿Es eso lo que quieres? ¿Una rendición?— preguntó Amber con curiosidad. Gray frunció el ceño. —Quiero una capitulación completa. Eso o nada. —Vaya— suspiró Amber sorprendida—. Nunca pensé que te tomaras esto tan en serio.

—Hay cosas de mí que todavía desconoces, Amber —explicó Gray amablemente.

Amber hizo una pausa antes de seguir con el correo. Pensaba en la reacción de Gray ante el asunto de Roarke Kelley y en la manera de hacerle el amor la noche anterior.

—Ya me voy dando cuenta.

# Capítulo 9

Al día siguiente llamaron de la librería, justo cuando Gray acababa de salir a la reunión que había vuelto a convocar Harrison. Amber se quedó encantada cuando la librera le dijo que tenía el libro, y llamó a su hermana al momento, después de asegurar a la librera que iría aquella misma tarde a recogerlo.

—Amber, estaba a punto de llamarte —dijo Cynthia en cuanto reconoció la voz de su hermana—. Me muero por saber lo que pasó con Roarke. ¿Te encontró? ¿Te llamó?

—Es una historia corta y aburrida, pero si me acompañas a Seattle esta tarde, te contaré todos los detalles de esa escabrosa historia.

—Dejaré a Drake con la señorita Benson. ¿Por qué vamos a Seattle?

—Porque una librería de allí ha encontrado por fin un ejemplar de un libro que podría haber sido escrito por S.
U. Tw
itchell en lo mejor de su carrera.

—Bueno, que sea lo mejor de la carrera de Twitchell no tiene mucha importancia. Seguirá siendo peor que casi todos sus contemporáneos —observó Cynthia—. ¿Es que te lo ha encargado Gray? —No, es una sorpresa. Lo he encargado yo. Gray no sabe nada.

—Pareces emocionada.

—Lo estoy. Sé que a Gray le encantará, y seguro que dedicará todos sus esfuerzos a demostrar que es una obra de Twitchell.

—Son asombrosas las cosas a las que ese hombre dedica sus esfuerzos. En fin, pásate a buscarme dentro de media hora. Tengo que dejarte. Drake está a punto de echarse a llorar.

Cuando Cynthia colgó se empezaban a oír los primeros berridos del pequeño de dos años. Amber sonreía cuando colgó el aparato. Drake era un niño muy llorón. No dejaba mucho tiempo libre a la pobre Cynthia.

Echó un vistazo a la libreta que tenía sobre la mesa, releyendo la nota que poco antes había garabateado, mientras hablaba con la librera. Cactus y Armas: Una Colección de Baladas del Oeste. El autor aparecía en la primera página como anónimo. Amber sonrió al pensar en lo malos que debían ser los poemas para que ni el propio Twitchell quisiera firmarlos. —No lo entiendo— dijo Cynthia tres cuartos de hora después, cuando salían de la ciudad en el coche —, ¿cómo te enteraste de la existencia del libro?

—Hace un par de meses, Gray estaba leyendo una de esas revistas en las que publica sus artículos, y encontró una referencia al libro. Alguien había copiado uno de los poemas, y citaba el volumen como anónimo. Gray dijo que parecía de Twitchell.

—¿Tan malo era?

—Sí —dijo Amber riendo—. Así de malo. Al final, Gray decidió que no podía ser de su poeta, pero yo no estaba tan segura, así que lo pedí en la librería. La librera me dijo que lo buscaría, y hoy me llamó.

—¿Y por cuánto te saldrá la sorpresa?

Amber se encogió de hombros.

—Me imagino que no mucho. Unos diez dólares. Si no hubiera mostrado tanto interés por él, seguramente me lo hubiera llevado por medio dólar. No creo que sea un libro muy cotizado. ¿Qué tal está Drake?

—Ya se le pasó. De todas formas, es un alivio tener algo de tiempo libre. La verdad es que, aunque adoro a mi hijo, estoy deseando volver a trabajar.

—Bueno, con un poco de suerte, puedes recuperar tu antiguo puesto en el banco. —Oye, y, hablando de puestos de trabajo.

—¿Qué?

—¿Piensas seguir en el tuyo?

Amber miró a su hermana, sorprendida.

—¿Qué quieres decir? Claro que me quedo con Gray.

¿Por qué no iba a hacerlo?

—Bueno, ahora estáis casados. ¿No se te hace raro trabajar para él?

—Ni por asomo. Nada ha cambiado.

Cynthia no parecía muy convencida.

—No sé. No puedo imaginarme trabajando para Sam.

Estoy tan enamorada de él, que temo que el amor chocaría con el negocio.

—Eso no nos pasa a Gray y a mí —aseguró Amber—. Llevamos ya tres meses trabajando juntos con éxito, y nada ha cambiado.

—¿Nada?

—No. Gray siempre ha sido un jefe muy agradable —dijo Amber riendo.

—Sí, lo sé, pero ahora también es tu marido.

—Eso no cambia las cosas. En el terreno profesional, me trata igual que siempre. Me respeta, y me considera casi como su socio.

—Pero sigue siendo tu jefe —insistió Cynthia.

—Bueno, supongo que sí, pero eso nunca se interpone en nuestro camino. ¿A qué quieres llegar, Cynthia?

—No lo sé —replicó la aludida con sinceridad—. Intento averiguar cómo son las cosas entre Gray y tú. Cuando empezaste a trabajar con él, estaba segura de que sería algo temporal. Tú no eres muy buena como secretaria.

—Eso lo supo Gray desde el principio —confesó Amber—. Yo tenía mucha experiencia como agente publicitario, pero mi mecanografía dejaba mucho que desear. Sin embargo, no se dio cuenta hasta que ya le había pasado un par de informes, y, para entonces, había descubierto otras cualidades en mí.

—¿Quieres decir que te quiere por tu inteligencia?

Por alguna razón, aquella pregunta intranquilizó a Amber.

—Quiero decir que respeta mis habilidades comerciales, y que las utiliza para su trabajo de asesor. —Hombre, la verdad es que dejaste impresionados favorablemente a sus clientes en la noche de la fiesta. Y Gray se encargó de que ninguno se fuera sin conocerte.

—Si hay algo que me enseñó la publicidad, fue a tratar a clientes difíciles —dijo Amber—. ¿A qué viene tanta pregunta, Cynthia?

—Ya te lo he dicho. Pura curiosidad. Hay algo raro en tu

relación con Gray, pero no sé exactamente lo que es.

Amber se encogió de hombros.

—No hay nada raro. Sonaos amigos, socios bien allegados, y marido y mujer.

—Y, además, tú estás contenta de serlo —acabó Cynthia. Amber hizo una mueca.

—¿Qué tendrá esa palabra que siempre sale a relucir en nuestras conversaciones?

—Dime algo, ¿sigues contenta después de haber visto a Roarke? —preguntó Cynthia, ignorando el comentario de su hermana.

—Es más, al ver a Roarke me he dado cuenta de lo acertada que fue mi decisión de aceptar la proposición de Gray —dijo Amber con calor—. ¡Menudo asqueroso!

—¿Roarke?

—Claro, Roarke. Nunca hablaría así de Gray. Roarke ha venido buscando jaleo, a comprobar si sigue funcionando su atractivo. Tiene algo de tiempo libre y ha decidido matarlo conmigo. —Pero no lo ha logrado, parece.

Amber negó con la cabeza.

—En absoluto. Le dije que se marchara, que no quería verlo más.

—¿Le dijiste que estabas… eh… contenta con tu matrimonio?

—Desde luego que sí. Y lo dije de corazón; me aseguré de que lo creyera.

—¿Dónde quedaste con él?

Habían llegado a Seattle, y Amber entró en un aparcamiento.

—En el centro comercial.

—¡En el centro comercial! ¡Qué lugar para quedar! —¿Qué hay de extraño en eso? —preguntó Amber exasperada, recordando la reacción similar de Gray—. ¿Dónde demonios iba a quedar si no? —No sé— dijo Cynthia riendo—. No se me había ocurrido pensarlo. Pobre Roarke, no debe estar acostumbrado a quedar en sitios tan poco románticos.

—Yo no quería ni siquiera verlo, pero amenazó con venir a casa si no lo hacía —explicó Amber mientras aparcaba.

Cynthia hizo una mueca, y su voz reflejó su comprensión.

—¡Menudo lío hubiera armado!

—Sí.

—Aunque hubiera sido interesante ver a Gray frente a una situación así. Parece tener siempre todo bajo control. Amber prefirió no contestar, y salió del coche. —¿Amber?— la llamó Cynthia mientras salía a su vez—. ¿Qué sucedió? Gray no sabe nada de Roarke, ¿verdad? —Sí, lo sabe— contestó Amber.

Rápidamente, tomó su bolso y se puso a caminar. —¿Descubrió que habías quedado con él?

—Gray estaba en casa cuando regresé. Había cancelado la reunión.

—¿Qué reunión? Ah, ya entiendo. Quedaste con Roarke aprovechando que Gray estaba ausente. ¿De modo que llegó a casa antes que tú? —Sí.

—Bueno, ¿y no le dijiste que habías estado de compras? Amber suspiró, deseando no haber iniciado aquella conversación.

—Con Gray no valen las mentiras ni los cambios de conversación. Es muy astuto.

—Dios mío.

—No fue ningún drama, Cynthia. Le dije a Gray que podía resolver por mí misma los problemas de mi pasado.

—¿Cómo reaccionó?

—Calmadamente. Cynthia, Gray y yo somos amigos.

Los amigos responden de forma racional a problemas como el de Roarke.

—Pero… —dudó Cynthia—, ¿no dijo nada, bueno, duro e irracional al respecto?

Amber se sintió atrapada.

—No. Sólo me recomendó que no viera a Roarke sola de nuevo.

—¿Te recomendó? —repitió Cynthia débilmente—. Exacto.

Cynthia se aclaró la garganta. —¿No te exigió nada?

—Bueno, estoy harta de esta conversación ridícula —cortó Amber—. Ya te lo he contado todo. Hablemos de otra cosa.

Le dolía recordar la furia oculta bajo la aparente calma de Gray. Había sido una escena desagradable, pero ambos la habían olvidado.

—¡Qué hombre más sorprendente! —exclamó Cynthia—. Sí que lo es —repuso Amber, complacida. Se dirigió deprisa hacia la librería, y Cynthia la siguió.

Una vez dentro, se presentó a la librera, una mujer gorda y de

mediana edad, que gesticulaba sin cesar.

—Creo que nunca, en toda mi vida de trabajo, me habían pedido este libro —dijo, pasando un enorme volumen de piel a Amber.

Ella contempló asombrada el ejemplar reforzado con metal.

—¡Caramba! No había imaginado que fuera tan grande.

—Está encuadernado a mano —le aseguró la librera—. Ya no quedan muchos ejemplares como éste.

—Gracias a Dios —rió Cynthia.

—Tiene ilustraciones, ¿sabe? —prosiguió la librera, al ver que su cliente se echaba para atrás—. Mire dentro. Pequeños dibujos hechos en tinta.

Amber hojeó el libro.

—Anda, pues es cierto. Pues si resulta que Twitchell era también artista, esto será una mina de oro.

Añadirá toda una nueva dimensión a Twitchell.

Observó una pequeña escena de un salón. La perspectiva no era muy buena, y el dibujo dejaba bastante que desear.

—¿Y cómo sabe si son suyos? Amber rió.

—Dejaremos que el gran estudioso de Twitchell lo demuestre. Pero da la impresión de que el dibujo es tan malo como la poesía, así que no me extrañaría nada. Gray se lo va a pasar bomba. Se abre una nueva era en el estudio de

S. U. T.

Mira, aquí hay un poema sobre Billy.

Lo leyó.

—¡Sorprendente! —bromeó Cynthia—. ¿Y quién es Billy si se puede saber?

—Se llama Billy Ballantine, y es un pistolero que anda siempre a tiros con otros. El poema se llama Balada de Billy Ballantine, y que esté aquí es una prueba irrefutable, porque también aparece en el libro de Gray.

—Parece experta en el tema —observó la librera.

Amber sonrió ampliamente.

—Mi marido es toda una autoridad en Twitchell —dijo.

—Ya veo —contestó la mujer sonriendo a su vez—. ¿De modo que le gusta le libro? ¿Es lo que estaba buscando?

—Me encanta. ¿Cuánto le debo?

El libro resultó bastante más caro de lo que Amber había

predicho, pero, al salir de la tienda, Amber defendió la causa.

—Valdrá la pena sólo con ver la cara de Gray cuando se lo dé. Si no es de Twitchell, es una imitación perfecta, y eso también sería interesantísimo.

—¿Por qué? —preguntó su hermana.

—Porque Twitchell es tan malo, que es rarísimo que alguien lo imite —explicó Amber.

Cynthia movió la cabeza.

—Creo que nunca entenderé a los literatos —dijo.

—Yo tampoco —repuso Amber—, claro gire nunca he conocido a uno real.

Ambas mujeres estallaron en carcajadas. Entraron en un pequeño restaurante a comer. Tomaron asiento junto a uno de los ventanales, desde el que se divisaban las lejanas montañas nevadas y el puerto. Era un día claro y frío de noviembre.

—Dime, Amber —empezó Cynthia—, ¿qué crees que le gusta a Gray de verdad de S.
U. Tw
itchell?

Amber recibió la pregunta con seriedad, lo que sorprendió a su hermana, y también a ella misma.

—Hombre, lo cierto es que se divierte mucho… —Lo sé, pero debe de haber algo más.

—Es la única autoridad de Twitchell en el mundo —le recordó Amber—, sin contar a Honoria Tyler Abercombrie.

—¿Quién?

—No importa —declaró Amber con la mirada fija en uno de los barcos que acababa de atracar en el puerto—. Pienso que a Gray le gusta Twitchell porque, a pesar de ser un poeta pésimo, hay en su poesía una plasmación del antiguo Oeste. El Oeste mítico. Ya sabes, las reglas que más o menos todos llevamos dentro: buenos y malos, individualismo, justicia, la importancia de la tierra. Todo en Twitchell se refiere al código del Oeste.

Hizo una pausa antes de continuar. Su hermana la escuchaba con atención.

—Sus pistoleros, sus vaqueros son siempre buscadores insaciables —prosiguió—, solitarios pero honestos. Los buenos siempre hacen lo que deben, y cuidan de los que los rodean, de los

inocentes. Consiguen que la justicia se cumpla, aunque el mundo entero se enfrente a ellos.

—¿Y eso te recuerda a Gray? —preguntó Cynthia con perspicacia.

—Creo que sí —asintió Amber—. Creo que, de haber nacido hace un siglo, Gray hubiera salido a probar fortuna al Oeste. Hay algo en él que me recuerda a los personajes de Twitchell. —Bueno, menos mal que no utiliza pistola ahora— bromeó Cynthia, pero sus ojos reflejaban comprensión.

Amber se estremeció.

—Sí, gracias a Dios. El código del Oeste…

Se interrumpió bruscamente.

—¿Qué pasa, Amber? —le espetó su hermana.

—Hablando de buenos y malos… —comentó Amber, con los ojos clavados en un punto particular. Cynthia se volvió, y vio a Roarke Kelley, que avanzaba con decisión hacia su mesa—. Oh, no, Kelley.

—Debe de habernos seguido —gruñó Amber—. Ese bastardo. ¿Qué se piensa que va a conseguir persiguiéndome así? Venga Cynthia, vámonos.

Empezó a recoger las cosas, y se levantaron las dos al tiempo que Roarke llegaba a la mesa.

Sonrió y saludó a Cynthia.

—¡Qué casualidad encontraros a las dos!

—Sí, ¿eh? —masculló Amber, indignada—. Pues si estas coincidencias se siguen produciendo, voy a acudir a la policía, Roarke. Hay leyes contra la persecución en este estado.

—¿Persecución? —repitió Roarke ofendido.

—Sería bastante embarazoso que presentara cargos contra ti, ¿no crees? —profirió Amber gentilmente—. Estropearía tu reputación de piloto conquistador.

—Yo me encargo de mi reputación —replicó Roarke, burlón—. No es preciso que huyas de mí, Amber. Sólo quiero charlar contigo.

Amber no contestó. Estaba empezando a ponerse nerviosa. Ignoró a Roarke y se volvió hacia su hermana.

—¿Lista, Cyn?

—Sí —respondió, decidida a apoyar a su hermana. Cynthia y ella salieron.

—¡Amber! —gritó el conquistador. Amber no se volvió.

—No podrás seguir huyendo, Amber, y lo sabes —declaró Roarke a sus espaldas.

Amber apresuró el paso una vez en la acera, y Cynthia la siguió.

—Maldito sea —murmuró furiosa—. Tal vez Gray tuviera razón.

—¿En qué? —preguntó su hermana.

—En que no debería tratar de enfrentarme a Roarke sola.

—Ah —dijo Cynthia—, tal vez sí. Roarke está demostrando ser duro de pelar, ¿eh?

—No conoce el significado de la palabra «derrota» —explicó Amber—. Me temo que siempre ha conseguido lo que quería.

—¿Y ahora te quiere a ti? Amber hizo una mueca.

—Si es así, sólo se debe a que le he dicho que no puede tenerme. Si abandonara todo para correr tras de él, pronto estaría en la misma situación de hace seis meses.

—Y has decidido que prefieres estar contenta y casada que presa de la pasión y hecha un lío, ¿no?

Aquel comentario ligero e inocente de Cynthia pareció irritar a Amber.

—Sí —asintió con firmeza—. Y también prefiero estar casada con un hombre en el que puedo confiar. Un hombre que no tontea con otras al tiempo que me jura su amor. Un hombre que entiende lo que es la entrega.

Roarke no intentó seguir a las dos mujeres, así que regresaron en silencio hasta el aparcamiento. Amber condujo todo el camino de vuelta sin poder evitar la ansiedad, aunque su preocupación no se refería a Roarke Kelley. Le preocupaba la reacción de Gray cuando le dijera lo que había ocurrido.

Desde luego, ella era inocente, y el encuentro de aquel día no había sido culpa suya. Pero se temía que a Gray no le iba a hacer nada de gracia. No le gustaba pensar que el hombre con el que compartía una relación tan satisfactoria en todos los demás aspectos no fuera a resultar tan comprensivo en aquel tema en particular.

Gray abandonó el vestíbulo del rascacielos que albergaba las oficinas de la empresa Harrison y se dirigió hacia el aparcamiento en donde había dejado su Mercedes. Estaba deseando llegar a casa, cambiarse de ropa y acomodarse para pasar la tarde con su esposa. La aparente rutina de la cena, la copa y la charla sobre Twitchell con Amber se había convertido, tal y como sospechaba, en una

encantadora adicción. Le encantaba estar casado con Amber.

Se sentía satisfecho con su vida. Aunque nunca había sabido lo que le faltaba hasta que Amber Langley llamara a su puerta tres meses antes. Su mujer.

Eso era lo que Amber era, aunque aún no hubiera aceptado los hechos. Gray sabía que su mujer prefería no pensar en su relación con demasiada profundidad, pero poco a poco se iba acostumbrando a su papel de esposa y amante, aunque no quisiera examinar sus sentimientos a conciencia. Todavía necesitaba algo más de tiempo, pero iba destruyendo las barreras. Amber le había dado casi todo, aun cuando no estuviera dispuesta a admitirlo. Pero el día que lo admitiera, la vida de Gray sería perfecta.

No había prisa, se dijo mientras caminaba entre los coches. Él era un hombre paciente.

Iba meditando sobre el asunto cuando sintió un movimiento a sus espaldas. Continuó avanzando automáticamente, hasta llegar a un espacio más abierto. Allí se volvió de golpe, para enfrentarse con aquello que había despertado su alarma. No fue una gran sorpresa el encontrarse a Roger y Ozzie detrás, acercándose. Se pararon al verse descubiertos. —Hola, chicos— saludó Gray con calma—. Perdonad, pero me parece que no pintáis mucho aquí.

Ambos fruncieron el ceño y mantuvieron las manos enterradas en los bolsillos de sus chaquetas.

—Nos ha enviado el señor Delaney —dijo Roger.

—Sí, ya me imaginaba que no habríais venido desde tan lejos a verme por iniciativa propia —dijo Gray. Instintivamente, protegió la cartera que llevaba bajo el brazo, y esperó.

—Sabemos que aún no ha mandado el informe al señor Symington. El señor Delaney quiere dejar claro que el negocio debe seguir adelante.

—Entonces —arguyó Gray con lógica—, el señor Delaney debe hablar con Symington. No soy yo el interesado en comprar el complejo.

—Delaney dice que el señor Symington hará lo que usted diga —replicó Ozzie.

—Pues está equivocado. Symington toma sus propias decisiones, y yo soy sólo su asesor. Y ahora, si me disculpáis, tengo trabajo. Me temo, Grayson —replicó Roger—, que no es tan sencillo. —Para mí

sí— lo informó Gray—. Chavales, intentasteis el soborno y la amenaza en este sórdido asunto, y no funcionó. Así que, ¿por qué no lo dejáis y os largáis?

Ozzie profirió una palabrota. —No somos unos «chavales».

—Lo siento —se disculpó Gray burlón—, pero actuáis como niños. Sois un par de aficionados que no saben cómo comportarse en estas situaciones. Seguid mi consejo y apartaros de esto o no llegaréis muy lejos. Delaney debe estar desesperado cuando os manda a vosotros dos.

Roger avanzó un par de pasos, con el rostro distorsionado por la rabia.

—Está muy equivocado. Sólo intentamos el soborno. No llegamos a la parte interesante. Su mujer nos engañó con esa actuación de guardaespaldas.

Gray hizo una mueca.

—Lo que demuestra lo que estoy diciendo. Los dos tragasteis el anzuelo. Fue bastante divertido.

¿No le divirtió a vuestro jefe?

—Tanto que decidió mandarnos hasta aquí a arreglarlo. Pero ahora, de otra manera —aseguró Ozzie.

Gray permaneció en silencio. Miró a Ozzie y sonrió.

—Cree que bromeo, ¿no? —masculló Ozzie.

—No, creo que sois un par de imbéciles.

—¿Quiere que le expliquemos el cambio? Creo que no le va a gustar demasiado. Su mujercita ya no va a actuar de guardaespaldas. En realidad, su papel ha sido transformado por completo. El señor Delaney piensa que usted será más comprensivo si actuamos sobre ella.

Gray no se movió, pero la alerta que había surgido cuando por primera vez notó que lo seguían se intensificó. Su expresión no varió, peor el brillo sardónico de sus ojos pasó a ser mucho más peligroso. Ni Roger ni Ozzie parecieron notar el cambio o, por lo menos, no lo demostraron.

—Me parece que os habéis pasado —dijo—. Sugeriría que volvieseis a Tucson a jugar al golf. Gray se volvió, y anduvo lo que le quedaba hasta su automóvil sin volver la vista. Sabía que no lo iban a seguir. Era fácil leer los pensamientos de Roger y Ozzie.

Se metió en el coche y salió. No había rastro de sus

perseguidores. Recorrió el camino de vuelta pensativo. El problema no iba a ser aquellos dos hombres.

El problema iba a ser Amber.

No podría decirle la verdad, porque Amber no entendería lo que se proponía hacer y temía que se negara en rotundo a abandonar la ciudad de saber que él pensaba enfrentarse sólo a los «gemelos de Tucson».

Amber insistiría en llamar a la policía, sin saber lo poco que puede hacer ese cuerpo hasta que se ha cometido el delito. Se horrorizaría al pensar que Gray quería tomar la justicia por su mano, y sus instintos naturales de protección se rebelarían contra la idea de dejarlo solo.

Tal y como había hecho la noche de Tucson, lo defendería en cualquier circunstancia, y lo último que Gray deseaba era tenerla cerca cuando se enfrentara a Roger y Ozzie. Podría salir herida, y Gray no podía soportar tal pensamiento.

No, considerándolo bien, Amber tendría que abandonar la ciudad durante algunos días. Pero eso suponía tener que obligarla sin explicarle la razón.

Gray sospechaba que iba a tener la primera discusión seria con su esposa. Ya habían estado muy cerca de una discusión el día que habían hablado sobre Roarke Kelley, pensó Gray.

«Roarke Kelley».

Gray repitió el nombre para sus adentros, y apretó el volante. Kelley era la solución. Gray tendría una excusa para representar el papel de marido intransigente.

# Capítulo 10

Cuando oyó el ruido del Mercedes, Amber estaba acurrucada en una silla junto a los grandes ventanales de la sala. Ni siquiera levantó la mirada, ya que estaba contemplando absorta lo que ella misma acababa de escribir en el libro que había comprado aquella tarde.

Se había sentado en la butaca, dispuesta a escribir una dedicatoria cualquiera para Gray. Se le había ocurrido poner algo que se asemejara a un verso de Twitchell, y había hecho un par de pruebas. Pero al final las palabras habían surgido de su pluma por sí solas, e, instintivamente, había escrito algo muy diferente. Cuando Gray llegó, Amber estudiaba las palabras, preguntándose por qué habría tardado tanto en reconocer la verdad.

Se sobresaltó al oír el sonido de la puerta, cerró precipitadamente el libro, y lo envolvió. Tuvo el tiempo justo de colocarlo sobre la mesa antes de que Gray apareciera en la habitación.

Amber le dirigió una sonrisa de bienvenida, pero murió en sus labios al presentir la rara frialdad que se desprendía de la expresión de Gray. Amber se levantó de la butaca, preocupada, y se acercó a su esposo para besarlo levemente en los labios.

Pero Gray no le devolvió el beso. —Gray, ¿pasa algo?

—Depende de por dónde lo mires —respondió Gray mientras se quitaba la chaqueta—. Sírveme un trago, Amber. Y sírvete tú otro también. Ambos lo necesitamos.

Tomó la chaqueta que se acababa de quitar y entró en el

dormitorio. Amber lo siguió, verdaderamente alarmada.

—¡Gray! Por el amor de Dios, ¡dime lo que pasa!

Gray estaba frente al espejo, desabrochándose la camisa. Su mirada se posó en la imagen reflejada de Amber y ella sintió un escalofrío.

—Vamos a tener unas palabras sobre Roarke Kelley —dijo Gray despacio.

Amber perdió el color y enmudeció. En medio de su confusión, sólo había una cosa clara. Gray sabía que había estado con Roarke aquel día.

Desaparecieron como humo todas las concepciones sobre su amistosa relación con Gray. Nunca lo había visto tan frío, aunque la noche en que discutieron sobre Roarke había estado próximo a aquel estado.

—¿Quieres hablar de Roarke? —preguntó con la boca seca—. Gray, ¿cómo lo has sabido? No lo has podido adivinar. Te lo iba a contar ahora mismo, de veras. Acabas de llegar. No he tenido la oportunidad de explicarme.

Gray se volvió, frunciendo el ceño. Amber hubiera jurado que estaba sorprendido, pero era imposible. Tenía que saber lo que había sucedido aquella tarde. ¿Por qué, si no, iba a querer hablar de Roarke?

Gray le dirigió una mirada glacial.

—De acuerdo, te escucho, explícate.

Amber trató de recobrar el dominio de sí misma en medio de la confusión. Estaba disgustada con Gray y consigo misma. También estaba muy nerviosa, y el sudor cubría las palmas de sus manos.

Se las secó en los pantalones, sin percatarse de la curiosidad con que Gray la observaba.

—Pues no hay mucho que contar —dijo Amber, encogiéndose de hombros—. Fui de compras a Seattle con Cynthia y comimos en un restaurante cercano al puerto. Roarke apareció de repente, y nos marchamos enseguida. Eso es todo. No sé cómo puedes haberte enterado, pero te aseguro que pensaba contártelo.

—¿Ah, sí? —preguntó Gray, mirándola con una expresión enigmática.

—Pues claro que sí. Pero sigo sin entender cómo… —empezó Amber, pero se detuvo cuando una idea cruzó su mente—. ¿No

habrás hablado con Roarke? ¿Te llamó? ¿Qué te ha dicho? Es todo mentira, te lo aseguro. Te doy mi palabra de honor de que hoy no ha pasado nada, y de que yo no le he dado ningún tipo de esperanza. Dime qué pasa, Gray.

Aquella última frase fue emitida en un tono mucho más tranquilo.

—Nada que no pueda solucionar. Solo.

Amber abrió los ojos como platos. —¿Qué quieres decir con eso?

Gray la miró durante un rato, y se dirigió al armario a ponerse un jersey más cómodo. —Quiero que salgas de la ciudad unos días, Amber—. ¿Salir de la ciudad? —repitió Amber, tan sorprendida que no encontró nada más que decir.

—Creo que te mandaré a Vancouver durante el resto de la semana.

Cada vez más anonadada, Amber fue solo capaz de repetir lo que Gray decía.

—¿Vancouver? ¿Vancouver, en Canadá?

—Eso es. Tengo amigos allí: Mitch y Lacey Evans. Ya te he hablado de eso y te quedarás en su casa.

Gray se había vuelto una vez más hacia Amber, que lo miraba incrédula, con la boca abierta. —¿Que me mandas a Canadá? ¿Para alejarme de Roarke? Gray, te aseguro que estás exagerando, y eso no es propio de ti. ¿Qué demonios te dijo Roarke para que me amenaces así?

—Esto no es una amenaza —aseveró Gray con tranquilidad—. Simplemente te depositaré en un avión hacia Vancouver esta tarde. Más vale que vayas haciendo la maleta. Mitch y Lacey te esperarán en el aeropuerto.

Amber fue capaz entonces de disipar parte de la niebla irreal que cubría su pensamiento, y la dominó la ira.

—Tus amigos pueden ir al aeropuerto si les apetece, pero yo no estaré en ese avión. No me sacarás de la ciudad por unas cuantas mentiras de Kelley. Cynthia es testigo de lo que pasó esta tarde, y puedes preguntárselo. No me quedaré tan ancha mientras me acusas de… infidelidad basándote en la palabra de un hombre como Kelley Te dije que su palabra no valía mucho.

—Yo no te acuso de nada, Amber. Sólo tomo mis precauciones. Vete a hacer la maleta, Amber ordenó con dureza, —voy a llamar a

Mitch mientras tanto.

Amber miró a su marido como si nunca antes lo hubiera visto. Aquél no era el hombre qué conocía desde hacía tres meses. Era un extraño que estaba empezando a asustarla.

—No dejaré que me hagas esto, Gray. No dejaré que nos lo hagas a los dos.

—Salimos hacia el aeropuerto dentro de quince minutos —declaró Gray.

Pasó a su lado, y entró en el despacho para llamar.

—Gray, por favor, escúchame.

La desesperación de su súplica pareció, por fin, ablandar a Gray, y se volvió en medio del pasillo.

Pero pronto recobró su expresión adusta.

—Hablaremos cuando vuelvas de Vancouver, lo juro. Pero ahora quiero que te marches de la ciudad. Solucionaré esto a mi manera.

—Sé razonable —insistió Amber—, ¿de qué te servirá que yo me vaya?

—Así estarás fuera del alcance de Kelley.

—¿Te ha amenazado con huir conmigo? Es absurdo. Debes confiar en mí.

Desapareció en la oficina, dejando a Amber sumida en el caos y sin poder razonar con claridad.

Estaba dolida y asustada.

Nada de aquello podía estar pasando. No entre Gray y ella. Amber no era un objeto al que se podía trasladar sin más si molestaba. Y Gray no era tampoco el marido intransigente que se creía el amo y señor de la casa. Nada tenía sentido.

Y Amber seguía pensando lo mismo mucho más tarde, cuando salía del avión en Vancouver. Estaba visiblemente aturdida, como lo reflejaron los rostros preocupados de la pareja que avanzó hacia ella.

—¿Amber Grayson? —preguntó la mujer, que sería de su edad y tenía grandes ojos—. Me llamo Lacey Evans, y éste es mi esposo, Mitch. Gray nos anunció tu llegada.

—Encantada —fue el saludo formal de Amber.

Mitch era algo mayor que su esposa. Era de rasgos firmes, con pelo oscuro y ojos verdes. Sonreía a Amber, y había algo en su mirada que le recordaba vagamente a Gray. Claro que la

comparación era ilógica, ya que ambos hombres eran muy diferentes.

Amber frunció el ceño y olvidó aquella impresión. Se sentía muy incómoda. Aquellas personas debían conocer toda la historia.

Era humillante. De haber imaginado por un momento lo embarazoso de la situación, hubiera encontrado el modo de evitar aquel encuentro. Pero había bajado del avión como un cordero que va al matadero, cayendo en manos de los extraños que Gray le había elegido como compañía.

La verdad era que Gray no le había dado oportunidad para reflexionar sobre la situación. Habían llegado al aeropuerto antes de poder plantear una oposición firme.

—Debes estar hambrienta —comentó Lacey con jovialidad—. La comida del avión no suele ser muy abundante. Cenaremos en el centro, si no te importa. Hay un restaurante indio nuevo que estarlos deseando probar. Ésta será una buena ocasión.

—¿Es ése todo tu equipaje? —preguntó Mítch, refiriéndose a la maleta que Amber llevaba.

—Sí. No tuve mucho tiempo de empaquetar, y no… no espero tener que quedarme demasiado.

Necesitaba tranquilizarse. Estaba actuando como uña estúpida. Mítch levantó la maleta sin dar muestras de haber notado su turbación.

—No. No creo que pases aquí mucho tiempo. Gray solucionará las cosas a su estilo, y estarás de vuelta a casa sana y salva muy pronto. Fue una sorpresa saber que Gray se había casado. Ya era hora.

Lacey río.

—Empezábamos a pensar que no encontraría la mujer adecuada, pero hubiéramos debido suponer que pasaría esto. Gray hace las cosas a su manera y a su ritmo, pero, al final, siempre le salen bien, ¿verdad?

Amber asintió, incapaz de pensar en una respuesta coherente. Todavía intentaba dirigir la sospecha de que los Evans lo sabían todo. La vergüenza era el sentimiento dominante en aquel momento, superior incluso a la furia profunda que sentía en su interior.

En el camino a la ciudad, ninguno de los Evans habló de Roarke.

Mantuvieron una conversación continua, conscientes de la turbación de Amber. Amber no veía ni oía nada a su alrededor. La carretera que llevaba a Vancouver atravesaba un impresionante paisaje de montañas y mar, que, en otras circunstancias, le hubiera encantado a Amber. Pero aquella noche no era normal. Se sentó en la parte trasera del vehículo, e intentó prestar atención a la conversación. Pero su mente estaba llena de preguntas sin respuesta y de vagos temores.

Amber se había recuperado un poco cuando llegaron al restaurante indio. Se daba cuenta, por primera vez y con claridad, de que Gray no le había dado oportunidad de reflexionar ni de discutir. Se había limitado a ordenar, esperando de su parte un absoluto servilismo. Amber desconocía aquella faceta de la personalidad de su esposo, y la había pillado totalmente desprevenida. Gray se había aprovechado de su confusión.

Amber abrió el menú que le ofrecía el camarero, ojeando las diferentes opciones que se le presentaban. Era su primer intento en las últimas horas de fijar su atención en algo concreto. El ejercicio dio resultado y, al acabar, fue capaz de enfrentarse con las miradas de Mitch y Lacey.

—Supongo que sabéis la razón por la que he sido enviada aquí, ¿no? —preguntó cortésmente. Mitch no contestó, y permaneció pensativo. Fue Lacey la que se inclinó hacia Amber con ademán comprensivo.

—No te preocupes por nada. Gray le habló a Mitch de ese horrible Kelley que te acosa. Pero Gray se ocupará de ello. Mientras tanto, eres bienvenida aquí. Ya sabes que Gray y Mitch son viejos amigos, y haríamos cualquier cosa por él.

Amber asimiló la nueva información.

—¿Hace cuánto que conoces a mi marido, Mitch? —Años —respondió el aludido al momento—. Gray y yo trabajábamos juntos hace años. Formábamos un equipo. —¿Naciste en los Estados Unidos?—. Exactamente. Vine aquí de viaje cuando dejé el trabajo, y conocí a Lacey. Ella es canadiense, copio puedes notar por su acento. Así que decidí quedarme a este lado de la frontera —explicó, sonriendo a su esposa—. 7 Tenemos una casa cerca del lago, y hay mucho sitio, así que no temas molestar. Con un poco de suerte, Gray se reunirá con nosotros dentro de unos días, cuando

acabe con lo de Bellevue.

—No hay nada que acabar en Bellevue —intervino Amber—, aparte de la imaginación turbulenta de Gray.

—No entiendo —dijo Lacey, pestañeando por la sorpresa.

—Yo tampoco —admitió Amber—. Y cuanto más lo pienso, menos lo entiendo. Gray debería saber que Kelley no es ninguna amenaza.

Mitch la miró.

—¿Cómo no iba a preocuparse? Yo me volvería loco si volviera un antiguo novio de Lacey y se dedicara a seguirla.

—Debería haber confianza entre los esposos —dijo Amber con tristeza—. Pensé que Gray confiaba en mí.

Lacey se mordió el labio.

—Estoy segura de que esto no implica falta de confianza. Gray sólo quiere protegerte.

—¿De Roarke Kelley? Eso es ridículo. Nunca me iría con él. Estoy casada con Gray, y entregada a este matrimonio. Gray lo sabe o, al menos, creí que lo sabía.

Mitch se agitó, incómodo.

—Estoy seguro de que esto no tiene nada que ver con la confianza —dijo sucintamente—. Gray sólo pretende tenerte alejada mientras soluciona el asunto.

—Me pregunto qué es lo que Gray piensa que puede hacer con Kelley —murmuró Amber.

—No te preocupes por Gray. Sabe lo que hace —le aseguró Mitch más relajado—. Ese hombre tiene la paciencia y perseverancia de un santo y, además, la misma suerte.

—No necesitará ninguna de esas tres cosas para manejar a Kelley —declaró Amber—. Sólo tiene que ignorarlo, igual que yo hice.

Unos trescientos kilómetros más al sur, en Bellevue, Gray daba vueltas por la casa, pensando en la soledad que reinaba cuando Amber no estaba. Pasó de habitación a habitación, como cazador enjaulado en espera de su presa. Sabía que Ozzie y Roger irían hasta él aquella noche o la siguiente. Eran demasiado impacientes como para esperar más tiempo. Pero Gray estaba preparado. Desde el momento en que aquellos dos pisaran el umbral de su puerta, habrían caído en la trampa.

Fue a la cocina a prepararse una taza de té, y luego volvió a la sala. De pronto, su mirada recayó sobre un paquete que había al final de la mesa, y se acercó a investigar. Debía de ser algo que Amber había comprado aquella tarde en Seattle.

Desenvolvió el paquete y descubrió el gran libro de piel. Se sintió muy intrigado, así que dejó la taza de té y lo abrió. En la primera página estaba la dedicatoria de Amber. Gray la contempló largo rato, y luego se sentó con el libro en el sofá.

Empezó a impacientarse. Quería que Amber volviera lo antes posible.

Pero primero tenía que desembarazarse de Roger y Ozzie.

Amber estaba segura de que a su hermana le hubiera encantado aquel enorme centro comercial subterráneo por el que Lacey la guiaba. También a ella le hubiera gustado curiosear por la multitud de tiendas en circunstancias normales, pero aquel día era imposible disfrutar de la visita, pese a que Amber trataba de ocultarlo. Dos llamadas telefónicas a Gray la noche anterior la habían informado de la anormalidad de la situación, y ya no estaba enfadada, sino preocupada. La primera llamada había resultado frustrante. Mitch y Lacey habían insistido en llamar después de la cena, para informar a Gray de la llegada de Amber. Había llamado Mitch y, tras saludar a Gray, le había pasado el aparato a Amber, que no había tenido más remedio que ponerse. —¿Todo va bien, Amber?— había preguntado Gray con amabilidad.

—Quiero volver a casa.

—Pronto, te lo prometo. ¿Qué tal con Mitch y Lacey? Son agradables, ¿verdad? —Quiero volver a casa.

Gray había suspirado.

—Lo sé. Iré a recogerte dentro de un par de días.

Amber notaba incómoda cómo Mitch y Lacey hacían esfuerzos por no escuchar. Luego, se fueron a la cocina.

—Parece que no me escuchas, Gray —había dicho—. Estoy dolida y enfadada, y quiero volver a casa.

Hubo una pausa al otro lado de la línea.

—¿Quieres volver a pesar de estar dolida y enfadada?

—Quiero volver para partirte la cara.

Amber no había esperado la respuesta, y había colgado el aparato. Cuando Mitch y Lacey volvieron al salón, Amber los

recibió con una de sus más elocuentes sonrisas.

—Gray dice que todo está bajo control, y que me lo pase bien.

Mitch y Lacey parecieron aliviados ante aquel cambio de humor, que Amber conservó durante el resto de la noche, representando a la perfección el papel de huésped dispuesta a divertirse. Antes de acostarse, Lacey le había dicho que irían de compras juntas al día siguiente.

La segunda llamada de teléfono había tenido lugar horas más tarde. De no ser porque Amber seguía despierta, contemplando la noche a través de la ventana desde su cama, nunca hubiera oído cómo Mitch Evans marcaba el número.

Al principio, pensó que sólo bajaba por un vaso de agua, pero hubo algo en su sigilo que la alarmó. De no ser por una puerta que crujió, no lo hubiera podido oír. Se quedó pensando qué era lo que le había llamado la atención, y pronto lo descubrió. Mitch avanzaba con el mismo sigilo que caracterizaba el caminar de Gray. Amber recordó cómo la mirada de Mitch también le había recordado a su marido.

Sin pensarlo dos veces, Amber se levantó de la cama y se puso la bata. Había decidido tener una conversación con Mitch Evans, ya que su marido parecía no tener respuestas para ella.

Pero las respuestas habían comenzado a llegar desde el momento en que abriera la puerta. Podía oír el murmullo apagado de la conversación telefónica que Mitch mantenía en el salón. Amber se deslizó hasta el vestíbulo con cuidado de no hacer crujir la madera, y pronto pudo oír parte del diálogo.

—Está bien, Gray. Deja de preocuparte. Mañana la llevará Lacey de compras… Sí, ya lo sé. Todavía estaba aturdida cuando salió del avión, pero a mitad de la cena ya se había relajado y aceptado la situación… claro que estoy seguro. Y Lacey opina lo mismo.

Mitch hizo una pausa y rió.

—Es una pena que utilizaras la excusa del antiguo novio. Lacey dice que Amber se sentirá humillada por tu falta de confianza… ya, ya sé que no tenías otra opción. No le ibas a decir lo de los matones de Tucson, ¿no? Eso la hubiera aterrorizado. Así, sólo está enfadada. Amber se quedó de piedra mientras escuchaba el resto de la conversación. Los matones de Tucson… de modo que Ozzie y Roger estaban implicados en todo aquel lío. Aquello explicaba

muchas cosas. Delaney no había cejado en su empeño, al parecer, y Gray había preferido alejarla de la ciudad con una tonta excusa.

Demonio de hombre. Actuaba bajo la ley del Oeste, desde luego: las mujeres a salvo mientras el fiero vaquero se enfrenta al malo. Pero en aquella ocasión había dos malos contra uno, y eso era de preocupar. Amber había controlado la situación en Tucson, y no podía creer que Gray lo hubiera olvidado tan pronto.

Dejó de darle vueltas a la cabeza para escuchar el resto de la conversación entre Mitch y su marido.

—Escucha, Gray, sé que te las puedes arreglar solo, pero ¿seguro que no quieres que te eche una mano…? Vale, pero, si cambias de opinión, llámame. Sabes que sólo se tarda cuatro horas por carretera en llegar allí. Sería como en los viejos tiempos, ¿eh?

Hubo una nueva pausa.

—Sí, estoy de acuerdo contigo —continuó Mitch—, parecen un par de aficionados. Pero hay que tener cuidado con los aficionados; pueden hacer locuras. ¿Cómo demonios te metiste en esto? Yo creí que la asesoría comercial era un trabajo tranquilo.

Luego había habido una risa, y Mitch había empezado a despedirse.

Amber había vuelto a su dormitorio, donde había pasado gran parte de la noche despierta, dándole vueltas a la cabeza. Cuando por fin se hubo dormido, ya tenía pensado el plan de ataque. Al día siguiente había actuado con la misma alegría desproporcionada de la noche anterior, y Mitch y Lacey parecían haber tragado el anzuelo. Mitch había salido hacia su empresa de ingeniería, y Lacey le había propuesto ir de compras.

Pasaron toda la mañana deambulando por el centro comercial. Cerca de las cuatro y media, decidió que Lacey no tardaría en sugerir que volvieran. Iban a cenar en un restaurante japonés. —Quiero ir a
Eaton’s
a ver ese vestido de nuevo— dijo Amber mientras entraban en una tienda de modas—, ¿qué tal si quedamos arriba, en la librería?

—Te acompaño —dijo Lacey al momento.

—No te molestes, se hace tarde. Tú acaba tus compras y nos veremos en la librería.

Amber exhibió una de sus sonrisas más convincentes, y Lacey se

tranquilizó. Sonrió a su vez y entró en la tienda.

Una vez sola, Amber salió a la calle y llamó a un taxi. Esperaba que Mitch y Lacey encontraran pronto la nota que les había dejado en la casa.

Media hora más tarde, Amber se dirigía hacia Washington en un coche alquilado. Tardaría unas cuatro horas en llegar.

Gray se quedó sorprendido cuando escuchó el timbre del teléfono poco después de las seis. Dejó a un lado el voluminoso Cactus y armas y descolgó el aparato. Aun antes de escuchar la voz de Mitch, supo que algo andaba mal.

—Me vas a matar, amigo —empezó Mitch amargamente—. La perdí.

Gray apretó el receptor.

—¿De qué demonios hablas, Mitch?

Su voz era suave en extremo, y Mitch la conocía.

—Salió de compras con Lacey, y desapareció en el centro comercial. Lacey la esperó en el lugar de la cita hasta las cinco y media y, finalmente, decidió que Amber se había ido. Había una nota en casa, en la que dice que vuelve a California.

—¡California!

El corazón de Gray dio un vuelco. «California», pensó. —¿Quieres que vaya a Washington para que me mates, o prefieres que me tome aquí el veneno?— dijo Mitch. —¿Estas seguro de que fue a California?

—Bueno, eso dice la nota. Estaba muy contrariada, Gray, más de lo que sospechábamos. Pero lo disimuló de maravilla.

Gray cerró los ojos. Amber estaba dolida y enfadada, y quería volver a casa a partirle la cara. En vez de eso, se había ido a California.

—¿Gray?

—Olvídalo, Mitch. Ahora no se puede hacer nada. Tengo la intuición de que acabaré esta tarde con el asunto de aquí. Luego, empezaré a buscar a Amber.

—Si está camino de California, por lo menos estará segura durante las próximas veinticuatro horas —dijo Mitch, que trataba de buscar el lado positivo.

—Sí.

—Lo siento muchísimo, Gray. Cinco años pueden cambiar a un

hombre. En los viejos tiempos, nunca hubiera dado crédito a su sonrisa.

—Ha vendido muchas campañas publicitarias con esa sonrisa, Mitch. Todo el mundo cae, así que deja de sentirte culpable. Como tú has dicho, estará a salvo por ahora. Dile a Lacey que no se preocupe. Mi mujer sabe arreglárselas.

—Cuando acabe esto, venid los dos a visitarnos.

—De acuerdo. Buenas noches, Mitch.

Gray colgó el teléfono y se quedó mirando por la ventana. Iba a ser una larga noche.

Poco antes de las diez llegó un coche. Al reconocer el pasajero, Gray sintió un gran alivio, que pronto se convirtió en preocupación. Al final, Amber no había ido a California.

Corrió hacia la puerta, esperando que la buena suerte le durara lo suficiente como para meter a Amber en casa sin problemas. Pero, al abrirla, sus instintos le dijeron que era demasiado tarde. Amber salía del coche, muy despacio y con cuidado. Roger la apuntaba con un revólver y, a su lado, estaba Ozzie.

Cuando la luz del vestíbulo iluminó el porche, los tres volvieron la cabeza.

—Le vamos a dar una última oportunidad de rehacer el informe de Symington tal y como el señor Delaney lo quiere —dijo Roger—. Y, esta vez —añadió señalando a Amber—, creo que tenemos el argumento más convincente.

# Capítulo 11

Amber estaba totalmente desorientada cuando avanzó hacia la puerta de entrada. La aterrorizaba el pensamiento de ser seguida por un hombre armado. Roger y Ozzie habían saltado de los arbustos en el mismo momento en que apagaba el motor. Amber sabía que lo había estropeado todo.

—Hola, Amber —la saludó Gray con calma en cuanto entró—, ¿estás bien?

Amber se quitó el bolso, ignorando a los dos hombres que la seguían, y clavó la mirada en Gray. —Sí— respondió.

—Llegas una hora tarde.

—El tráfico en Vancouver era peor de lo que había imaginado.

No podía concebir que estuvieran sosteniendo una conversación tan trivial. Aquello la desorientaba aún más.

—Échese hacia atrás, Grayson —ordenó Roger mientras Ozzie cerraba la puerta—. Y usted también, señorita. Ha llegado usted justo a tiempo. Ozzie y yo estábamos pensando en entrar a charlar un rato con su marido, y estábamos esperando el momento propicio. No sabíamos que su guardaespaldas estaba fuera de casa.

Amber comprendió que Gray había planeado a conciencia su viaje a Vancouver, consiguiendo que ni Ozzie ni Roger se enteraran. Ella había estropeado los planes al regresar de improviso, y supuso que Gray tendría algo que decir al respecto más adelante. Pero era todo culpa de su marido, pensó Amber. Hubiera debido saber que no conseguiría apartarla así como así. —No te preocupes por estos dos, cariño— estaba diciendo Gray—. Son sólo un par de

aficionados. Tomó la mano de su esposa y retrocedió. Amber observó la pistola que portaba Roger, y se alegró de que sólo fueran aficionados. ¡Dios sabía cómo sería de tratarse de profesionales!

—¿Aficionados, Grayson? —repitió Ozzie con febril mirada—. ¿Eso cree que somos? No sabe de qué demonios habla. Usted es el aficionado. ¿A quién se le ocurre pensar que podía desafiar al señor Delaney?

—Sobre todo después de lo amablemente que se portó con ustedes dos en Tucson —añadió Roger—. ¡Qué ingratitud! Ése es su problema, señor Grayson —repitió moviendo la cabeza con tristeza —, la ingratitud. Lo menos que puede hacer es redactar un buen informe para Symington; y más vale que se esmere, o el señor Delaney nos enviará a terminar lo que vamos a empezar esta noche.

Amber se estremeció.

—Bien —dijo—, habéis hecho la advertencia. Ahora, marchaos.

Ozzie rió.

—Esta advertencia no se limita a unas cuantas palabras, señora Grayson. Eso ya lo intentamos con su marido, pero me temo que sea demasiado cabezota. Hoy le haremos una demostración de lo que nosotros entendemos por negocios.

Roger alzó la pistola.

—Y usted va a ayudarnos, señora Grayson.

Amber lo miró incrédula. Fue Gray el que contestó, y lo hizo en un tono calmado, tan frío que hasta la misma Amber lo miró extrañada.

—Ella no tiene nada que ver con esto —dijo Gray—. Esto es entre Delaney y yo. Dejadla irse. —Bueno, Grayson— rió Roger con maldad—, no esperará que hagamos eso en serio, ¿eh? Ya le advertimos que esta vez utilizaríamos a su mujer.

—Ella no tiene por qué estar presente.

De pronto, Amber lo comprendió. Roger y Ozzie habían amenazado con hacerle daño. No era de extrañar, pues, que Gray hubiera optado por enviarla a Canadá con tal celeridad.

—Me temo que sí —espetó Ozzie, mirando a Amber—. Además, le debemos algo por la bromita de Tucson. Venga aquí, señora.

Amber no se movió.

—Marchaos al infierno —dijo con una voz casi tan fría como la de Gray.

Sintió que su esposo le apretaba la mano levemente.

—¡He dicho que venga aquí! —repitió Ozzie con furia—. Dejaremos que su marido disfrute de lo que le vamos a hacer. Creo que lo inspirará para entregarle un buen informe a Symington.

Ozzie se acercó a Amber, que retrocedió aún más.

Roger señaló a Gray, que estaba de pie delante del sofá. —Más vale que lo atemos a él primero dijo—, no vaya a ser que se le ocurra hacerse el héroe.

—Encantado —respondió Ozzie al tiempo que sacaba una cuerda de su bolsillo—. Ponga las manos en la espalda, Grayson.

—¿Y por qué se cree que se lo voy a poner tan fácil? —repuso Gray, inmóvil.

—Sujeta a la chica —ordenó Ozzie a su colega.

—Te dije que eran un par de aficionados, Amber —remarcó Gray cuando ya Ozzie se le acercaba con la cuerda—. Sólo un par de gallinas. Son muy capaces de amenazar con pegar a una mujer, pero nunca se atreverían con un hombre.

—Cállese, Grayson —masculló Roger entre dientes—. Y usted, venga aquí.

Apuntaba alternativamente con la pistola a Gray y a Amber, pero aquélla no se movió.

—¡He dicho que venga, maldita sea! —repitió Roger.

—En cuanto acabe con Grayson, me encargaré de ella —prometió Ozzie—, pero, primero, voy a bajarle un poco los humos. ¿Así que aficionados? Grayson, usted no sabe lo que esa palabra significa. Es usted el único aficionado de esta sala.

Ozzie le dio un puñetazo en el pecho, que le hizo perder el equilibrio y caer en el sofá. —¡Gray!— exclamó Amber.

—¡Cállese! —Gruñó Roger.

Observaba interesado a su compañero, que, en aquel momento, ayudaba a Gray a levantarse para darle un nuevo golpe.

Pero lo que sucedió entonces fue muy caótico, y ni siquiera Amber sería capaz de reconstruir la escena horas después. Gray saltó del sofá cuando Ozzie se inclinaba sobre él, pero no con las manos vacías. En su puño brillaba un objeto negro.

—¿Qué demonios…? Roger, ¡tiene una pistola!

Ozzie se retiró, pero no lo suficientemente rápido para esquivar el golpe que Gray le dio en el cuello, y que lo hizo caer en redondo.

Roger chilló, e intentó agarrar a Amber.

Pero las manos de Amber estaban ya ocupadas agarrando el volumen de Cactus y Armas, que aún reposaba sobre el sillón. De un movimiento ágil, hizo chocar el libro contra la pistola de Roger, que cayó al suelo. Hubo una explosión bajo el sillón, que produjo temblor en los cristales, y Roger gritó de rabia.

Rápidamente, Amber se quitó del medio, respirando con fuerza. Volvió la vista hacia Gray. —Ya te decía yo que muchas veces no hay nada como la poesía de Twitchell— comentó él sin dejar de vigilar a Roger.

—Tienes razón —respondió Amber mirando el libro que reposaba pesadamente sobre el suelo—. ¿Estás bien, Amber?

—Mucho mejor que hace unos minutos.

Ozzie gimió, e intentó agarrar el pie de Gray, que se apartó a tiempo.

—Me temo que ha habido un cambio de poderes aquí —dijo Gray—. Amber, agarra la pistola de Roger.

Amber obedeció, y recogió la pistola. Se sorprendió de su peso.

—Ya la tengo.

—Bien, pues llama a la policía para que se lleve a este par.

—Hubiéramos debido haberlo hecho hace tiempo —murmuró Amber al descolgar el aparato—. No teníamos cargos contra ellos hasta hoy —replicó Gray—. Por lo menos, no los suficientes para quitárnoslos del medio. Pero ahora sí, ya que han cometido todo tipo de errores esta noche. Como bien dije, son aficionados.

Roger le dirigió una mirada de odio. Ozzie gimió de nuevo, pero no se movió. Amber los ignoró y se dispuso a marcar.

El sonido de un coche a la entrada llegó al tiempo que Amber colgaba. Dios mío. ¿Cómo se las han arreglado para llegar tan pronto?

—No creo que sea la policía. Mira a ver quién es antes de abrir, Amber. Ya hemos tenido bastantes sorpresas esta noche.

Amber no protestó, y se asomó a la mirilla de la puerta.

—¡Lo que faltaba! —exclamó.

—¿Quién es? —preguntó Gray, sin apartar la mirada de sus prisioneros.

—Me temo que no te va a gustar, Gray.

—Esta noche no ha sido de mis preferidas. ¿Quién es? —Roarke.

—Ah.

Era imposible saber lo que pensaba Gray por su voz. —¡Yo no le pedí que viniera!— declaró Amber, indefensa.

—Abre la puerta.

—¿Qué le abra? ¿Estás loco, Gray? ¿Por qué?

Gray le dirigió una mirada burlona de reojo. —Haz lo que te digo, Amber. Abre la puerta. El timbre sonó de nuevo, y Amber se acercó hacia la puerta. Era una locura. Amber no sabía si estallar en llanto o en furia, aunque predominaba lo segundo. Abrió la puerta y vio que Roarke estaba apoyado en el marco con arrogancia—. ¿Qué haces aquí? —le imprecó—. Nadie te ha invitado.

Roarke sonrió.

—¿Estás segura, Amber? Pensé que necesitabas que te rescataran, y a eso he venido.

Los ojos de Amber se abrieron como platos, sin dar crédito a lo que oía. ¿Cómo había podido saber Roarke lo que acababa de pasar?

—¿Rescatar? —preguntó.

—Del aburrimiento —rió Roarke—. Quiero que te acuerdes de lo bien que lo pasabas conmigo en los viejos tiempos.

—Me prometiste que me dejarías en paz. Veo que tu palabra de honor vale tanto como antes. —Tenemos cosas de las que hablar— repuso Roarke en tono sensual—. ¿De veras creías que me marcharía sin haber resuelto nuestros problemas? Me he estado informando acerca de Grayson. No es tu tipo, pequeña. ¿Dónde está ese aburrido y laborioso negociante? Quiero conocer al hombre detrás del que te escondes.

Por primera vez en la noche, Amber se iba a divertir. Dio un paso atrás y gesticuló un «adelante» con exageración.

—Ahí mismo. Entra y lo conocerás.

Aquella respuesta no era lo que Roarke estaba esperando. Sin embargo, avanzó por el vestíbulo hasta la sala. Al observar la escena que se desarrollaba en la misma, se detuvo de golpe.

Gray le dirigió una mirada rápida y desinteresada. Sostenía la pistola con una gran naturalidad.

—Hola, Kelley. ¿Qué tal va el negocio del aceite?

Roarke estaba paralizado, convencido de que se hallaba frente a la escena de un crimen. Amber se acercó por detrás, satisfecha de la

estupefacción de Kelley.

—¿Qué demonios pasa aquí? —farfulló Kelley.

—Estos dos hombres me estaban molestando —explicó Amber con suavidad—. No hacían más que amenazarme. Pero ya ves que Gray se ha hecho cargo de ellos, y no creo que nos molesten más. —No me gusta que molesten a mi esposa— explicó Gray cortésmente —. Supongo que entenderá mi postura.

—¡Dios mío! —exclamó Kelley, posando una mirada desorbitada en la pistola—. Estáis locos. Los dos.

Se volvió de golpe, todavía atónito, y salió.

Amber se asomó a ver cómo Kelley entraba en su Porsche y encendía el motor. Salió tan deprisa, que levantó polvo en toda la calle. Cuando el coche desapareció en una curva, Amber pudo oír las sirenas de la policía.

—Pensé que habías dicho que no cometería la estupidez de presentarse en nuestra casa —comentó Amber mientras observaba cómo se acercaban los policías.

—Sí, es más tonto de lo que yo creía. Se habrá pasado con los anuncios, y se le habrá secado el cerebro. Además, tú estabas convencida de haberlo despachado.

Amber suspiró.

—Sí, parece que interpreté mal la situación.

—Ya no importa —se aseguró Gray—. Creo que ya no volverá.

Amber recordó la expresión de Kelley cuando salió disparado hacia su coche, y pensó que Gray estaba en lo cierto. Kelley no la molestaría más. Se imaginaba lo que aquella escena debía haberle parecido. Se creería afortunado por haber salido con vida. Amber reía cuando abrió a la policía. Pero algunas horas después, Amber ya no sonreía. Había asumido su expresión más reservada mientras sermoneaba a Gray.

Gray había aceptado el sermón con su placidez habitual, aunque sus ojos dejaban escapar de cuando en cuando un brillo picaresco. Por ello, Amber redobló los esfuerzos para llegar a lo que deseaba.

—Vas a tener que contestar a varias preguntas.

Gray suspiró.

—Sí, señora.

—¿De dónde sacaste la pistola?

—La encontré bajo el cojín del sillón. Es asombroso lo que

esconden estos muebles. Vamos a tener que decir a la señora de la limpieza que sea más cuidadosa.

—No me torees, Cormick Grayson. Quiero respuestas. ¿De dónde sacaste la pistola?

Gray la miró fijamente antes de contestar.

—Es mía. La tengo desde hace años. Tengo licencia, si es eso lo que te preocupa.

—No. No es eso lo que me preocupa —replicó Amber—. Lo que quiero saber es a cuento de qué guardas una pistola en casa.

—Es una vieja costumbre.

—¿De cuándo? —insistió Amber—. De mi oficio anterior. —¿Que era cuál?

—Vaya, servirías de interrogadora —se quejó Gray.

Amber ignoró su comentario.

—Trabajabas con Mitch, ¿no? ¿En qué firma?

Gray se encogió de hombros.

—Era una gran multinacional. Estábamos encargados de la seguridad. Mitch y yo trabajamos juntos hasta hace unos cinco años. Un día nos fuimos de copas y decidimos dejarlo. Obviamente, se ganaba más, y se trabajaba más tranquilamente en el sector de los negocios que en el de la seguridad. Ambos habíamos estudiado, y habíamos tenido la oportunidad de ver funcionar de cerca el mundo de los negocios. Nos dimos de baja y volvimos a casa a pasar el resto de nuestras vidas ganando dinero de forma aburrida y laboriosa.

La mirada de Amber se suavizó.

—Quieres decir que depusisteis las armas y comenzasteis una vida normal. Copio cualquier pistolero del Oeste que decide retirarse a un rancho.

Gray alzó una ceja.

—Creo que estás dramatizando.

—Ni mucho menos —replicó Amber—. Ahora lo entiendo todo.

—¿Ah, sí?

—Claro. De algo me había de servir leer a Twitchell. No me extraña que te gusten sus baladas.

Twitchell escribe siempre sobre hombres que vivieron del revólver y luego lo dejaron.

—Yo no vivía exactamente del revólver, Amber. Tenía un buen

trabajo, de grandes beneficios y un plan de retiro.

Amber hizo un gesto de impaciencia con la mano.

—Tonterías. Eso es exactamente el equivalente a un pistolero antiguo. Tuviste que reírte mucho la noche que corrí a rescatarte en Tucson. No me necesitabas en absoluto, ¿eh?

—Claro que te necesitaba —replicó Gray con seriedad—. Siempre te necesitaré. —¿Estás contento con tu nueva vida? Gray sonrió.

—Mucho.

—Bien, eso zanja la cuestión —observó Amber con satisfacción.

—¿Qué cuestión?

—Bueno, la verdad es que no me gustaría tener que preocuparme porque un día vayas a decidir reanudar tu antigua carrera.

—¿Eres feliz junto a un aburrido y laborioso hombre de negocios?

—Mucho —asintió Amber. ¿Y estás satisfecha?

—Muy satisfecha.

—¿Quizás incluso contenta? —aventuró Gray.

Amber lo miró suspicaz.

—Muy contenta —dijo.

Hubo un silencio expectativo, durante el cual Gray la miró con curiosidad. Luego, tomó despacio el libro de Twitchell, Cactus y Armas y lo abrió por la primera página. Amber contuvo el aliento. —Pues según lo que hay aquí escrito, parece que estás más que contenta, Amber— dijo suavemente. Amber recordaba cada palabra de lo que había escrito. Era un mensaje muy simple: A Gray, con todo mi amor y mi corazón para siempre. Amber.

—Iba a ser una sorpresa —susurró.

—¿El qué? ¿El libro, o la dedicatoria?

—El libro —contestó Amber—. La dedicatoria pareció escribirse sola.

—¿Sentías lo que escribiste? Amber lo miró.

—Cada una de las palabras —dijo simplemente—. Creo que no había sido capaz de admitirlo hasta que lo vi escrito. Pero entonces supe que era cierto. Te quiero, Gray. Gray dejó el libro a un lado y se acercó hacia ella. Amber sonrió.

—Me alegro —dijo Gray, con las manos sobre los hombros de

Amber—, porque yo te quiero muchísimo, Amber Langley Grayson. Más de lo que jamás he querido a nadie. Y te querré siempre, porque formas parte de mi vida. Eres parte de mi vida desde el día en que llamaste a mi puerta pidiendo trabajo.

—Supongo que debía adivinarlo cuando me pediste que me quedara pese a mis defectos como secretaria. Yo pensaba que admirabas mi sentido comercial.

—Y es cierto. Pero nunca me hubiera casado contigo por eso —rió Gray—. Siempre me he considerado un hombre paciente, pero ha habido veces en estos tres meses en las que hubiera deseado acelerar las cosas. Por eso decidí pedirte en matrimonio. Así despertarías antes. —¿Despertar?

Gray asintió.

—Me gustaba pensar en ti como en una especie de «Bella Durmiente apasionada», y quería ser el hombre que vieras al despertar. La forma más sencilla era casarme contigo.

Amber agitó la cabeza, asombrada.

—Creo que no puse mucha oposición al matrimonio.

—No, pero me largaste un aburrido discurso sobre tu pasividad, y luego me sedujiste en el viaje de novios.

Amber se sonrojó, y apoyó suavemente la cabeza en el hombro de Gray.

—Quería que las cosas fueran normales entre nosotros, ya que, al fin y al cabo, estábamos casados. Me estaba volviendo loca al ver que tú no parecías interesado en ejercer tus derechos conyugales. —Yo estaba deseando hacer el amor contigo desde el momento en que te vi— espetó Gray—, pero quería que tú también lo desearas, de veras. No quería que lo tomaras como un deber de esposa. Así que esperé a que tú tomaras la iniciativa. Después de aquella noche en Phoenix, comprendí que no había hecho falta esperar tanto. Eras tan apasionada y generosa en el amor como yo había soñado. Por eso tenías que estar enamorada de mí, aunque no fueras capaz de admitirlo.

Amber rodeó la cintura de Gray.

—Siento haber tardado tanto en admitirlo.

Gray le acarició la cabeza.

—No importa. Las cosas han ido bien. Aunque te hubiera matado cada vez que utilizabas la palabra «contenta» para describir

nuestra relación.

—Pero si estoy contenta contigo, Gray. Muy contenta. No creo necesitar más de lo que tú me das. Te amo apasionadamente, pero no creo que la pasión pueda sobrevivir si no hay amistad. Yo no quería admitir que te quería porque, en el pasado, esa emoción resultó ser muy destructiva. Pero ahora sé que funciona de maravilla cuando va acompañada por otras.

—Lo sé. Yo también estoy muy contento de estar contigo, cariño. La única diferencia es que yo admití mis sentimientos desde un principio.

—¿Y vamos a quedarnos aquí toda la noche discutiendo sobre nuestra pasión? —rió Amber con coquetería.

Gray la estrechó contra sí.

—Prefiero mil veces sucumbir a la pasión que discutir sobre ella.

—Hummm… Todavía otra cosa, Gray —dijo Amber, intentando retenerlo un poco más. Gray la besaba el cuello—. ¿Qué?

—Quiero tu palabra de honor de que nunca me alejarás de aquí. Si tienes entre manos asuntos peligrosos.

—No hubiera debido intentarlo siquiera. Te faltó tiempo para volver, ¿eh?

—Nunca hubiera entrado en ese avión de no haber estado tan aturdida por el pensamiento de que me consideraras lo suficientemente estúpida como para huir con Kelley. Eso me dolió, Gray.

Gray la abrazó.

—Lo siento, cariño. Fue la única excusa que pude encontrar para sacarte de la ciudad.

—Tenías que haberme dicho la verdad.

—No me atrevía. Estaba seguro de que tú no te irías cuando la supieras. Sólo necesitaba un par de días, y sabía que actuarían deprisa. Ellos mismos se tendieron la trampa.

—Aficionados.

Gray rió suavemente.

—Eso es.

—Oí a Mitch mientras hablaba por teléfono contigo anoche. Por eso supe que aquí pasaba algo gordo. Supongo que a ti Roger y Ozzie te parecerán aficionados porque estabas acostumbrado a tipos peores en tu antiguo trabajo, ¿no?

—Roger y Ozzie son un par de críos, y no muy inteligentes.

—¿Y Delaney? —preguntó Amber.

—Le hablé a la policía sobre él hoy, y dijeron que se encargarían, pero supongo que Delaney estará ya bastante lejos, fuera del país. Seguramente se habrá llevado todo el dinero del complejo. —Espero que lo atrapen.

Gray se encogió de hombros.

—Es posible. Roger y Ozzie lo implicarán, de eso no cabe duda.

—Y sobre lo de simular que tenías celos de Roarke… —empezó Amber, que quería volver al tema que le interesaba.

—No era una simulación. Estaba muy celoso. Amber levantó la cabeza bruscamente. —No te creo—. No me malinterpretes. Ya sabía que no ibas a huir con él, pero los celos son un sentimiento muy primitivo, y no siempre responden a la lógica. ¿Por qué te crees que te dije que hicieras pasar a Kelley antes? No me importaba que me viera con una pistola frente a dos tipos, uno de ellos inconsciente…

Amber rió.

—Como cualquier ex pistolero que se refugia en su reputación para asustar a un rival. Sólo que Roarke no era ningún rival, Gray. Cuando dejé California, estaba decidida a no verlo jamás. Aunque no te hubiera conocido, tampoco habría cambiado de parecer. Una vez aceptado el hecho de que era un tipo despreciable, nada me hubiera hecho cambiar de opinión.

—Bien —dijo Gray satisfecho—. Entonces no hablaremos de él más.

—Perfecto. ¿Vamos a la cama ya?

—¿Cuándo se te ocurrió la idea de no ser apasionada, señora Grayson? Cada vez que me descuido, me arrastras a la cama.

—¿Alguna objeción?

—Ninguna —le aseguró Gray.

La levantó en brazos con facilidad y entró en el dormitorio.

Amber se acurrucó en su hombro, aspirando el dulce aroma que despedía la piel cálida de su esposo. Cuando Gray la depositó en el suelo, ambos se desnudaron mutuamente, desparramando la ropa por la alfombra entre caricias, gemidos de placer y suspiros.

Gray llevó a Amber hasta la cama, y acarició todo su cuerpo con una pasión que pronto los arrastró a un torbellino de placer. Por

primera vez, Amber dio voz a las palabras que durante tanto tiempo había llevado enterradas dentro de su corazón.

—Te quiero, Gray. Te adoro.

Gray bebió aquellas dulces palabras de los labios de su esposa, devolviéndoselas mientras hacían de sus dos cuerpos uno solo.

—Dios mío, cuánto te quiero, Amber. Siempre te querré.

La noche envolvió a la pareja en la pasión que nace del amor y de la amistad unidas. La pasión que dura para siempre. Ambos se dejaron atrapar por la magia del placer y de la emoción y, finalmente, cayeron rendidos el uno en brazos del otro.

La segunda carta de Honoria Tyler Abercombrie llegó dos días más tarde. Amber la localizó en el correo, y corrió a llamar a Gray, que estaba en la cocina haciendo té.

—Tu rival, la señora Abercombrie, ataca de nuevo —anunció con voz de triunfo mientras agitaba el sobre.

—¿Ah, sí? ¿Y de qué quiere discutir esta vez?

Amber leyó por encima el contenido de la carta.

—Dice que quiere analizar tu interpretación de la Balada de Billy Ballantine que hiciste. Dice que te hará admitir que las líneas concernientes al duelo entre él y Jack Poner el Grande son, desde luego, metáforas sexuales, y que Twitchell estaba obsesionado con el sexo. Además, según dice ella, Twitchell distorsionó la historia. Según sus averiguaciones, Ballantine no se encontró a Bonner jamás, ni en Texas, ni en ningún otro sitio.

Ja. Eso puedo probarlo a través de un periódico que guardo de la época. Twitchell se toma ciertas libertades como poeta, peor no se lo inventa. ¿Y qué es eso de las metáforas sexuales en la Balada? A mí me parece que el obsesionado por el sexo no era Twitchell, sino la señora Abercombrie. Debe de ser una mujer frustrada.

De pronto, Amber se enfureció.

—¡Eso no es cierto! ¿Cómo te atreves? Es muy propio de un hombre hacer ese tipo de crítica cuando se le acaban los argumentos literarios.

—¿Qué te apuestas a que Honoria Abercombrie es una anciana que se divierte discutiendo conmigo?

—Lo que pasa es que estás celoso de que tenga una copia de las Obras Escogidas —anunció Amber con ojos brillantes—. ¿Y si tuviera un ejemplar de Cactus y Armas también? Sería

divertidísimo. Más vale que escribas pronto el artículo, atribuyendo la autoría del libro a Twitchell, no se te vaya a adelantar.

Gray sonrió con picardía.

—Pues será mejor que no lo intente.

—¡Ah! ¿Y por qué no? Lo más que podrás hacer será tirarte de los pelos.

—No te creas. Como la señora Abercombrie me provoque demasiado, puede que le dé un par de lecciones sobre el uso correcto de la metáfora sexual.

Hubo un largo silencio, tras el que Amber pestañeó.

—¿Qué es lo que quieres decir con eso, Cormick Grayson?

—Quiero decir, señora Honoria Tyler Abercombrie, que si tiene usted algo de sentido común, no escribirá ese artículo. Aún no ha visto al experto en Twitchell cuando estalla en furia. Amber continuó mirándolo, y luego cayó en la silla, con un suspiro de resignación.

—¿Hace cuánto que lo sabes?

—¿Que tú eres Abercombrie? —dijo Gray mirando al techo, como si considerase la cuestión—. Desde el principio, por supuesto.

—Es imposible. Lo disimulé muy bien. Mandé las cartas al editor para que no llevaran el sello de la ciudad, y me aseguré de que mencionasen en el artículo que Abercombrie era de otro estado. Era imposible que lo descubrieras.

—Nunca infravalores la inteligencia de tu jefe. Puede ser lento, pero no estúpido —dijo Gray—. La pista me la dio tu apoyo incondicional a las tesis de la señora Abercombrie. Si te digo la verdad, el descubrimiento me dio esperanzas. Pensé que no podrías estar tan interesada en el tema de las metáforas sexuales, si no estabas interesada en el sexo. Sobre todo, en el sexo conmigo.

Amber rió.

—De acuerdo. Admito que no pude resistir la tentación de crear una señora Abercombrie. Y me lo he pasado muy bien. Creo que continuaré enviando artículos pedantes sobre Twitchell. Has tenido la exclusiva durante demasiado tiempo; un poco de competencia te hará bien.

—Esperaré su próximo artículo con impaciencia, señora Abercombrie —dijo Gray con una leve inclinación—, pero, mientras tanto, creo que podríamos explorar sus teorías sobre la metáfora

sexual en Twitchell con un poco más de profundidad.

—¿Explorarlas cómo? —Preguntó Amber con coquetería—. ¿A través de sus escritos?

—No. En el dormitorio.

—Que no se diga nunca —declaró Amber, levantándose contenta —, que hago ascos a cualquier tipo de aprendizaje literario nuevo.

FIN



Jayne Ann Castle Krentz (Borrego Springs, California, EE. UU., 1948) es una escritora estadounidense, autora superventas dentro del género de la novela romántica. J. A. C. K. (abreviatura que usan sus seguidores) ha llegado a utilizar hasta siete seudónimos distintos, Jayne explica que usa diversos nombres de manera que los lectores puedan rápidamente advertir qué clase de libro leerán. Actualmente ha decidido usar solamente tres de ellos: firma las novelas contemporáneas con su nombre de casada Jayne Ann Krentz, las novelas históricas con el afamado seudónimo de Amanda Quick, y las futuristas con el nombre de soltera, Jayne Castle. Los seudónimos que ya no utiliza son: Jayne Taylor, Jayne Bentley, Stephanie James y Amanda Glass, aunque la mayoría de esos libros han sido reeditados bajo su nombre de casada:

Jayne Ann Krentz.

Sus novelas han sido *best-sellers* en más de 30 ocasiones, 20 de ellas consecutivas, según la prestigiosa lista del New York Times.

Prolífica autora, tiene publicados en total más de 140 libros, de los cuales están traducidos al español más de 75.